

IGNACIO BARRETO

El maleficio de la duda




ELPERRO
yLARANA

narrativa

Ignacio Barreto

El maleficio de la duda

1.ª edición digital, Fundación Editorial El perro y la rana, 2020

1.ª edición, Fundación Editorial El perro y la rana, 2013

© Ignacio Barreto

© Fundación Editorial El perro y la rana

Diagramación

Gabriela Correa

Edición

Coral Pérez

Corrección

Gema Medina

Arlette Valenotti

Foto de portada:

"La casa 22", Augusto Marcano, foto digital, 2012

Hecho el Depósito de Ley

ISBN: 978-980-14-4713-9

Depósito legal: DC2020000989

*So habe ich mir ein Bild gemacht,
falsch, wie ein Bild nur sein kann!
So bin ich geschlagen!
So war alles Wahnsinn, was ich gedacht habe,
und kann und darf nicht gesagt werden!
O Wort, du Wort, das mir fehlt!*

Arnold Schoenberg
(*Moses und Aron*: final del segundo acto)

El llamado a Moisés

Todo tiene su inicio, Rodrigo, y el de esta ópera ocurre antes de subir el telón porque, apenas se apagan las luces, surgen del foso las maderas simultáneamente con las voces cantantes de la zarza ardiente, como una anunciación. El piano se libera de la homofonía y da pie al xilófono, a las flautas y al fagot para seguir su ejemplo. Entonces se abre el telón. La escena es abrumadora y sobrenatural. Entran los metales azuzando el fuego apoyados en estridencias surgidas del primer violín. Moisés declama: *Dios único, eterno, omnipresente invisible e inimaginable*. Su voz refleja la angustia ante el reto al que lo enfrentan tamaños adjetivos. Abrumado por la responsabilidad que le espera. Y es que en esos tiempos las religiones eran politeístas. Además, los dioses eran representados en imágenes a las que los creyentes adoraban con ofrendas y sacrificios. Ahora Moisés está escuchando la voz, que tampoco es voz, es apenas pensamiento, idea, de un Dios que no se puede ver, es único y ni siquiera podemos decir que se trata de un morrocoy con cabeza de gallo puesto que es irrepresentable. Ese pensamiento, que entra en su cabeza en una extraña combinación de palabra hablada desde el lugar donde supuestamente está la zarza y palabra cantada que

mana desde el foso de la orquesta reforzada por las maderas, le impone al pobre viejo la difícil tarea de convencer al pueblo judío de que todo es Dios. No esa estatua, no ese dibujo, sino todo, absolutamente todo, porque Dios está en todas partes y si a ti te da la gana de adorarlo en aquella piedra, o en el lunar de una hermosa dama, o en los excrementos evacuados tras el despertar matutino, libre eres de hacerlo siempre y cuando no consideres al objeto de tu culto como la única manifestación de ese Dios. En dos platos, señores, a quitarse de la cabeza miles de años de ignorancia teológica porque la verdad única y verdadera es que nadie puede imaginarse a Dios. Estamos obligados a adorarlo pero que nunca se pasee por nuestra mente la posibilidad de que seremos recompensados en la tierra con su presencia tangible así sea en plan visita de médico. Para colmo de males, Moisés puede ser cualquier cosa menos un orador brillante, eso se muestra evidente con el hecho de que durante toda su participación en la ópera el pobre no llega a cantar ni siquiera la nota de su derrota. Moisés es incapaz de expresar lo que piensa. Entonces qué hace Schoenberg con el personaje. No lo deja cantar porque el canto es la manera de expresarse en la ópera. Lo pone a hablar, lo sumerge en el humillante pozo de los incapaces, lo despoja de todo mecanismo expresivo otorgándole solo la palabra desnuda, pesada, como si con ella Moisés arrastrara toda su frustración convertida en amarga resignación. La palabra cansada. La idea abandonada de todo argumento. Por eso, este Moisés no puede calzar con la imagen de Charlton Heston aunque en los montajes tradicionales se insista en colocar sobre la cabeza del intérprete esa peluca y esas barbas que Cecil B. DeMille tomó prestadas de Michelangelo Buonarroti. Este Moisés bien podría tener el rostro de Schoenberg atormentado o incluso el mío y tú dirás: ¿y por qué no el de cualquier mortal? ¿O acaso no es una regla para todos los mortales el hecho de vivir en la incertidumbre? Vivir sí, pero solo unos pocos elegidos sufrimos la incertidumbre y por eso somos los que merecemos estar en el pellejo de este Moisés que duda porque tiene una idea genial y no sabe qué hacer con ella. Se paraliza ante las posibles estrategias, y al final piensa que no lo logrará. En otras palabras, que no son más sino del saber del pueblo: no arriesga y por eso no gana. La peor diligencia es la que no se hace, etc. Y por eso exclama: mi lengua está paralizada, yo puedo pensar pero no hablar. Y se desespera y anuncia. Nadie me creerá. Entonces el pensamiento, que es la voz de

Dios, le tira un mango bajito y allí uno hasta duda de que sea Dios, al menos ese Dios misericordioso que todo lo sabe y que nos ha vendido la tradición judeocristiana por los siglos de los siglos, digo que uno duda que sea la voz de Dios la que habla desde la zarza ardiente porque lo que le propone a Moisés es una trampa cazabobos. Una trampa en la que, como verás más tarde, caerá Moisés incluso sabiendo perfectamente lo que le estaban vendiendo. El pensamiento, la voz, la presencia ausente, le sugiere que utilice la desenvoltura de su hermano Aarón, que este sea su boca así como la suya es la de Dios, en definitiva que se valga de los artulugios que sean necesarios para venderle al pueblo judío la idea de que es el elegido del único Dios y que a través de ellos todos los pueblos del mundo terminarán por aceptar esa verdad inobjetable. ¿Qué tal? De paso le dice que se vaya tranquilito, que aunque el desierto es inmenso, seguro que allá, un poco más adelante, se encuentra a su hermano como quien no quiere la cosa, casualmente. Chico, ¿tú por aquí? ¡Qué cosa! ¿No? El resto es contarle acerca de esa conversación para que el otro, cual asesor de imagen, se rompa el coco ideando cómo va a hacer para convencer al vulgo de adorar algo tan etéreo, tan intangible, tan inimaginable. Apenas una idea, apenas un pensamiento.

Primera parte

*Ya mi rostro de vos
cierra los ojos
y es una soledad
tan desolada.*

Mario Benedetti

I

Como si fuera un personaje de García Márquez –su autor predilecto–, Daniel Moreno pensó en su niñez cuando, finalmente, decidió asumir su destino. Le causó gracia, en plena tragedia, que al subconsciente le diera por simular la reacción del coronel Aureliano Buendía estando frente al pelotón de fusilamiento. De alguna manera, y una vez más, estaba viviendo una vida que no era la suya. Pretendía ser otro. Soltó una carcajada nerviosa por el solo hecho de pensar que ni siquiera en su muerte se iba a salvar de no ser él el difunto. Quien estaba muriendo allí, en plena selva, era tan solo el personaje de alguna novela. Algo en el entorno insistía en restregarle los fundamentos del realismo mágico. A su lado, una columna de hormigas de un rojo radioactivo –suelen llamarlas las veinticuatro debido al número de horas que dura la fiebre causada por su picadura– empezaba a rodear lo que, a todas luces, parecía presentarse como una presa succulenta. El cielo mostraba un color que le resultaba novedoso, pero sabía muy bien que la única novedad era el hecho de darse tiempo para contemplar la cúpula celeste. La pierna había dejado de dolerle y eso lo llenó de más preocupaciones, sin embargo, su mente insistía en trasladarlo a aquella

calle de Artigas desde donde podía ver, a diario, el paso del tren mientras jugaba a la ere, o a la candelita, o armaba la carrucha que pronto se convertiría en el cohete capaz de trasladar al Capitán Escarlata en busca de nuevas aventuras, despegando desde un riel parecido al del ferrocarril de sus evocaciones. El sudor empezó a molestarle. Se deslizaba desde su frente atravesando nariz y bigote y mojando sus labios. El sabor salino no ayudaba en lo absoluto a disipar la jaqueca producida por el exceso de alcohol y probablemente fortificada por el veneno que empezaba a invadir su cuerpo. Un olor distinto al suyo manaba de sus poros. Recordó –inevitadamente volvía a ser el otro, el personaje– la masa angustiada volcada a la calle durante el gran terremoto del sesenta y siete. La noche apenas empezaba pero en esa Caracas aún pueblerina, la gente solía recogerse temprano, razón por la cual el estremecimiento había sorprendido a los vecinos en ropa de dormir. Fascinado por los olores de las pijamas y dormilonas que apenas unos segundos atrás pertenecían al mundo íntimo del vecindario y que, debido al inesperado estruendo telúrico, súbitamente pasaban a formar parte de la opinión pública, sus sentidos se extasiaban con la presencia de su primer amor, la dueña del kiosco de revistas, su vecina, tan bien formada, con sus tetas gigantes y ahora en dormilona y él, con sus doce años a punto de manifestarse, casi podía percibir el olor de las sábanas que, cada noche, rozaban el cuerpo exuberante de la que, para colmo, era la mejor amiga de su tía. Un olor capaz de remover alma y entrañas a la vez. Pensó, se dio el lujo de pensar, diría cualquiera que leyera estas líneas, tomando en cuenta que el hombre se encontraba abandonado en la selva con todo el cuerpo paralizado y con la certeza de estar viviendo sus últimas horas y, sin embargo, ¿quién sería capaz de rebatir la potencialidad evocadora del moribundo? Viviendo, como se dice de la manera clásica, su hora menguada, no debería extrañar a nadie que cualquier ser humano se dé el lujo de pasear por las más surtidas reflexiones, sin tomar en cuenta cuán trascendentales pudieran terminar siendo. No iba a ser Daniel la excepción de la regla que acabamos de implantar y por eso no solo pensó en cada minuto de su vida sino que además pudo hacer ejercicios de analogías y comparó aquellos edificios caídos como cartas de póquer en Los Palos Grandes y Altamira, zonas urbanizadas justo encima de la gran falla de Caracas, con el club sándwich tan de moda en esa época, y comparó su casa y su vecindario con el centro histórico de Viena, dada la

originalidad de la que presumían ambas localidades y, aún más radical, comparó los bloques del 23 de Enero, Sarría y Simón Rodríguez –populosas barriadas, como suelen denominarse– con todo ese complejo urbanístico levantado a la periferia del primer distrito de la capital austriaca, es decir, del casco histórico dentro del cual caben, sin incomodarse, los templos del medioevo, los retorcijones barrocos, inspiraciones grecorromanas, el imperialismo arquitectónico de los Habsburgos y el concepto “neo” de principios del siglo XX, atropellándose sin agresiones altisonantes. Pero hablamos de comparar y es justamente con la periferia, porque lo que se levanta fuera del centro histórico de la romana Vindobona –y nadie duda de la buena voluntad de los gobernantes– nació en la postguerra, con la necesidad, la urgencia y la practicidad como emblemas. Estructuras grises y faltas de gracia en cuyo interior difícilmente puede adivinarse la existencia de seres vivos. Algo que cualquiera que hubiera crecido durante los años de la bonanza petrolera en Venezuela –y no era el caso de Daniel Moreno– habría definido, sin dedicar mucho tiempo al asunto, con el árido nombre de solución habitacional. Y, sin embargo, tanto concepto común se desdibujaba en la práctica cuando aparecía ante su mente afebrada la imagen del superbloque capitalino, con tanta identidad casi gritada, con tanta actividad microcósmica, como la que se vivía en el conjunto de casas en la Artigas libre de edificios y ascensores de sus recuerdos infantiles. Como si vivir en vertical no importara, porque lo que se impone es el carácter –la idiosincrasia– y por eso las tetas de la vecina pueden aparecer con esa familiaridad de vecindad tanto en el kiosco de periódicos de la esquina como en el pasillo del piso siete del bloque cuarenta y cinco. Lo que constituía un enorme contraste con el interior de los edificios vieneses donde la soledad y la desconfianza marcaban el ritmo de vida de sus habitantes. Se preguntó la razón por la cual su mente se enfocaba en semejante comparación en un momento tan inadecuado y tomando en cuenta que su vida había transcurrido alejada de toda evocación románticoide y localista, siendo eso lo que justamente detonaba en su mente cual proyectil hostil. Esa fue la imagen –la del proyectil hostil– que escogió siguiendo con las extrañas ilaciones de su pensamiento y no le pareció gratuita tomando en cuenta que había sido una interminable caída de proyectiles hostiles la que había acabado, durante la segunda guerra mundial, con parte de la historia arquitectónica de Viena obligando a levantar, durante ese

tortuoso período de reconstrucción que sucede a todo conflicto bélico serio, aquellos bloques anodinos mencionados anteriormente. Curiosamente se vio invadido por un ataque de orgullo herido y no supo entenderlo ya que, hasta donde podía recordar esa no había sido su guerra, pero todos sabemos las vueltas que puede llegar a dar una vida y más una como esta tan inclinada a las transformaciones, asunto del que podrá dar constancia el lector si la paciencia y algo de benevolencia le permiten continuar con la lectura de este relato. En cuanto a sus reminiscencias de vecindad, a las cuales nos vemos forzados a regresar, algo había de idílico, y por lo tanto de anhelante, en todo aquello y lo más seguro, porque la mente es así de caprichosa, es que en el fondo poco tuviera que ver con criterios urbanísticos de lado y lado. De pronto, interrumpió sus evocaciones porque curiosamente aquella vecina de grandes pechos empezó a parecerse demasiado a la mamá de todas las tetonas, aquella de *Amarcord*, la película de Federico Fellini que, años más tarde, despertó en él la fascinación por Europa. Se descubrió, en sus recuerdos, con las facciones del chico de la película y ya no supo reconocer su propia vivencia. Además, no podía tener doce años cuando ocurrió el terremoto. Tenía que haber sido más adulto, al menos dieciséis años, pero algo en su subconsciente relacionaba su deseo infantil con el sismo. Ambos habían sido los estremecimientos más perturbadores de su primera vida ya que, por un lado, el temblor en sí no había causado tanta inquietud en su alma como la atmósfera de indefensión colectiva que invadió su calle una vez culminado el evento geológico y era ese privilegio de percibir el miedo a través de los otros, como si se tratara de un ejercicio catártico, el que había abierto en él un impulso vital hacia la observación de la otredad y el anhelo de imitarla. Y por otro lado la imagen de su rostro hundido entre las enormes tetas de la vecina provocaba en él un efecto de sagrada unción que lo inmunizaba contra todo mal permitiéndole actuar bajo el más libre de los albedríos. Aunque su situación actual contradijera sus convicciones. Los ojos le dolían. Se los imaginaba sangrantes debido a la fiebre. Trató de cerrarlos para descansar de tanta claridad libre de humo. Entonces empezó a tiritar y le resultó absurda esa reacción del cuerpo que, ni en el invierno más crudo, había llegado a experimentar. Tenía que ser en este paraje prehistórico que se presentara por primera vez el acto involuntario del castañetear de sus dientes. Algo similar, siguió recordando, fue lo que

sintió cuando se vio amenazado por primera vez —fueron escasas pero determinantes las situaciones de peligro que experimentó a lo largo de su vida— enfrentado a un contingente policial casi de manera involuntaria. Para evitar el golpe del rolo sobre su espalda, se propuso como informante de la Dirección de Seguridad Política para desarticular las acciones subversivas que estuvieran gestándose en el liceo con el apoyo de quién sabe qué grupo guerrillero y destabilizador. Ese día conoció al comisario Mármol. Una especie de tutor en el arte del contraespionaje. Ese ser ambiguo de las novelas de intriga cuya noción del bien y del mal se flexibiliza en procura de alcanzar los fines. El jefe que entrena, informa y a la vez le oculta los datos más esenciales al nuevo espía. La columna vertebral de la intriga, tan necesaria en la lucha contra la expansión comunista. Pero ahora no era él un simple liceísta temeroso sino un experto en el arte de la infiltración, ni Mármol era ese mediocre corrupto con una pistola como única cualidad, sino el cerebro de una organización internacional capaz de manipular presidentes y monarcas, porque John Le Carré y Frederick Forsyth también formaban parte de esa maraña de ilusiones confundidas con recuerdos en una noche amazónica y agónica. Se hizo hombre el carajito, sentenció Mármol al recibir el primer informe sobre unas pintas que pensaban plasmar en las paredes de la avenida Libertador exigiendo la restitución de la autonomía universitaria. Allí se bebió su primer cubalibre, rodeado de detectives e informantes pertenecientes a otros centros educativos. Bébetete otra que en lo que se descuide le dejamos el pelero a Mujica para que pague él solito la cuenta. Dos cosas aprendió ese día, la primera que no duele la traición si no te sientes involucrado, la segunda, que siempre sale un pendejo a la calle dispuesto a dejarse abusar. Mosca carajito, que no seas alguna vez tú el pendejo.

Al caer la noche creyó comprender cómo el extraño olor que desprendía su sudor, y que probablemente era consecuencia del veneno, podía ser la razón por la cual la gigantesca alfombra de hormigas que crecía a su alrededor no se decidía a atacarlo. Pasó la noche entre el delirio y la vigilia, entre el sueño y el recuerdo, confundiendo hechos y deseos de un modo que resultaba despiadadamente coherente al tratarse del balance final de su paso por el mundo. Cuando empezó a amanecer ya le era casi imposible tomar aire. Resignado, se imaginó a las puertas de algún cielo dónde el rostro de la que había sido su niña

simbolizaba quizás su único arrepentimiento. Un portero inflexible preguntó en alemán por su nombre y él, haciendo una venia al delicioso camaleón escapado de la mente de Woody Allen respondió al vacío: *Zelig*. Inmediatamente después intentó pronunciar su verdadero nombre. Barajó dos posibilidades aunque una tercera insistía en ganar un puesto en la cola. Daniel y Camilo disfrutaban de privilegios en su subconsciente mientras que Manfred se replegaba a uno de los tantos oscuros rincones reservados a los engañosos juegos de la psique, donde conviven las alucinaciones, los espejismos, los vapores etílicos y algún distraído *déjà vu*, como el que experimentaba mientras moría. En una última introspección buscó el rincón del subconsciente donde se hallaba resguardado su yo auténtico pero encontró la puerta cerrada. Dejó de sentir dolor con la interrupción del proceso respiratorio. Convertido ahora en el protagonista de un cuento de Horacio Quiroga y sin fuerzas para luchar dejó que la vida lo abandonara sintiendo todo el peso del universo sobre su pecho, justo en el momento en que las primeras hormigas empezaban a cubrir su cuerpo vacío. Aún después de muerto aquel cadáver pretendía ser el párrafo final de una novela de García Márquez.

II

En el mar no hay patos y fue una conmovedora sonrisa de resignado ahogándose en aquel trago largo de cerveza mientras Rodrigo, el amigo, el hermano del alma, el panita incondicional, más consternado y más incondicional que nunca, sospechaba que bien valía la pena pasar por alto tan absurda observación, tintinear levemente el vaso y abandonarse por un momento a las delicias del Black Label. A fin de cuentas no era más que el inicio de un largo monólogo que empezaba a brotar de aquella boca que, hasta ese momento, apenas delataba silencios en desorden. Claro que también estaba el asunto del maletín presionado con tanta obstinación bajo el brazo pero era cosa de relajarse un poco más. La noche apenas empezaba. *En el mar no hay patos* y esta vez siguió un suspiro profundo que anunciaba llanto inminente y papelón. Rodrigo, decidido a mantenerse incondicional pero anónimo, dio un vistazo a su alrededor en busca de ojos curiosos y malintencionados, pero, ni el hombre lanzó una lágrima ni había en el local un alma interesada en las cuitas amorosas del extranjero del maletín roído. La indiferencia circundante lo animó a volver a su rol de paño de lágrimas. Con tres fuertes golpes en la espalda y un nuevo pedido intentó animar

al derrotado, aunque solo logró restablecer el silencio inicial. Silencio que fue mal necesario porque debía servir para ordenar ideas, controlar la pasión, desviar la vista del maletín y mirar al amigo, al hermano del alma, fijamente a los ojos. Acabó con el resto de la cerveza justo a tiempo para recibir la nueva jarra. Encendió el primer cigarrillo.

Cuando el hombre lanzó la segunda sentencia –*Definitivamente la culpa la tiene esta ciudad de mierda*– Rodrigo pensó en un nuevo intento fallido, lleno de incongruencias y vacío en datos esenciales, pero esta vez el silencio solo duró lo suficiente para una inhalada de tabaco. Una extraña conexión entre su dolor personal y las deficiencias y/o eficiencias físicas, culturales y organizativas de la capital austriaca, donde lo pueblerino y el Desarrollo –así con mayúsculas– convivían con extraordinaria espontaneidad, parecía ser el punto de inspiración, un reactor capaz de activar de una vez por todas la maraña de ideas, sentimientos y, finalmente, palabras, que tanto esperaba Rodrigo a fin de involucrarse, ya en lo concreto, lo palpable, libre de elucubraciones y alguna que otra falsa interpretación.

–Hace años leí un cuento de Cortázar que me impresionó hasta el hecho de nunca haber podido olvidarlo, y fíjate que eso fue en bachillerato, cuando uno andaba en aquellos círculos de estudios, tragándose los libros de introducción a la filosofía, el materialismo histórico y el camarada Bujarin; buscando en Lenin la respuesta al *Qué hacer* y entendiendo la literatura como vehículo de concientización; obviando fines como el placer, el ejercicio imaginativo y el proceso individual, por elitistas y pequeñoburgueses.

No se explicaba muy bien por qué, de pronto, había empezado a hablar de su pasado político cuando en realidad la razón de su trastorno nada tenía que ver con ideologías y golpes de pecho. Sin embargo, algo, digamos un impulso, lo sujetaba a ese carril como indicándole que solo así, con semejante preámbulo, podía alcanzar el valor necesario para entrar en materia. Se abandonó entonces al instinto y continuó tejiendo el hilo del discurso.

–¿Te acuerdas, verdad, cómo el non plus ultra era Alí Primera? No todo, claro. En algunas canciones se nos volvía poeta, romaticón y a veces, demasiado personalista.

Rodrigo se tomó un trago largo y no pudo evitar un gesto de muralla infranqueable ante un tema que le tocaba las más profundas

convicciones, debido al cual, en otras ocasiones, se habían enfrascado en violentas discusiones que evidenciaban el distanciamiento, cada vez más irreconciliable, que el hombre iba marcando de las ideas que los unieron en la temprana juventud. Sabía que corría el riesgo de ver interrumpido el encuentro y sin embargo no pudo evitar agregar un último comentario antes de pasar a la evocación literaria.

—Perdón, me estoy desviando del tema, ya sé, nuevamente estoy dictando cátedra y no hay nada que te reviente más que cuando me pongo a dictar cátedra, y peor aún, si la cátedra viene sazónada con estos aires de izquierdoso arrepentido en plena juventud, setentoso justo ahora que se nos vienen encima los noventa... Como si el mal funcionamiento de una planta nuclear sentenciara los últimos años de la utopía y eso que el camarada Gorbachov llama “Transparencia” simbolizara la estocada final que, de alguna u otra forma, nos obligará a salir de tanta inercia ideológica. Nos conducirá a replantearnos, ahora que no vemos las cosas tan claras, una búsqueda, desesperada aunque sea, del más vago reflejo de aquello que en algún momento llegamos a soñar...

Entendió entonces hacia dónde lo dirigía el instinto. Por eso, casi sintiéndose en medio de una epifanía expresó luminoso:

—Precisamente, como el cuento de Cortázar. El hombre en la búsqueda de un ideal; un ideal reflejado en una ventanilla del metro de París. Porque el asunto lo recuerdo más o menos así: el hombre ve reflejado en la ventanilla del vagón el rostro de una mujer; no se atreve a voltear para verla directamente temiendo quién sabe qué final del sortilegio, además, sabe que escudándose en la mirada indirecta tiene más oportunidad de detallarla. Y tanto la detalla que queda perdidamente enamorado de la susodicha. Pero entonces algo lo distrae y cuando vuelve a fijar la mirada en la ventanilla, ella ha desaparecido. A partir de ese momento, el tipo se lanza en una cacería desesperada por todas las líneas del metro, todos los vagones y a toda hora pues, de alguna manera, está convencido de que esa búsqueda lo llevará a, digámoslo con una frase que seguramente repudiaría el propio Cortázar, la mujer de su vida. La lógica y Cortázar nos dicen que en París semejante hazaña no tenía muchas oportunidades de éxito. Ya puedes enumerar las miles de razones que esa mujer tuvo aquel día para tomar ese metro y llegar justo a ese vagón. Y digo París, pero también puedo decir Londres, Buenos

Aires, incluso Caracas, por nombrarte ciudades en las que me consta el caos. En unas por cosmopolitas y en las otras, bueno ya tú sabes. Pero ahora dime tú. ¿Te imaginas algo así aquí en este pueblito con ínfulas de capital imperial que en algún momento decretó la eterna añoranza a la nobleza? ¿Esa nobleza cuya mejor representante fue, es y será por los siglos de los siglos la idolatrada Sisi?

Tomó el cigarrillo que había dejado abandonado en el cenicero y, luego de beber tres largos sorbos de cerveza, intentó probar una inhalada cuando constató que era apenas un filtro apegado a una columna de cenizas. Rodrigo había estado haciendo todo tipo de señas para llamar su atención al respecto, pero el hombre, tan ensimismado como estaba, no se dio por enterado sino en el momento de la inhalada. Dejó el filtro nuevamente en el cenicero y encendió otro cigarrillo que colocó en el lugar del consumido después de una chupada corta. Por un momento se creyó envuelto en un acto ridículo y por lo tanto expuesto a la burla pública. La sombra del hermano mayor, siempre atento a sus torpezas para luego echárselas en cara delante de un gran público, oscureció por un instante su capacidad de hilvanar la historia y solo la recobró al constatar que nadie en el local había sido testigo de la distracción. Apenas Rodrigo había esbozado una pequeña sonrisa que ahogó dado su lamentable estado de profunda desolación. El hombre prosiguió:

—Allá París con sus no sé cuántos millones de habitantes y sus no sé cuántas líneas de metro. Aquí, en Viena, se encuentra todo el mundo. ¡Coño! es que no puedes transitar de clandestino por el pasaje de la ópera sin tener que saludar, al menos, a cincuenta conocidos. En la Kärtnerstrasse y no en una mesa de disección, fue que se consiguieron el paraguas y la máquina de coser de los surrealistas, porque esta, amigo mío, es la ciudad de los encuentros fortuitos.

Dicho esto le resultó inevitable relacionar la cita de Lautréamont con las imágenes combinadas del zapato, los patos, el caballo y la respectiva reacción de la mujer en cuestión. Tampoco pudo evitar volver la vista hacia el maletín y sentirse incomodísimo a nivel de la rodilla. De tal manera que lo mejor era no achicopalarse, beber un trago largo y regañón, dejar que entrara algo de humo a los pulmones y seguir con la narración.

—Dime tú si no tengo razón. A que en Caracas no vivías tú de saludadera en saludadera cual candidato presidencial, a que nunca viste

la misma gente en el autobús, ni repetiste chofer ni te tocó viajar en la misma camioneta por puesto, ¿ah? Dime tú, ¿ah?

Rodrigo, contrariado por la noción, nada generosa, que puede llegar a tener un barman austriaco de lo que es un *whisky* doble, pudo, tal vez, rebatir su punto de vista recordándole que en sus tiempos de asiduos visitantes del bulevar de Sabana Grande no hacían otra cosa más que estrechar manos de mesa en mesa y de local en local, porque al fin y al cabo era siempre la misma gente la que rondaba por esos predios. También pudo haberle mencionado que, aunque no había leído a Cortázar, en muchas ocasiones ¡Y aquí en Viena, caballero!, había gozado del privilegio de ser compañero de asiento de monumentales mamitas a las que gustosamente hubiera querido volver a ver sentaditas frente a él, y que, si bien, una vez, una única y excepcional vez, había coincidido con aquella tan Godard, pelito nueva ola y Mayo del 68; de las otras, solo el plumero. En fin, que hubiera podido decirle que *exageras un poco hermano* pero no era ni el momento de empezar una discusión en torno al índice de probabilidades que había de encontrar tocando la pandereta en plena Stephanplatz al hijo raptado en Maicao hace 50 años, ni para una profunda discusión política donde se plantearan diversos escenarios ya que, si bien todo parecía indicar que, al derrumbarse el muro de Berlín, la izquierda europea caería en un dramático retroceso, por otro lado, allá –¿se acuerda camarada de dónde venimos?– el año pasado había iniciado con un sacudón social absolutamente espontáneo, en contra de unas medidas económicas y eso podía ser el signo de un cambio de rumbo o, al menos el punto de partida para un análisis más amplio de lo que nos espera en nuestras latitudes y, ¿dónde vamos a estar nosotros cuando eso pase? Pero es que definitivamente no era el momento de ponerse necio, ni mucho menos de hablar de compromiso político. (¿Cuándo en la vida camarada, guerrillero de etiqueta negra?) justo ahora que llegamos, o al menos nos acercamos, al meollo del asunto, y aún menos de andar hiriendo susceptibilidades porque además ya llega el mesonero con la botella que pidió para dejarse de pendejadas y un compañero no se despecha todos los días y, de paso, el cigarrillo del pobre volvió a consumirse solito en el cenicero.

–Allá en el caos, esta vaina no me hubiera pasado.

Súbitamente volvió al silencio como si hubiera pisado un terreno en el que no quería ubicarse —aún— estando en presencia del otro. Sin embargo allí estaba, frente a su peor enemigo, el caos. Desconcertado ante la imposibilidad de aprovechar los silencios para ordenar las ideas que brotaban sin coherencia aparente. Aquel desfile de personajes y objetos tan disímiles le remitían al célebre tango *Cambalache* de Enrique Santos Discépolo provocando en él una incomodidad que se manifestaba como punzada en la rodilla y un impulso a salir corriendo del local. Temió que a simple vista el amigo pudiera percibir un halo de petulancia intelectual en todo aquello. Un acto del exhibicionismo cultural. Y probablemente hubiera tenido razón en ello, al menos parcialmente. Por eso esperó reconocer en el rostro de su interlocutor alguna señal de desaprobación. Por eso, una vez más, el silencio. Para cambiar el estilo del discurso, para conectarse con todo aquello que no podía salir de él sin el disfraz cultural. Sin aquel rodeo a través del conocimiento. Pero ¿cómo lo hacía? ¿Acaso no había acomodado su desenvolvimiento social a su lado racional? ¿Acaso no era ese el escudo que había forjado y levantado para no volver a hacer el papel de centro de burlas que le tocó desempeñar durante su infancia? De inmediato, apartó tales reflexiones del cúmulo de ideas que consideraba compartir esa noche. Intuyó que, al menos ese aspecto de su personalidad poco tenía que ver con lo que tanto ansiaba confesar. Gesto que, en cierta medida, debemos agradecer aquellos que, sin formar parte oficial de la conversación que venía desarrollándose con tanto tropiezo, nos hemos visto inmiscuidos en ella, unos por relatores omniscientes y otros por lectores voluntarios. Haría falta, en todo caso, construir un relato paralelo, distinto, que permita ciertas analogías, si nuestra intención fuera, claro está, establecer relaciones de conducta entre la máscara y el abismo, la pretensión y el control. Dejemos pues constancia del juego tentador que aquí se nos propone y continuemos con el relato.

Rodrigo asintió ante la última sentencia sin reprochar ya que, obviamente, estaba inhabilitado para pasearse por todos los pensamientos que poblaban en ese momento la cabeza de su confidente y mucho menos podía adivinar lo que este narrador ponía a consideración de sus lectores. Una atmósfera de ropa mojada y garúa se adueñó de la mesa. El local, en la medida en que iba cayendo la noche, se llenaba más y más de jóvenes dispuestos a cometer alguna locura de luna llena. Pero a este

par parecía aislarlo, como si se tratara de un germen en un organismo vivo. Rodrigo creyó divisar una cara conocida en medio del humo *tu teoría queda demostrada*, pensó mientras ocultaba su rostro para evitar el saludo y que este diera pie para alargar una introducción en deceso. Después de rechazar la oferta de compartir la botella, el hombre pidió otra cerveza y encendió un tercer cigarrillo que saboreó en grandes bocanadas, como si se tratara del primero del día *ángel exterminador, cínico de mierda*, pensó y despertó una vez más el deseo de acercar el maletín y expurgar sus culpas. En su mente resonaban las voces de la zarza ardiente, entremezclando el recitado y el canto de manera tan formidablemente lograda que no dejaba duda alguna al oyente acerca del origen sobrenatural de ese sonido, la zarza ardiente desde la cual surgía la voz de Dios, instruyendo a Moisés, iluminando a Moisés, *Aarón debe ser tu boca, tu voz hablará a través de él así como la mía habla a través de ti*. Por suerte el impulso quedó controlado con la llegada de la nueva jarra y el brindis de rigor. El valor aún dormitaba perezoso en el fondo de su alma. Esperaba poder despertarlo con las siguientes jarras cuando ya quedara derribada toda acción de la conciencia y todo obstáculo moralista se fuera al carajo con las respectivas consecuencias.

—Buena falta que hace aquí una rocola, para pasar la noche llorando a Javier Solís —agregó sumando al bolerista mexicano a la lista de notables que persistían en exhibirse desde el abarrotado almacén de su inconsciente.

III

(Ella)

Mucho se ha escrito acerca de los efectos que el plenilunio ejerce sobre los seres humanos, así como acerca de ciertas personas que son más propensas a sufrir cambios de humor y ataques de melancolía en esas noches en las que el satélite terrestre muestra todo el resplandor de su cara. Sin llegar a los extremos de los llamados licántropos, individuos capaces de cometer verdaderos actos de locura estando bajo su influjo, la luna al menos ha servido de pretexto para arrebatos pasionales, intentos de suicidio, premoniciones fatalistas, llantos espontáneos e impulsos plagados de atrevimiento y valor repentino. Esto por nombrar algunos de los infinitos estados de ánimo en los que se sumerge el hombre por el solo hecho de encontrarse la luna en esa fase de refulgencia. Como si actuara cual señal permisiva, como un semáforo cuyo disco verde hubiera sido suplantado por aquel círculo blanco amarillento, al final, siempre nos quedará la sospecha, válida por cierto, de que así como han sido muchas las locuras cometidas bajo la sombra de un credo, también es mucha la conducta humana protegida por el encanto lunar. Claro que alguien puede rebatir estas palabras apelando

al asunto de las mareas y los árboles podados, y los cabellos cortados en luna llena para que crezcan más fuertes y brillantes, y a lo mejor sale otro por ahí a recordarnos la particular manera que tienen perros, lobos y coyotes de desenvolverse ante la presencia de una luna plena y ni hablar del ciclo menstrual en el que, probablemente, radica la verdadera razón de tanta sensibilidad a flor de piel relacionada con esa fase lunar, al menos en lo que al género femenino respecta. No queremos con esto echar por la borda tanta fantasía producida y transformada en canción, poema, drama, novela, leyenda, utopía, declaración matrimonial o defensa legal, a partir de esa imagen brillante que domina las noches cada cierto tiempo. Reducir el problema a un asunto meramente biológico podría contribuir modestamente a todo ese proceso de deshumanización que vivimos y que por nada del mundo compartimos, porque tampoco podemos olvidar algo que en definitiva es lo que termina salvando la patria en todo este devaneo inútil acerca de la luna y sus voces cautivantes y es el hecho de que solo depende de nosotros, y allí radica la humanidad, el convencernos y admitirnos seres cautivos del rostro iluminado de nuestra amada reina de la noche. Por esa razón no resulta para nada sentimental aseverar que una vez más la luna llena la había cubierto de nostalgia. Una nostalgia a la que no podía ni quería darle otra explicación sino aquella de los efectos del plenilunio.

Por eso se encontraba ahora en la cama desatando los lazos del acordeón donde guardaba toda su correspondencia y extrayendo de una de sus secciones el fajo de cartas que ella había escrito y que, por tanta torcedura del destino, habían acabado nuevamente en sus manos. Estas también se encontraban unidas por una cinta y aún envueltas en una hoja de papel tamaño oficio escrita en una de sus caras con letras grandes y de esmerada caligrafía.

Aunque lo que allí contaba había ocurrido no hacía mucho tiempo, cuando releyó la primera de sus misivas le pareció que se trataba de sentimientos escritos por otra persona. No era metódica. Nunca lo fue. De manera que poco le importó ordenar cronológicamente aquella producción epistolar para satisfacerse en su lectura. Al contrario. Dejó que el azar se encargara de guiarla a través de esa, su triste historia, su pena personal, su oculto fracaso.

Sacó una carta mientras terminaba de servirse la primera taza de aquel té de toronjil que acompañaría su lectura y resultó que el azar le

había colocado en sus manos la de más vieja data. Curiosamente no le llamó la atención revisar las respuestas que el destinatario había preparado para cada una de sus misivas. La noche parecía invitarla a reencontrarse, como si el objetivo fuera reconocerse y no hacer un balance de aquella relación que allí quedaba registrada. No quería la voz del otro. No necesitaba de esa intromisión. Era una cita con su propia percepción. Todo lo ajeno estorbaba allí. También, debía admitirlo, buscaba protegerse. La nostalgia la invadía pero no por eso iba a permitir que el dolor se instalara en su alma una vez más. Tomó un sorbo de té, miró a la luna a través de la ventana y leyó.

Moisés encuentra a Aarón en el desierto

Aunque parezca mentira, Moisés no conocía a su hermano Aarón. Nunca lo había visto. Dios apenas le dijo que lo encontraría en el desierto y así lo reconocería. Schoenberg inicia esta escena con un pasaje instrumental donde la flauta se muestra juguetona, apoyada en los arcos y el arpa. De esta manera nos presenta a Aarón. Una especie de líder comunitario con ciertas cualidades de tahúr, de encantador de serpientes, de embaucador nato, atributos, por cierto, necesarios en todo líder. El hombre, seamos francos, está más interesado en liberar a su pueblo del yugo faraónico que en adoctrinarlo para una nueva religión donde el ente a ser adorado no aparece por ninguna parte, pero, aunque está muy alejado de conocer a Maquiavelo, ya para ese entonces sabe muy bien que el fin justifica los medios y si algo tiene Aarón es pragmatismo del bueno, sin dejar a un lado esa preocupación genuina por el destino de los suyos, pero eso, mi amigo militante Rodriguito, no es lo importante en esta historia. Al menos no en mi versión. Si prefieres otra pues haz el esfuerzo y cálate la ópera cuando la repongan. Por ahora confórmate con saber que el tipo sabe convencer porque sus objetivos son palpables y si la palabra es insuficiente no tiene el menor inconveniente en pasar a la acción. Un héroe, un gerente, el que tiene al toro cogido por

los cachos. Por eso ni siquiera duda de la historia contada por Moisés ni del vínculo de sangre que, según él, los une. Tampoco le molesta esa manera de arrastrar las palabras como si con ellas se vinieran todas las piedras de ese maldito desierto. El cuento tiene cierta dificultad en ese detalle del Dios inimaginable porque es invisible porque está en todas partes porque es infinito y eterno y seguramente esto le va a deparar ciertos obstáculos de comunicación, pero, el asunto del pueblo elegido por el único Dios, el verdadero, puede surtir un efecto extraordinario amén de subir considerablemente la autoestima de una pobre gente perdida en medio del desierto, temerosa, no de Dios, sino del castigo implacable del faraón. Es pues, un reto y Aarón como que tiene sangre de llanero por eso de que el hombre es del tamaño del compromiso que se le presenta, además de ser un tenor de cuya voz salen sonidos cautivantes, y una gama de recursos que arrancan el aplauso hasta del más fiero crítico. Sigámosle la corriente al loco y presentémonos con él ante el pueblo y, apropiado es decirlo, que sea lo que Dios quiera.

IV

No tenía ningún recuerdo preciso de sus padres. Para Daniel, sus padres fueron, son y seguirían siendo por los siglos de los siglos su tío Gilberto y su tía Graciosa. Tras la muerte de su madre y la locura de su padre, había sido este par de bondadosas almas los encargados del sustento y educación del niño Daniel quien, por designios digamos que divinos, venía a llenar el vacío de hijos de esta pareja tan amorosa como infértil. Hombre de imprentas y litógrafo ejemplar, el buen señor Gilberto trató de inculcar en aquel niño el interés por las prensas, los tipos y el diseño gráfico. Su táctica consistió primeramente en acercarlo a los libros por sus contenidos. De esta manera llegó a familiarizarse con Julio Verne, Herman Melville, Jack London, Sir Arthur Conan Doyle, Robert Louis Stevenson, así como con Julio Garmendia, José Rafael Pocatererra, Teresa de la Parra y Pedro Emilio Coll, mientras sus compañeros de juego deliraban con el “Llanero solitario”. Y no es que la televisión le interesara poco. Simplemente el libro tenía para él una fascinación complementaria pues, con sus personajes sin rostros ni cuerpos definitivos, se le abría la oportunidad de imaginarse como protagonista de todas esas aventuras que era capaz de experimentar a través de la palabra escrita. Sin saberlo, la estrategia del tío solo sirvió

para germinar en el alma del niño la tendencia a vivir vidas ajenas. Cuando quiso familiarizarlo con los aparatos y herramientas que servirían para plasmar esas palabras de la fantasía en hojas blancas que posteriormente eran encuadradas y empastadas con cubiertas atractivas para la compra, tan solo el agradecimiento lo impulsó a mostrar un interés fingido por el oficio de aquel buen hombre. Así pasó su niñez y prácticamente su adolescencia. Metido en los libros que cada cierto tiempo le iba proporcionando su tío ignorando el daño que los mismos empezaban a causar en su cerebro alienado.

Su afición al cubalibre formaba parte del personaje asumido al iniciar sus actividades con los cuerpos policiales ya que, como es bien sabido, todo espía, detective privado, investigador de homicidios y agente secreto que se respete debe tener su bebida emblemática. Supo que ese iba a ser el trago de su vida apenas pasó por su garganta. La doble sensación de desagrado y adicción causó en él una necesaria reacción de convencimiento. Dolor y placer parecían unirse en esa mezcla de aguardiente fuerte, como el hombre que jugaba a ser, con la dulzura tentadora de la cola, el ácido estimulante del limón y el amargo de Angostura como castigo final. Una combinación de sabores que daban como resultado esa mezcla de personalidades que iba creciendo con determinación en él. Por eso, si algo podía llenar de orgullo a este muchacho, eso era el hecho de entrar cada jueves al bar Pacífico y encontrarse, aún sin haber terminado de sentarse, con la bebida rigurosamente preparada, dispuesta para su consumo. Mármol, en un gesto casi paternal, había convencido a Mujica, engatusándolo como solo él sabía hacerlo, para que pagara por adelantado dos botellas de Cacique para el disfrute exclusivo del carajito este que se cree James Bond. Jueves tras jueves, repetía el ritual mientras iba quedando cada vez menos líquido en aquellos recipientes. Cuando llegó el día de acabar con los restos de la segunda botella, ya Danielito había absorbido ciertas habilidades del maestro, además del alcohol que cada semana parecía encontrarse más a gusto en su cuerpo. De tal manera que propuso, al grupo de delatores que coincidían con él en el bar, que rotaran el pago de las rondas cada semana. Nunca se enteraron pero en realidad fue magistral la manera cómo lograba rehuir la responsabilidad de la cuenta cada vez que le tocaba el turno. No sintió remordimiento ya que, según su noción jerárquica, mal podían ellos ser dignos

de su amistad siendo él una importante ficha del contraespionaje y los otros apenas una manada de pobres chivatos. Mármol, complacido, consideraba que ya el muchacho había aprendido lo suficiente para defenderse por sí solo. Apenas faltaba la iniciación sexual. Eso déjame a mí, ostentó Mármol. Allí lo dejó, con la buena puta del barrio, la que sabía cómo tratar con principiantes. El miedo, tan propio de todo el que pasa por ese primer trance, no se manifestó con la determinación característica del caso. Al contrario, la chica parecía desconcertada con la veteranía del muchacho. Ignoraba la pobre la existencia de Henry Miller, de Colette, del Marqués de Sade y de cierto miembro de la servidumbre de Lady Chatterley. Incapaz de comprender tanta erudición literaria, la profesional terminó por dejarse someter y hay quien cuenta que hasta el orgasmo de su vida fue lo que experimentó aquella experimentada señora esa noche cuando, suponía, todo estaba preparado para desvirgar a un quinceañero. Una vez concluida la transacción, la meretriz se negó a aceptar el pago. El dinero, recolectado por Mármol entre sus subalternos, volvió al bolsillo del orgulloso iniciado, quien tuvo la delicadeza de no comentar el asunto con sus financistas. Al salir de la pieza, entre asombrado y orgulloso, abrió los brazos para recibir el beneplácito de su maestro. Mármol, ignorando el dinero que reposaba triunfante en el bolsillo de Daniel, acabó el día de entrenamiento con un consejo que, por lo visto, ya no le hacía falta: *Hoy pagas tú. En un futuro serán ellas las que paguen por tu amor.* Una última vez intercedió Mármol por él. Otro comisario trató de ofrecerle cocaína. *Aleja esa mierda del carajito,* ordenó en chanza pero con firmeza. *¿No ves que él no la necesita? Ese vive en una sola nota.*

Al culminar el bachillerato, dispuesto a emprender verdaderas aventuras inspiradas en aquella colección de obras literarias que tanto le habían impactado, aceptó la propuesta del tío para especializarse en Europa en el arte tipográfico. Su opción era la Península Ibérica, aunque también le llamaba la atención conocer la Italia de sus delirios, aquella que, asombrado, había descubierto a través de la pantalla en una película que había accedido a ver, motivado únicamente por el entusiasmo que aquellas enormes tetas del cartel despertaban en sus colegas delatores. La película, cuyas imágenes se confundirían con sus recuerdos unas horas antes de exhalar el último suspiro. Pero el buen señor Gilberto sabía de una excelente escuela en Viena. No pudo o no

quiso negarle al tío la satisfacción de enviarlo a esa ciudad que nada le decía pero que, por haber sido alguna vez capital de un imperio, probablemente aún acogería unos cuantos nobles dispuestos a reconocer y recompensar sus actos heroicos y sus hazañas extraordinarias.

De pronto, se acordó de tanta noche bloqueada por la barrera del idioma y pudo ver la silueta de ella, hermosísima, vistiendo su piel de niña sobre ese caimán que no era más que un tronco derribado desde cuyas entrañas brotaba el río de hormigas. El inesperado fulgor de un relámpago le obligó a abrir los ojos. Como de manera automática y siguiendo el sentido de sus recuerdos logró preguntarse acerca de las certezas de la conciencia. La suya, al menos, había sido alimentada con demasiadas ilusiones. Si la realidad consistía en la percepción humana en su estado consciente, entonces, ¿por qué dudar de la posibilidad de que existan tantas realidades como conciencias? Y, si era así, ¿a través de qué mecanismos se concretaba la conexión de conciencias para crear una realidad, digamos que, mayoritaria? ¿Era cada una de sus realidades desmerecedora de tal apelativo simplemente por separarse de la común? Porque si de algo estaba seguro es que eran múltiples y válidas sus realidades. Estas dependían, así se lo imaginaba en el delirio, de una especie de interruptor que activaba diversos niveles de su conciencia. Niveles múltiples de una conciencia única. Bañado en sudor sintió sed y creyó divisar a su lado el pellejo de un lechón saturado de un buen vino tinto. Trató de asirlo pero sus manos solo encontraron la maleza hostil que rodeaba su cuerpo inutilizado por el veneno. ¿Dónde te has escondido mi buen Sancho?, creyó preguntar. La acción ayudó a activar una noción de realidad más cercana a la del común. Admitió, antes de volver a caer en el delirio, que Miguel de Cervantes y Saavedra también formaba parte de su dudosa existencia.

V

Se dio cuenta de que era amor cuando lo sorprendió la mañana dando vueltas en la cama y con el rostro de ella entre ceja y ceja. Después vino la angustia de la espera y la semana que se le volvía extremadamente larga. Su vida dependía de la clase de los martes y, sobre todo, del tren de las 17:00. Más aún, enseñar español resultó ser una tarea trascendental y aguantarse las ganas de fumar durante los cuarenta y cinco minutos el más claro ejemplo del triunfo del amor sobre el vicio. Aunque, en honor a la verdad, era al vicio, o, siendo más preciso, a la secuela del vicio, a quien habría de agradecer la aparición del gran amor, ya que, si de empezar se trataba, era evidente que el asunto había empezado con dolor de cabeza, baja de tensión, sudores fríos y la efímera decisión de no volver a beber nunca más aunque de ello dependa su desenvoltura, espontaneidad y simpatía, porque, veamos, a qué persona sensata se le ocurre abrir la noche con cuatro copas de Cardenal Mendoza, continuar con siete vasos de Grant's en las rocas, algo de Tankeray, Vodka Stolichnaya y, para colmo de males, cerrar la rutina con Four Roses, después de haber vaciado todas las botellas de la casa, haber brindado cien mil veces por el éxito del gordo Arteaga que se nos va a Venezuela a probar suerte con la batuta en la mano —y el diploma

del Konservatorium der Stadt Wien bien enrolladito en la maleta— y prometido unas tantas más que este es el último porque mañana tengo que preparar la bendita clase de español antes de salir a la universidad y mira tú que justo ahora se le ocurre al gordo Arteaga abrir la maleta para sacar la botella de Swing que le llevaba al papá como regalo especialísimo y su mujer, lógicamente, se le arrecha porque ese es un *whisky* muy fino para andar destapándolo a estas alturas de la pea, con la casa invadida de humo y los ceniceros colapsados y, de paso, que todavía no entiende muy bien por qué el loco de su marido quiere dejar la comodidad del hogar para meterse en un país donde la gente sale a la calle a robarse unos televisores y unas lavadoras con la excusa de que aumentaron el precio de la gasolina.

De nobles intenciones al hecho siempre ha habido un largo trecho por lo que eso de levantarse temprano y la preparación de la clase de español se habían ido al mismísimo, con todo y despertador. A eso de las diez y media lo levantaron la sed y las ganas de orinar. Mientras se bañaba trató de organizar las ideas pero de alguna manera le estorbaban el sabor viscoso en la lengua y la nicotina en los pulmones. Sabía, se le presentaba en la bruma de su memoria, que, en algún momento de la fiesta, había ido al baño y, viéndose enfrentado, sin testigos, a la verdad desnuda, debió reconocer la triste realidad de su lamentable estado. Después de vaciar el estómago, con todo y *Swing*, agotado por el esfuerzo, consideró la posibilidad de descansar un poco antes de salir a la faena nuevamente, encontrando bastante cómoda la posición de acostado, abrazado tiernamente al retrete. De allí en adelante todo ocurrió de forma vertiginosa. Algo creyó recordar de unos golpes en la puerta, una alzada entre el gordo Arteaga y el caliche Jaramillo y luego un taxista hijueputa con complejo de Niki Lauda. El resto era un despertador roto y ese imperceptible dolor de cabeza con todo el potencial necesario para convertirse en el ratón del año. El día prometía lo suyo pero no toda la causa estaba perdida.

La que sí estaba perdida era la clase de Notación antigua, la Proportia tripla y los inentendibles ligados de la notación mensural blanca, pero aún estaba a tiempo para alcanzar la Introducción a la Etnomusicología y rematar con el Proseminario de Musicología Comparada. Así pues, caminó hasta la universidad evitando los tranvías, con el único propósito de dominar la jaqueca a punta de aire, algo de ejercicio y dos aspirinas. Subió

a pie los cinco pisos del Núcleo de Nuevos Institutos, sintiendo en cada nivel la mirada curiosa de los estudiantes que usaban el *Pater Noster*, entró al salón sin mirar al profesor que había iniciado la clase unos minutos antes y, al sentarse en su puesto (celosamente resguardado por la bella Gabriele), pensó que le había ganado la batalla al imperio del mal etílico aunque no tuvo las suficientes fuerzas para celebrar su victoria con una sonrisa. *Quién te viera*, se autoacusó, *y hoy apenas es martes*.

En medio de una insólita nube de moscas que parecían celebrar el canto ensordecedor de las cigarras, el negrito terminaba de armar su marimba con trozos de madera seleccionados concienzudamente. El regocijo dejaba al descubierto la escasa dentadura del artesano mientras tanteaba el instrumento, del cual empezaba a surgir un sonido dulce, fresco, casi acuático, pero este, sin previo aviso, quedaba solapado por un rugido estremecedor que, en lugar de salir de la película, parecía originarse en la última fila del salón de clases. ¿Podría tratarse de una bestia acechando al distraído artesano? Difícilmente, porque estos negritos saben estar atentos a lo que ocurre a su alrededor y este se ve tan tranquilo tocando su marimba, que tampoco es que suene con tal estridencia como para que el hombre no pueda escuchar semejantes ruidos y precisamente en pleno alarido viene la bella Gabriele, siempre tan solidaria, y le mete un codazo y le susurra al oído *wach aufwach auf du Trottel*, porque el pobre había llegado con esa cara de cadáver insepulto y a ella le había dado tanta lástima y las cortinas cerradas, el salón oscuro y la película sin narrador, solo el negrito buscando maderitas y las chicharras cantando como en la Semana Santa caraqueña, así que, total, qué importa que duerma un ratito el pobre, ahí, protegido por la oscuridad y la espalda de treinta compañeros. Pero es que la bella Gabriele, siempre tan solidaria, tampoco podía prever aquellos ronquidos arzobispales por lo que le tocó meterle su codazo, justo en el momento en el que Herr Professor Doktor Wessely, que conocía la película y de leones nada, se levantaba de su asiento para tratar de distinguir al saboteador entre las sombras.

Lo salvó la campana, es decir, el codo de la bella Gabriele incrustado en sus costillas, pero esa distracción le costó el poco control que tenía sobre el dolor de cabeza, y, finalmente, tuvo que admitir, entre golpe y golpe de marimba bantú, que el alcohol era extremadamente dañino para la salud ¡Y ni hablar del cigarrillo!

La sensatez me indica que más vale retirarse a tiempo, murmuró con ironía, pensando en la noche anterior y el poco valor que le hubiera asignado a esa frase cuando apenas acababa de descorchar la segunda botella de Ginebra. La sabiduría suele tocar tardíamente las puertas del hombre común –habrá sentenciado alguno en su momento. Por lo pronto, este sabio adolorido que, de manera tan estoica había resistido las dos horas de Introducción a la Etnomusicología, debió reconocerse vencido cuando Herr Professor Doktor Schüller empezó a extraer de un maletín, que bien hubiera podido pertenecer a Thomas Alva Edison, toda suerte de micrófonos, cintas magnéticas de diversos formatos y novedosos discos digitales mientras hilvanaba una complicadísima charla en torno al registro sonoro como herramienta para la investigación y el archivo musical. Entonces apareció la sensatez materializada en forma de punzada en el lóbulo izquierdo y con ella la retirada, a tiempo, secuestrando, de paso, a la bella Gabriele, siempre tan solidaria, aprovechándose de sus dotes de lazarillo para dejarse guiar hasta el cafetín. ¡Y qué bueno era poder contar con la bella Gabriele!

Porque, aunque la bella Gabriele lo veía como un hermanito, a él le hubiera gustado tanto consumir aquel incesto fraterno, pero para eso tendrían que pasar *más de mil años, muchos más*, ya que la bella Gabriele, siempre tan solidaria, había vivido con un chileno refugiado que conoció, precisamente, en un acto de solidaridad con los pueblos oprimidos de América Latina y con él había aprendido el idioma, y a decir “mijito rico”, pero también aprendió lo de “típico macho latino” porque el chileno resultó un verdadero concha e’ su madre (palabras de ella) que no desaprovechaba momento alguno para irse detrás de cada culo austriaco que se le atravesaba por el camino y a partir de ese contacto directo con la patanería universal, sumado a un puño pasado de tragos y un ojo morado, la bella Gabriele se prometió no volver a estar en una situación semejante, perdió hasta el mínimo vestigio de respeto que le quedaba por el sexo masculino y enfiló su vida hacia la más ortodoxa militancia feminista al tiempo que colgaba un cartel en la cabecera de su cama con la frase *Nie wieder ein Mann auf meinem Bett*. Fue sin embargo ella, la primera persona que conoció cuando recién entró al instituto y, pensando que podía resultar una tabla de salvación para su alemán elemental –llevaba ya algunos años en el país pero el idioma se le había convertido en un obstáculo duro de superar– la invitó a un

mélange en el cafetín universitario y ella entonces le soltó lo de *típico macho latino* y ya llegó este cabrón a querer cogerse su primera austriaca a cuenta de caribeño recién llegado. Ofendido como estaba, pues si algo tenía claro en la vida era el respeto profundo a la condición femenina, la lucha por sus reivindicaciones y el rechazo absoluto al uso de la violencia contra la mujer, su reacción inmediata fue, paradójicamente, el estallido de una carcajada incontrolable que hizo saltar lágrimas de sus ojos y desarmar los argumentos y las murallas que la bella Gabriele había decidido levantar contra el extraño. Pero no te equivoques pajarito, porque lo que quedó bastante claro en ese momento fue que con ella, cero chance, y más bien hermanito del alma pa'lante y ella feliz porque le podía decir *mijito rico* sin dar oportunidad a falsas interpretaciones, y con esa relación tan fraternal todo consistió en guardar el asiento al otro en el salón, intercambiar apuntes, elaborar trabajos de clase, discutir de política sin posturas sexistas —fue petición de él— y, a veces, hasta compartir pequeñas penas alrededor de unas cuantas jarras de cerveza. Eran esos los momentos que más los acercaban. La desinhibición que producía el licor, suavizaba el caparazón que había crecido en el alma de la bella Gabriele después del puñetazo y él aprovechaba para ver a través de sus ojos unas ganas inmensas de ser sencillamente feliz. Entonces le regalaba cientos de cuentos hilarantes, consciente de que, con ella, el humor era el arma que le había resultado más efectiva desde el primer encuentro y ella reía generosamente hasta que cerraban el local y se despedían en el puesto de taxis, como buenos hermanos, sin un solo mal pensamiento revoloteando impertinente. Cada quien a su casita, a hacer pipí y a dormir. Y era tan bueno poder contar con ella, aunque fuera todo tan platónico, porque allí estaban también sus dientes tan blancos y perfectos, su cabello tan lacio y vino tinto y sus manos tan suaves y delicadas —feminista femenina llegó a definirla en una de sus noches de penas y confesiones— que de pronto, resultaron de una firmeza necesaria para mantenerlo de pie, guiarlo hasta la cafetería, traerle una cocacola con bastante hielo y acariciarle la cabeza ya no como una hermanita, sino más bien como una madre alcahueta que increpa dulcemente al hijo sinvergüenza *mijito rico*, *usted se me va a quedar sin hígado uno de estos días*.

La cocacola aplazó por un tiempo prudencial la llegada del clímax tóxico-etílico. Entró en una especie de estado de sedación que se

parecía demasiado al ojo de un huracán. Así que aprovechó el alivio momentáneo para organizar, en lo posible, la clase de español de esa tarde rematándola con ejercicios de ser y estar y diálogos entre alumnos. Utilizó las pocas fuerzas recuperadas para levantarse, estamparle un beso de hermano a la bella Gabriele —que salió disparada para no perderse la última hora del Proseminario— y regresar a su casa donde lo esperaba un segundo duchazo y un sobre de sopa Maggi.

Mientras permitía que su estómago se dejara llenar de agua caliente saturada de glutamato monosódico se dedicó a pensar, una vez más, en su dependencia ética y las razones por las cuales no aceptaba abandonarla. A su parecer poseía una personalidad opaca que lo condenaba a pasar desapercibido por el mundo. Su mente carecía del suficiente ingenio cuando estaba sobrio. Su inseguridad ante el exterior, de la cual culpaba a la permanente descalificación que ejerció su hermano mayor sobre él desde los tiempos de su más remota memoria, lo reprimía a la hora de establecer cualquier tipo de contacto con otras personas. Por el contrario, bajo los efectos del alcohol se volvía divertido e ingenioso. Simpático al punto de ganar la amistad de muchos y el afecto de sus más cercanos. Aquellas cervezas que consumía en compañía de la bella Gabriele eran las generadoras de todo ese catálogo de disparates que motivaban la hermosa risa de su “hermanita” y solo por eso valía la pena envenenar el cuerpo mientras, a su parecer, se iluminaba el alma, aunque el precio a pagar fuese tan alto. Recordó un dicho llanero que le venía al pelo en ese momento: *Señor, si con mis peas te ofendo, con mis ratones te pago y me quedas debiendo.* ¿Por qué tenía que ser así? ¿Por qué debía ser castigado el ser humano al recurrir a prodigiosas pociones para conectarse con su más profunda humanidad? ¿O es que acaso no era un santuario de bondad la casa del gordo Arteaga desbordada de alegría la noche anterior cuando todos se prometían amor y amistad eterna? Pensó, finalmente, que si existiera la justicia divina, el fin último de esta debería ser el prolongar eternamente ese estado de exaltación tan parecido a lo que cualquier mortal puede imaginar como la felicidad. Logró ingerir la última cucharada de sopa sin mucha convicción. Aspiraba recuperar algo de fuerza para cumplir con sus compromisos académicos aunque estaba consciente de que ese breve instante de alivio había sido una tregua otorgada con la única finalidad de sumergirlo en sus inútiles reflexiones. Concluyó, obviamente, que

Dios, si existía, debía tener una noción de la justicia demasiado alejada a la suya, razón por la cual no le interesaba entablar ningún tipo de vínculo con ese señor. El tiempo rendía lo suficiente como para recostarse en una siesta breve antes de salir. A los dos minutos los ronquidos se oían en la cumbre del Kahlenberg.

VI

(Ella)

Leonardo de mi corazón:

Bueno, aquí me tienes, toda desbaratadita y con una propensión a las lágrimas que ya parezco Magdalena.

Ayer, cuando nos despedimos, di vueltas por todo el aeropuerto buscando un buen lugar para ver despegar tu avión. Se levantó algo más ligero que aquel de Singapore Airlines y dio su curvita de lo más juicioso.

Yo aún no sentía una separación física. Era como si me hubieras dicho, ya vuelvo. Me pasé todo el día esperando que volvieras pero tú al parecer te fuiste a comprar los famosos cigarrillos porque nada que volvías y... ahí empezó a arder Troya. Reduje la botella de tequila a su más mínima expresión (y yo espera que te espera a que volvieras).

Cuando me reconocí sola y sentí este silencio tan agobiante y este vacío al lado mío, simplemente no pude más. Óyeme, entendí aquello de lágrimas ardientes. En serio, amor, son lágrimas que queman cuando ruedan por mis mejillas y es una sensación tal cual como si me hubieran amputado un órgano vital.

Por suerte la almohada buele a Leonardito lindo. Ahora me la paso abrazada a la almohada como si fueras tú mi negrito adorado.

Pasé la mañana limpiando la cocina de la forma más minuciosa y fui a almorzar a casa de Clemencia para que me consintiera un rato. Después fuimos al Stadtpark y visitamos mi arbolito. Se lo presté un poquito y nos sentamos al sol a tomar vitamina E. Nos contamos historias de abuelitas lindas y tiernas. De patos, amores y desamores. Le pedí que se quedara conmigo unos días porque las noches sola me asustan y más en este lugar tan apartado del mundo, no vaya a ser que yo me diluya de tanto llorar y como en público no lo hago así me obligo a dormir.

Amor, sé bien que este tiempo será provechoso y solo corroborará nuestro (mejor hablo en singular aunque sé que se trata de un sentimiento mutuo) convencimiento de que el proyecto de futuro más hermoso es aquel que nos incluye a los dos como pareja, pero esta fase que le sigue a la separación me da bastante duro porque mi necesidad de ti es inmensa. Te has vuelto indispensable para mí. Yo sabía ya lo que me esperaba cuando me preguntaba qué iba a ser yo sin ti.

¿Dónde están tus manos, dónde tu calorcito, tu espalda para darte un abracito, tu pecho para apoyarme en él y sentirme el ser más feliz del mundo, dónde estás tú, completito, incluyendo todas tus dudas?

Leonardo, consiénteme, consiénteme, consiénteme, siénteme, énteme, teme, me, e.

Mira. Yo te quiero de todas las formas, con mi amor más infantil y con el más maduro y calmado que dispongo.

Te quiero con mis ojos, que no se cansaban de verte, con mi nariz que reconoce el olor a Leonardito y se pone de lo más feliz, con mis oídos que adoran tu voz. Me queda un sentido por nombrar, ¿verdad? Pero ahí sabes tú los estragos que has causado porque mi piel no acepta ni siquiera el pensamiento de una diferente a la tuya.

Leonardo, te puedes dar cuenta del deplorable estado de enamoramiento en el que me encuentro. Y lo peor es que el asunto es hasta voluntario porque yo quiero estar eternamente enamorada de ti.

¿Y si, y si me das un abracito? ¿Y si me querías?

Ruego que se cancelen las lunas llenas hasta nuevo aviso.

Pensó en aquellos hombres que pasaban por su vida para llenar con compañía y ternura el espacio de un único amor autorizado y perdido. Agradeció en silencio esas compañías. Antes de que la rabia acabara

imponiéndose como una intrusa en aquella fiesta particular, soltó un suspiro que acabó asomando una minúscula fracción de voz, como la punta de un hilo de seda. Colocó la carta en el fajo y, haciendo un esfuerzo para recuperar cierto afán lúdico en la tarea, cerró los ojos para extraer la siguiente.

Moisés y Aarón anuncian al pueblo el mensaje de Dios

Primero exhibe Schoenberg la angustia del pueblo judío abandonado por su líder. Una joven jura haber visto aparecer una llama, una luz incandescente, ante los ojos de Aarón. La chica asegura haber escuchado una voz que salía de la flama gritando su nombre. Inmediatamente otro joven declara que lo vio alejarse por el desierto. La cadena de rumores continúa con el comentario de un hombre según el cual, la voz de la flama ordenaba a Aarón ir al desierto al encuentro con su hermano Moisés. Allí se arma el atajaperros porque desde hace rato que no se tienen noticias del patriarca. Se abre un espacio para las especulaciones. ¿Moisés está por aquí? ¿Y aliado a un nuevo Dios? ¿Más poderoso que nuestros otros dioses y que el mismo faraón? Combinando solistas y diversos coros, canto y declamado, se hace evidente el trastorno que han producido los rumores entre la población. Se discute en torno a la naturaleza de los dioses. Algunos, dice un sacerdote, exigen sacrificios y tienen sed de sangre; otros, por el contrario, están para recompensar y todos se preguntan a qué categoría pertenecerá el Dios que le habló a Aarón y consideran que es mejor adelantarse a los hechos, no vaya a ser

que se nos enfurezca el tal Dios ese y la coja con nosotros, pobre pueblo errante, entonces hagamos aunque sea un sacrificio de sangre que daño no le hace más que al pobre ser sacrificado, sea paloma, gallina, cordero o inocente doncella, y a cambio traerá beneficios, o, en el peor de los casos, dejará las cosas tal y como estaban antes de la ofrenda y eso ya es algo, porque si no, vayan y que les echen un cuento los sobrevivientes de Sodoma y Gomorra a ver si no se van a sentir bien retribuidos con la pura indiferencia divina. En otras palabras, lo que aquí se exhibe es la incertidumbre en proporciones colectivas. Con las consecuencias de rigor, a saber, la especulación y el pánico general. Y no es que esta incertidumbre sea más dañina que la individual, no te creas. Famoso es el cuento de la peste anunciando a un viajero su intención de ir a la ciudad a matar a trescientas personas. Al llegar el viajero a dicha ciudad se encuentra con que hay más de mil muertos. Una vez más coincide con la peste y le recrimina: Si dijiste que ibas a matar trescientas personas, ¿por qué hay más de mil muertos? Y ella le responde: Yo maté a trescientos, al resto lo mató el miedo. Sin embargo, un hombre solo que duda puede estar viviendo en su interior una tragedia de mayores proporciones que la que puede vivir una ciudad atacada por la peste. Una duda existencial, amigo mío, no acaba con vidas pero sí con los deseos de vivir. Pero concluyamos con esta desviación que solo me atañe a mí y sigamos con el cuento. Te decía de la incertidumbre, la especulación y el miedo, y es así como ya está a punto de caramelo el primer sacrificio cuando surgen las expectativas y la chica sueña con un Dios de rasgos hermosos y el otro piensa que les brindará bienestar y el otro que los liberará del faraón, y hasta hay algunos que aseguran que todo es una vulgar estafa y que nadie puede esperar nada de los dioses pero la mayoría está dispuesta a servir al nuevo Dios porque a los otros como que se les agotó la batería hace rato. Entonces divisan a lo lejos las dos figuras ansiadas. Ambas se presentan como un espejismo. Nadie puede constatar si va uno detrás del otro o si va uno al lado del otro, si están cerca o están lejos. Moisés se les presenta fuerte, sabio, asentado, no saben si camina o si está parado en el desierto. Aarón parece más viejo que cuando partió. Ambos al mismo nivel, complementario el uno del otro, finalmente llegan al campamento.

Se podría decir que tras el regreso de Aarón las aguas volvieron a su cauce. Se podría decir, pero estamos en un desierto y no hay cauce

ni agua que corra por él de manera que ni por un instante hubo sosiego en la población que no permite ni siquiera que ambos principales lleguen al aposento más cercano a refrescar sus rostros y cuerpos abatidos, ni a fortalecer su estado físico a través de la ingesta de líquidos y prótidos, mucho menos a recobrar el sueño perdido tras una larga travesía bajo el sol inclemente, porque inmediatamente se inicia el interrogatorio masivo acerca del mensaje que envía el nuevo Dios a través de este par de embajadores y ya unos se adelantan a ofrecer dineros, bienes y vidas para ganar su indulgencia. Moisés inicia su retahíla acerca de la condición intangible del nuevo Dios mientras Aarón, como si tratara de traducir su discurso, resalta dulcemente, envolvente, el hecho de que ese Dios ha elegido a este pueblo de entre todos los del mundo para regalarles toda su gracia. Moisés intenta aclarar que Dios no exige ofrendas ni sacrificios ya que no le interesa una tajada sino el pastel completo. Aarón les pide arrodillarse para rezarle a este Dios pero el vulgo empieza a preguntarse: ¿A quién?, ¿rezarle a quién? Y esta pregunta corre como reguero de pólvora en imitación *bachiana* por toda la aldea. ¿Dónde está ese Dios? ¿Por qué no lo veo? ¿Tiene un aspecto bondadoso o malvado? ¿Debemos amarlo o temerle? Claro que queremos arrodillarnos y ofrecerle vino y terneras, pero ¿dónde está? Muéstranos ese Dios. Aarón entiende que la situación no va por buen camino. Intenta ganar tiempo con técnicas de introspección al estilo de cierran los ojos, tápense los oídos, solo así lo verán y lo escucharán. Pero el pueblo se siente decepcionado. ¿Entonces es invisible y nunca se mostrará ante nosotros? ¿Tu Dios todopoderoso es incapaz de hacerse visible para nosotros? Aarón como que conoce el cuento del traje del emperador. ¿Habrá llegado hasta Dinamarca en alguno de sus viajes? Porque la carta que intenta ahora extraer de la manga es parecidísima a la estratagema ideada por los birladores del rey. Solo los justos pueden verlo. Y casi de inmediato saltan los oportunistas y declaran, juran y perjuran que lo ven pero un sacerdote le increpa. Entonces los asesinos nunca podrán verlo y por lo tanto no tendrán razones para temerle. Y Aarón refuta. Quien no lo vea estará perdido. Y el pueblo replicará en son de burla. Entonces nosotros todos estamos perdidos. Ya parece que no quieren nada con ese nuevo Dios, Aarón presiente que ha sido derrotado. Moisés siente que le abandonan las fuerzas pero Aarón sabe que solo una cosa puede hacer y toma el bastón de Moisés, lo arroja

al suelo y este se convierte en serpiente. El pueblo se horroriza ante la bestia que parece ir contra ellos. Magnífico efecto, ahora falta coronarlo con la palabra precisa. Este bastón los guía a ustedes. En las manos de Moisés es firme, es la ley. En las mías es escurridizo como una serpiente, es la astucia. La conclusión que saca la plebe poco tiene que ver con la enseñanza que intenta impartir nuestro sujeto. Podrías decir que sus conclusiones son más elementales y no estarías siendo despectivo, puesto que muchas veces ocurre que intentando profundizar perdemos la esencia de las cosas, que, por lo general, reside en su sencillez, en su elementalidad. ¿Qué piensa el pueblo de todo esto? Pues que Aarón es un tipo vergatario capaz de transformar un bastón en serpiente delante de toda una masa de incrédulos. Siendo él inferior a Moisés en jerarquía ha de ser poderosísimo este Moisés y siendo el tal Moisés el mensajero de Dios pues habrá que considerar a este Dios como el Todopoderoso. Y tras un par de impactantes prestidigitaciones que van desde convertir momentáneamente a Moisés en un leproso hasta teñir de sangre las aguas del Nilo, el resto del acto lo remata prometiendo mieles y leche y la caída del faraón y una tierra donde la arena se convierte en frutos, los frutos en oro, el oro en deleite, el deleite en espíritu. También introduce palabras como valor y orgullo y siempre, pero siempre, resaltando la envidiable condición de elegidos. En síntesis, obra como todo un candidato a la presidencia, practica eficientemente el ejercicio demagógico y, una vez más, el pueblo vuelve a caer en la trampa porque hasta dispuestos están a adentrarse en el desierto donde, según un sensato comentario del sacerdote, podrían morir de hambre, pero qué va, para eso está este Dios que nos dará de comer y no permitirá que nuestra sangre siga dándole de comer al faraón y sus secuaces, que es ese el destino que nos espera si preferimos mantenernos a orillas del Nilo. De manera tal que el primer acto acaba con todo el pueblo eufórico y gritando consignas al estilo de ¡Al desierto, a la libertad!, y no sé por qué pero tanto fanatismo sin rumbo se me termina pareciendo a eso que dices tú que no hay nada más peligroso que un pendejo con iniciativa y, ¿cómo es eso de la incertidumbre triunfando una vez más?

Segunda parte

*Cómo encontrar un sitio con los primeros ojos
un sitio donde asir la larga soledad
con los primeros ojos, sin gastar
las primeras miradas.*

Mario Benedetti

VII

Apenas pasó el control de aduana descubrió una manera de comportamiento para él novedosa. Un rigor, una disciplina que, o bien le resultaba imposible de imitar, o bien no consideraba lo suficientemente necesaria como para dedicarle algún esfuerzo desde el núcleo de su personalidad. Supo, sin embargo, que debía aprender a comunicarse con ese “nuevo mundo” que lo rodearía de ahora en adelante. Y seleccionó, sin ápice de sorna, las palabras que acababa de combinar, a pesar de los siglos de historia que presionaban el entorno de su futura vida impregnado de viejos edificios y un sesenta por ciento de la población superando los sesenta años.

Abandonó el aeropuerto sabiendo que la tarea no sería sencilla. La sola intención de recordar, pronunciar y convertir en parte de su familiaridad el nombre del aeropuerto internacional de Viena, con toda esa amalgama de consonantes apenas provistas del número mínimo de vocales, le resultaba un gigantesco peso en un hombro tan cubierto de cáscaras, que invalidaba hasta sus más elementales capas biológicas. Semejante combinación de letras –era su intuición trabajando aceleradamente– debía determinar la ubicación geográfica del terminal aéreo. Sin embargo, y por ahora, Schwechat solo significaba llegada y

¡Tierra! Y, por lo tanto, parecía una cordial bienvenida, pese a lo ocurrido en el momento en que salió del aeropuerto. Porque la imaginación se desborda apenas el viajero sentencia año nuevo vida nueva y se cree dispuesto a comerse el mundo y, entonces, choca con una gigantesca muralla cultural. Ya que los signos a través de los cuales se ha comunicado toda su vida no son para nada compatibles con aquellos graznidos, gorgoteos, gruñidos, gemidos y gagueos guturales que insisten en producir las bocas del nuevo mundo. Adaptarse, mutar, re-crearse... Pero ¿cómo? La calle adoquinada, con toda esa arquitectura distante, es, en esencia, solo la calle, pero el hombre que la cruza, el chofer que la transita, el asomado que la vigila desde aquella ventana protegido por una cortina semiabierta, parecen rodeados de un escudo invisible e invencible y aunque puede también ser susceptible de imitar, o al menos de llegar a su dermis, para eso, era preciso dominar, en primer lugar, el idioma. El idioma, sin dejar de ser vocabulario, se convertía dentro de sus estrategias en definición y alma y por lo tanto en objetivo a alcanzar. Para ello se trazó dos líneas de acción a seguir: la imitación —en él innata, bastaba con ver cómo repetía casi a la perfección las noticias que escuchaba en el radio portátil que adquirió como herramienta básica para cumplir sus metas, sin tener la menor idea de su significado— y la lectura, porque allí, en los libros, podía encontrar el rincón donde habita el alma de las palabras. Todo lo demás se lo dejó al tiempo.

Y con el tiempo terminó dominando el idioma tan a la perfección que hasta las más ocultas sutilezas que diferenciaban los dialectos de Viena —cada uno de sus veintitrés distritos tiene una manera de decir característica— fueron captadas por su oído absoluto y procesadas en su alma camaleónica hasta hacerlas suyas; hasta hacerse invisible. Uno más en el montón de jóvenes anodinos que junto a él cursaban estudios de artes gráficas y tipográficas, con el poco entusiasmo característico de quien sigue una carrera técnica por necesidad de oficio.

Fue en ese período cuando recibió de su devoto tío un ejemplar de *Cien años de soledad*. Casi al mismo tiempo conoció a Camilo durante un almuerzo en el comedor de la universidad técnica y, contrario a su naturaleza, encontró en él a su primer y quizás único amigo auténtico. Es probable que se haya sentido atraído por el antioqueño debido a su frescura, su espontaneidad y esa imposibilidad de esconder su personalidad llana y transparente. Por algo, amigo mío, se dice por ahí que

los contrarios se atraen. Cuando llevaba más de media novela leída y no podía salir del asombro que causaba en su alma la manera como milagro tras milagro se iba contando la saga de los Buendía, llegó a la conclusión de que tal coincidencia de hechos –el envío de la novela y la adquisición de un amigo– no podía ser otra cosa sino una manifestación del más ortodoxo realismo mágico, Colombia se le antojó como una segunda patria. El camaleón empezó a moverse en sus entrañas perfilando un nuevo personaje. Faltaba elegir el momento indicado para darle vida. Solo un asunto le preocupaba: tenía un amigo que sabía al menos quién era en ese ahora. ¿Cómo ganárselo a la idea de verlo convertido en otro?

Para Camilo, el venezolano era el hijo de un abogado merideño y una berlinesa de sangre noble con título de doctora en filosofía de la Universidad Alexander von Humboldt. De allí el perfecto dominio del idioma. Estudiaba para tipógrafo como un acto de rebeldía. Son gente de letras mis padres, pues que se encarguen ellos de escribirlas que yo haré lo mío imprimiéndolas. De esta manera justificaba su vida modesta, siempre apretada. Era el personaje rebelde que tanto inspiró a la generación *hippie* de los años sesenta y setenta. Camilo, por su parte, era estudiante de ingeniería siguiendo la profesión familiar, aunque tenía un talento musical que bien hubiera podido explotar pero del que solo se valía para enamorar a las austriacas que soñaban con hacer el amor en las alturas de Machu Picchu. Gracias a su familia podía darse el lujo de arrendar un apartamento con ascensor y baño interior con ducha. El afecto que este le inspiraba a Daniel no impidió que las enseñanzas de Mármol resurgieran en él logrando, en breve tiempo, que el buen amigo lo invitara a compartir el apartamento. Ya a esas alturas, la cerveza y el vino blanco habían sustituido al cubalibre por razones lógicas. El único ron que se producía en la región era destilado de remolacha. Su uso se limitaba a la repostería y a uno que otro chorrillo en el té de las abuelitas. El día que se mudó experimentó su primera gran borrachera. Como mecanismo de defensa y para no delatarse durante el delirio etílico su cuerpo reaccionó quedándose dormido aún sentado. La vida se le acomodaba siguiendo la premisa del cazador de pendejos aunque le dolía admitir que su amigo perteneciera a esa categoría.

A partir del año 74 la ciudad empezó a recibir una considerable cantidad de refugiados provenientes de Chile. La despiadada dictadura

de Pinochet obligó a familias enteras a abandonar su país con apenas lo que llevaban puesto. El gobierno socialdemócrata de Bruno Kreisky aceptó ser punto final de tan dolorosa travesía ubicando a todos los desplazados en un refugio de las afueras de Viena. Un nuevo *ghetto* se levantaba en la ciudad, escenario propicio para el renacer del informante. Llegó al refugio alegando curiosidad y necesidad de conocer a otros latinos. Inmediatamente se puso a la orden, sobre todo en lo referente a la gestión y legalización de documentos. Tal era el desamparo en el lugar que, por el único gesto de aparente preocupación logró que ese mismo día un grupo de refugiados que vivían con una mano adelante y otra atrás alcanzara a coleccionar suficiente dinero para comprarle un botellón de dos litros de vino blanco. Al llegar a casa, destapó la botella mientras le contaba a Camilo, sin delatar sus verdaderas intenciones, acerca de su aventura en el mundo del perseguido político. Mientras bebían alcanzó a comentar: *esos chilenos no tienen ni idea de nosotros, imagínate que todos creían que yo era colombiano.*

¿Quién era Camilo? *Camilo soy yo.* Así se dijo mientras un fuerte calambre le invadía el antebrazo. Como salido de las entrañas mismas de la jungla, el amigo se acercó a él portando una cantimplora rebosante de agua fresca. Así que tú eres Camilo. Entonces yo debo ser Pedro Páramo, y soltó su carcajada paísa mientras inclinaba la cantimplora acercándola a sus labios. Trató de sorber algunas gotas pero su garganta solo se encontró con una ráfaga de aire. Tranquilo hermano –lo consoló la sombra–. ¿No ve que usted también está muerto? La selva se convirtió en un juzgado, el gran jurado, los fiscales, jueces y testigos eran implacables con él. Nada parecía indicar la presencia de defensores de su causa. Solo el silencio del firmamento. La indiferencia de las estrellas.

VIII

Complete las siguientes oraciones conjugando correctamente los verbos ser o estar:

- Schoenberg _____ un gran compositor. (pretérito indefinido)
- Este pueblo _____ cerca de Viena. (presente indicativo)
- El profesor _____ enfermo. (presente indicativo)
- Ella _____ demasiado sincera. (imperfecto)
- Inútil _____ el quererte olvidar. (futuro)

La segunda vez que oyó el nombre de Mödling fue en el seminario de música dodecafónica. Allí había vivido el maestro. Hasta allí lo habían seguido sus discípulos. Allí debía existir aún la casa –probablemente nada fuera de lo común– con una placa minúscula y un texto bastante parco, al estilo de: *En esta casa vivió Arnold Schoenberg, compositor austriaco, fundador de la Segunda Escuela Vienesa y padre del dodecafonismo* y punto. Nada lo suficientemente interesante como para tomarse la molestia de subir a un tren en dirección a Wiener Neustadt, viajar unos cuarenta y cinco minutos y, seguramente, caminar unas cuantas cuerdas. Además, aún recordaba la terrible experiencia que había vivido

la primera vez, cuando supo de la existencia de ese pueblo, por lo que, más que indiferencia, había adquirido una antipatía, casi gratuita, por causa del nombre del lugar que, para un extranjero no germano-parlante, resultaba demasiado similar al del distrito vienés de Meidling. Y ya pueden ustedes imaginarse al hombre que, después de unas cuantas cervezas solía flexibilizar sus conceptos en torno a la dignidad femenina y el respeto y claro, estaba aquel culito tan rico que parecía montarle fiesta y él, caballeroso y todo, queriendo impresionar más a la dama, a fin de ganarse un puesto en su cama, aprovechó que el gordo Arteaga le había dejado su Volvo en custodia, mientras pasaba unas merecidas vacaciones en Venezuela, y ofreció llevar a buen resguardo al culito tan rico que acababa de conocer en el *Titanic* –lugar de moda de la movida alternativa que dedicaba una noche a la semana a la salsa brava– pensando, con todos los tragos del mundo encima, que total, Meidling quedaba a la vuelta de la esquina y por ese culito hasta el fin del mundo. Entonces fue cuando quiso jactarse de sus conocimientos de la zona y lanzó una de *Yo viví un tiempo en Meidling, tú sabes, en la Trivoligasse. Me conozco el distrito 12 como la palma de mi mano. ¿En qué calle vives tú?* Y allí ella le soltó que Meidling no, sino Mödling y *qué bueno que te ofreciste a llevarme porque el último tren salió a las doce*. Algo de ducha fría debió de tener esa última frase acompañada de las rigurosas indicaciones en torno a la vía que debía tomar para llegar a aquel lejano pueblo porque casi automáticamente al tipo se le quitó todo signo de embriaguez y apenas tuvo tiempo para soltar un *Tú estás loca. Contigo hasta el fin del mundo pero no hoy, y tenga para el taxi y si quieres nos llamamos mañana*, antes de sentir la contundente bofetada, acabando la noche sin el culito y sin dinero para el mercado ¡ah! y aquella terrible antipatía por el nombre del pueblito de mierda donde había vivido Schoenberg y hasta donde lo habían seguido sus más fieles discípulos, Alban Berg y Anton Webern. (Mucho amor a la música, caballero).

Entonces vino la llamada del caliche, y *vea hermano que es un trabajo como sabroso, buen billete y a vos te hace falta*, pero el asunto era en la Volkshochschule de Mödling y eso significaba tren, cuarenta y cinco minutos de ida y sus ídem de vuelta, *abhh, pero ya eso es mucha falta de descuido hermano. ¿Vos no vivís cerca de una estación de tren? Lo tomás ahí nomás con un buen libro y lo demás es un paseo*. El hombre quedó algo sorprendido por lo de la falta de descuido saliendo de la boca del caliche

Jaramillo, paísa hasta la médula, todero, ingeniero mecánico y profesor de español, pero por otro lado la propuesta resultaba tentadora, aunque en Mödling... *Hermano, yo de cualquier modo tengo que dejar el puesto y si podés ser vos quien me sustituya, pues, ¿mejor o no? No te preocupés por los papeles que la directora es una bacana. No lo piense mucho, pinta.* Lo que sí pensó mucho fue el asunto de la falta de descuido, pero conociendo al paísa, terminó por convencerse de que eran vainas suyas. En cuanto al trabajo, al día siguiente se fue con el caliche hasta Mödling y el viaje resultó un paseo. Mientras hablaba con la directora la descubrió en varias oportunidades echándole sus miraditas al caliche. *¿Y es que vos no has visto las patas de esa vieja, hermano? ¿Así cualquiera se la come o qué?* De allí, la curiosidad y la conciencia le exigían que visitara la casa de Schoenberg, la que resultó un pequeño museo con una enorme placa, fotografías y manuscritos del serialista vienés. Se entusiasmó con el nuevo trabajo, entre otras cosas, porque lo liberaba de tener que depender de una beca siempre en retraso. Brindó con el caliche Jaramillo por las piernas de la directora, tomaron el último tren a Viena fumando como un par de chimeneas y sin saber cómo deshacerse de las botellas vacías de cerveza en aquel vagón atestado de borrachos arruinados, víctimas del casino de Baden. Fue entonces cuando recordó el culito rico del *Titanic* y se sintió generosísimo, por no decir estúpido, porque, ¿a quién se le ocurre pagar un taxi hasta Mödling? El controlador de boletos los encontró en medio de un ataque feroz de risa.

Pero, maldita la hora en que decidió aceptar el trabajo, y remaldita la hora en que decidió tomarse la sopa de porquería porque ese sudor frío era de pura sopa de pollo con fideos que subía y bajaba por el esófago envuelta en bilis amarguísima y reminiscencias alcohólicas, y era la muerte chiquita la que le aguardaba en ese vagón impregnado de humo, nebuloso, asfixiante. Por lo pronto, la acción a seguir se debía enmarcar en el lema *Salir o morir*, aunque también podía ser *Salir y sin embargo morir*, morir como un miserable tembloroso, con las últimas fuerzas ya agotadas por la carrera que tuvo que pegar para no perder el tren de las 17:00 —esas escaleras infinitas a medida que las piernas se hacían más pesadas— y la mala costumbre de meterse en el vagón de fumadores dándose cuenta, demasiado tarde, que no podía soportar un cigarrillo, que el aire viciado le quitaba la vida con el color de las mejillas y que seguro que todo era parte de la venganza del culito rico de

Mödling, alguna maldición gitana le habrá echado obligándolo a aceptar el puesto en la escuela (yo te mato caliche) y seduciéndolo con la confianza y seguridad del servicio ferroviario austriaco para luego aplicar con toda su furia aquel martirio tan parecido al de San Sebastián pero con todas las saetas clavadas en su cabeza. Su corazón latía lentísimo, las piernas le flaqueaban, los sentidos dejaban de funcionar y la sopa de pollo con fideo persistía en su viaje de ida y vuelta. *¡Por Dios que no vuelvo a beber una gota más de alcohol!* Se levantó con una decisión que le quedaba algo grande en esas circunstancias y la cabeza, que debía pesarle unos cincuenta kilos, le manifestó claramente su duelo por las neuronas muertas en el cumplimiento del beber, ahogadas en alcohol. Intentó respirar profundo pero en lugar de aire fresco recibió una bocanada de humo que le produjo las primeras arcadas, el resto era caminar lentamente y lo más recto posible, salir de aquel vagón dantesco donde era tan sencillo *abandonar toda esperanza*, respirar el aire menos viciado del vagón de los sensatos, dejarse caer en un asiento cercano a la puerta para aprovechar el viento que entraba en cada estación y cerrar los ojos (no del todo, por razones de equilibrio debía mantenerlos entreabiertos, como una exigencia para no perder el contacto con la realidad), controlando el pulso y las arcadas. En cuarenta y cinco minutos tenía que estar apto para enfrentarse a veinte personas deseosas de saber la diferencia entre ser borracho y estar borracho. *Creo que era el momento perfecto para abandonarme a la muerte*, y Rodrigo intentó ahogar una carcajada, *de no haber sido por ese juego de caderas que apareció en la estación de Wien Mitte y que vino a sentarse justo frente a mí, mi ángel de la guarda pero también el peor de mis abismos*. Rodrigo, haciendo memoria en torno a la oración que, de pequeño, rezaba al pie de la cama para alejar los demonios de sus sueños, también jugó con la idea de que si el mismo Satanás se le presentaba bajo la forma de aquella rubia bronceada, con toda seguridad caía en la tentación. ¡Las mujeres, las mujeres!

—¿Tú crees en el destino? Ya va. No te desesperes. Permíteme explicarme y deja esa cara que parece estar a punto de mentarme la madre una vez más. Es que si me pongo a hilar fino en esta historia me doy cuenta de que hay en algún lugar una broma pesadísima del destino, de Dios, del diablo o de la vida que cada vez se me parece más a un castigo gratuito, un tránsito incómodo por lo incierto entre no sé qué clase de eternidades. Incierto. Sí, eso es lo que más me acojona. La

incertidumbre. Por eso te hablo del destino y te hablo de Mödling y de Schoenberg, porque, ¿ya olvidaste aquella larga perorata que me dio por echar sobre Moisés y Aarón el día aciago cuando despedimos al gordo Arteaga, y tú con ganas de matarme porque mi discurso impidió que bailaras con la concuñada del gordito esa noche? Yo de eso es de lo único que me acuerdo. De eso, la poceta y el Niki Lauda hijueputa. Recordarás entonces que si existió un rey en eso de angustiarse ante la incertidumbre ese rey se llamó Arnold Schoenberg. Si a algo le debemos agradecimiento eterno por la posibilidad de entender a través del oído al hombre actual, a la humanidad del siglo XX, es a la maldita incertidumbre que dominaba el alma de Arnold Schoenberg, sin la cual nunca hubiera llegado a engendrar la suite *Opus 29* y, sobre todo, esa magnífica ópera *Moisés y Aarón*, la cual es, sin duda alguna, el más claro monumento que jamás se haya levantado a la incertidumbre, a eso que me ha dado por llamar, el abismo. Su álter ego musical y a la vez la materialización de los tormentos de mi propia alma tan necesitada de una serie preestablecida de doce, veinte, dos millones quinientas mil notas que me muestre el camino correctísimo y certero por dónde habré de transitar hasta el día de mi muerte, que me posea con la seguridad necesaria para tomar esas decisiones que tanto insisto en postergar. Schoenberg, Mödling ¿se cruzaron en mi camino o fueron colocados en él para desatar una burla cósmica a propósito de mi irremediable inseguridad? Por eso te pregunto: ¿tú crees en el destino?

—Hermano, su serie dodecafónica se la construye usted, con cada jarra, vaso, copa o botella que tiene a bien vaciar dentro de su cuerpo. ¡Salud!

—¿Te acuerdas?

—¿De qué?

—Del primer viaje

—No me acuerdo

—¿Cómo puedes ser tan poco sensible a esas cosas?

—La vida me ha enseñado a ser dura, lo siento.

—Piensa, por favor.

—Me preguntaste si hablaba español porque leía un libro de Benedetti.

—Me imaginé que ibas a decir eso.

—No entiendo.

—De alguna manera, podría afirmar que es mía la exclusividad de esa primera vez porque tú ni te enteraste. Para ti yo era un pasajero más con el que te divertiste un rato a costa de su sufrimiento. Cuando bajaste del tren, seguramente ya me habías olvidado.

—Seguramente.

—En cambio para mí, fue como la salvación, algo así como Jesús frente a Lázaro, como las batipíldoras milagrosas del baticinturón, el Alka Seltzer de mi alma.

—...

—Yo allí, postrado, con un ratón de brinquito, ¿cómo es que le dicen ustedes, resaca, guayabo, cruda? Y tú que entras derrochando vida, moviendo el culo descaradamente, sentándote frente a mí y transmitiéndome una solidaridad, un te acompaño en mi dolor tan parecido a los gestos de la bella Gabriele. ¿Te conté de ella?

—Siempre tan solidaria.

—Me mandaste refuerzos bella Gabriele, pensé cuando tú me preguntaste con las manos si me pasaba algo y yo te respondía con la señal universal de la empinada de codo, presionando la cabeza con las manos abiertas, entonces te reíste y tu dedo índice empezó a regañarme con la misma dulzura con la que Gabriele me había dicho *mijito rico, usted se me va a quedar sin hígado uno de estos días*. Pero con muchísima más picardía.

—La sangre latina, mi amor.

—Y sin embargo, a veces te comportas de una manera tan europea.

—¿Te molesta?

—Es que nunca sé cómo vas a reaccionar, me inquieta toda esa incertidumbre alrededor tuyo, pasas de la ternura al cálculo frío en un respiro, sin dejarme un chance para averiguar qué piensas realmente.

—Sabes que ya me acordé.

—Ahora es demasiado tarde.

—¡Uuuy! ¡Qué melodramático! Pero, en serio, me acordé de la cara que pusiste cuando el tren llegaba a Maria Enzersdorf.

—Porque me di cuenta de que había dejado olvidado el maletín con los apuntes de español y corrí a buscarlo al otro vagón tropezando con todo el mundo.

—Entonces pensé, a este hombre tan indefenso provoca quererlo pero el tren llegó a la estación y no pude despedirme.

–Por lo menos una nota pudiste haberme dejado.

–Un poco ridículo. ¿No te parece?

–Es posible, pero en aquel momento sentí que el mundo se me derrumbaba.

–Definitivamente melodramático.

–Y ridículo, ya eso me lo dijiste, o sea, Corín Tellado en persona.

–Más bien Félix B. Caignet y las radionovelas que escuchaba mi abuelita en las noches, cuando terminaba de asear la casa y fregar los platos de la cena. Entonces me llamaba para sentarme en su regazo a escuchar aquellos dramones que tanta lágrima le hacían soltar, y yo pensaba que, con lo dura que era su vida tan metida en la miseria, sin saber si habría comida para el día siguiente, algo distinto a las guayabas que abundaban en el árbol del patio trasero, y ella llorando por las tragedias de unos ilustres desconocidos transmitidas noche a noche por el aparato de la sala.

–Pues, ya me cayó simpática tu abuelita.

–Conservadora a más no poder. Nos quería a todas sus nietas para amas de casa. Parecía como si el único fin de nuestra vida fuera servir al padre y luego al marido, sin embargo es el recuerdo más fuerte que conservo de mi país. Tú sabes, hay que agarrarse de donde sea para no soltar las raíces.

–Es duro ser refugiado.

–Vivir aferrada a un recuerdo, sea de orígenes, o sea de amores idos es duro, sí. Por mi parte, ya aprendí a orientar la melancolía exclusivamente hacia mi tierra.

–Y para mí, ¿qué queda?

–Yo siempre he sido clara contigo, nunca te prometí un jardín de rosas, ni siquiera un botón. No puedo darme esos lujos.

–Recuerdo cuando te pregunté tu nombre y tú me dijiste...

–Te advierto que soy peligrosa. Mira que aún lo sostengo. Yo no te convengo.

–Y sin mucho esfuerzo te salió el verso. Pero entonces, ¿qué estamos haciendo aquí?

– ...

–¿Debo interpretar tu silencio?

– ...

-¿O prefieres cambiar de tema? A ver, por ejemplo... hablemos de esos pañuelos tan extravagantes que te gusta poner sobre tu cabeza.

-¿Sabes qué?... Si quieres te quedas esta noche conmigo, ¿bueno?

-¿Así nomás, sin anestesia?

-Tú decides.

IX

(Ella)

¡Leonardísimo!

Lejos, lejísimo y lejísimos. Lo que puede hacer el tiempo y la distancia. ¿No? Y yo fanática irremediable de mi memoria siento como un baldazo de agua fría. No interpretes tan rápido, por lo pronto escucha, o lee.

Contesta: ¿querías comprobar si aún dolía hablar conmigo cuando llamaste o puedo contar contigo? En algún momento escribiste que toda la vida sería demasiado pronto para volver a ser amigos, y yo quedé medio huérfana. No te preocupes. No pienso abusar y recurrir a ti como mi paño de lágrimas, pero sí de sal. La sal quema, se puede diluir, pero puede ser bastante compacta. Me gustaría decirte que me siento azúcar. Azúcar de caña, pero no. Ahora soy sal y luna, más yin que nunca.

Perdona Leonardo pero el teléfono me entristece. Opto por la opción epistolar. No saques conclusiones, por favor. No sé por qué me produce pánico imaginar que no me dejas concluir la idea y zas... no la concluyo.

Hace mucho, mucho calor y es medianoche. Quiero sueños intensos pero aún no tengo sueño. Comparto contigo los últimos momentos conscientes de este día.

¡Qué rico! Empiezan a pesarme los párpados, pero cuidado. De un momento a otro puedo caer sobre el papel y adiós luz.

Un casto beso amical.

Algo había de paradoja o metáfora en aquella singular asignación autoimpuesta. No por nada denominábase acordeón aquel archivador portátil desde el cual había extraído sus cartas. El instrumento que su padre dominaba tenía algo de mágico. Ella se lo imaginaba como heredero directo de aquel mítico Francisco el Hombre, parrandero ejemplar que llegó a salir airoso en una contienda contra el mismísimo diablo y que era considerado como el ejemplo a seguir por todo aquel que se involucrara seriamente con el auténtico acontecer vallenato. Era, pues, un acordeonista el que, como Orfeo, había salvado a su madre, a su hermano y a ella misma, del infierno político de su país, y era un acordeón la caja fuerte encargada de salvaguardar de la muerte, la ausencia y el olvido una etapa de su vida, así como la persona que —debía admitirlo sin vergüenza de ningún tipo— había sido el centro de esa vida que allí se guarecía. Y aunque en estos tiempos no pueda la música rescatar a los amantes de la muerte, al menos la documentación de ese amor, la traducción en palabra escrita de esa felicidad encuentra un lugar de resguardo en aquel archivador que jugaba a ser acordeón. Este pensamiento originó un fuerte deseo de ver a su padre para contarle la ocurrencia. Alzó la mirada y vio el pasaje a Zürich y el pasaporte que le habían expedido en Suiza, y mientras divagaba acerca de las vidas controladas de los europeos en contraste con aquello que recordaba como la espontaneidad caribeña extrajo una nueva carta del fajo.

Intermedio

¿Dónde está Moisés? Nadie lo ha visto desde hace mucho tiempo. Jamás regresará. Hemos sido abandonados. ¿Dónde está su Dios? ¿Dónde está el eterno? ¿Dónde está Moisés? Schoenberg acota al inicio del intermedio: todo este intermedio debe ser ejecutado al más bajo volumen posible. Y en verdad es un susurro general. Un pueblo entero susurrando un futuro incierto. Un pueblo que demanda por Moisés como quien pregunta: ¿qué me deparará la vida? En medio de una nada a la que fue conducido bajo promesas de abundancia y bienestar y de pronto la nada es el futuro porque no hay Moisés, no hay Dios. Solo abandono y la nada. Piensa amigo mío de qué otra manera puedes expresar el abandono y acepta que únicamente el susurro se adecua a la circunstancia. Piensa ahora si hay algo peor que el sentimiento de abandono porque no tienes futuro. Solo la nada. Te abandona el porvenir y te condena a la nada y a la espera. Espera por el que tal vez algún día regrese, y esa espera es lo único que no te puede arrebatar la nada aunque una vez más terminas moviéndote en el peor de los escenarios: entre la expectativa y lo incierto. Y cuidado si al final no terminas reconociendo que la espera no es más que la máscara con la que cubre su faz la nada para evitar que abandones el juego antes de tiempo. Y te crea la ilusión de un futuro

para que no se agoten en ti las ganas de vivir y no pases de la nada a la muerte que no es lo mismo porque hasta su pedazo de liberación lleva consigo esa muerte y quién sabe si allí nos enteramos dónde está el Dios de Moisés y no nos preguntamos por el eterno porque eterno somos todos. ¿Dónde está Moisés? acaban preguntando al unísono cuando finalmente se canaliza tanto desorden polifónico en una sola angustia. ¿Dónde está Moisés? Y las cuerdas y los vientos repiten notas que son hormigas desorientadas en busca de un hormiguero que tal vez tengan delante de sus narices pero son incapaces de verlo porque el pánico no se los permite. Como el susurro, como el rumor que contagia la ansiedad y que persiste aún después de alcanzar un acuerdo. Como si todos los pensamientos del mundo se hicieran susurros que lleva el viento y todos esos pensamientos tuvieran un tema común. Porque al final la esencia de la vida radica en poder responder dónde está Moisés. El resto no es más que parte del abismo.

X

Mientras consumía compulsivamente todo aquello que producía el llamado *boom* de la literatura latinoamericana, al mismo tiempo se iba convenciendo de la posibilidad de imitar a un ser humano real como esencia de un nuevo reto en su vida. Ya no se trataba de adoptar los rasgos físicos y mentales de un personaje de ficción. Ahora la ficción quedaba delimitada a aquellos relatos de colegios militares, dictadores bananeros, prostíbulos selváticos, historias coloniales, revoluciones frustradas y sagas familiares ideados todos por seres que se le presentaban como portadores de una mágica condición creativa para la reinención. Sintió que la luz que prendió toda esa capacidad de reinterpretar el mundo era justamente aquella que orientaba su mente hacia un desafío: reinventar a un ser humano. Sustituirlo paulatinamente hasta convertirse en el otro alternativo. Hasta que el resto de la humanidad lo considerara el otro.

La dificultad radicaba en la imposibilidad de que ambos –original y copia– compartieran el mismo espacio. El reto inicial era crear la duda y paulatinamente anular al verdadero otro hasta sacarlo de la existencia. La experiencia se le presentaba como una tentación aunque reconocía en el acto un porcentaje incómodo de maldad más allá de los límites alcanzados en cualquiera de sus acciones precedentes. Anular

a un individuo, robarle su identidad, desaparecerlo, extinguirlo. Ese solo podía ser el camino y sin embargo. Mucho de juego macabro había en ese desafío. Mucho de sangre fría tomando en cuenta que no era la identidad de un desconocido la que pretendía usurpar. ¿Cómo se explicaba esa falta de compasión que experimentaba en ese momento? En cierta forma el mundo se le estaba convirtiendo cada vez más en un escenario de ficción al que accedía desde su humilde condición de lector. Pero no cualquier lector, no el lector pasivo que se limita a conmovirse ante un relato bien conducido, pues, aunque ignoraba que unos doce años atrás un latinoamericano que nada le debía al *boom* se había atrevido a convertir al lector en cómplice del proceso creativo, extendiendo tal proceso, más allá de la escritura, hasta la etapa de recepción y reelaboración del material escrito; su naturaleza mimética, desde que tenía uso de razón, ya había asimilado el juego, la elucubración, el viraje imaginativo como parte de la experiencia hedonista del leer. Por lo tanto, no resultaba para nada descabellada la idea de involucrarse en la lectura de esa obra avasalladora que era la vida misma. Y algo estaba claro para él, involucrarse no significaba enajenarse. Siempre fue prudente en eso de tomar cierta distancia. De allí, la sangre fría. Además, a diferencia de aquel territorio que por costumbre y raigambre podía sentir como propio, a ese nuevo mundo dentro del cual ahora le tocaba desenvolverse, solo podía considerarlo como un escenario, y todo lo que allí ocurría no podía ser otra cosa más que un espectáculo, una monumental obra teatral, puro artificio, por la sencilla razón de que le era ajeno. Siendo así, reflexionaba, ¿podía existir algún afecto hacia un personaje de novela? Simpatía, repulsión, tal vez, pero amor, odio, conmiseración, nada de eso. Entonces, ¿por qué plantearse conflictos éticos ante la posibilidad de eliminar a un ser que, por obra y gracia de su nueva percepción de la realidad, no pasaba de ser más que un personaje?

Los días pasaban y la idea iba creciendo sin que Camilo se percatara de los cambios que, desde su interior, iban presentándose en la estructura mental de Daniel. Si acaso esa insistencia por hablar permanentemente con acento paisa le había parecido un chiste prolongado o, en el mejor de los casos, un mecanismo de defensa para lograr su aceptación, como el niño que adquiere, sin dificultad, el acento del país al que acaba de llegar, para no sentirse como el extraño en el nuevo colegio.

Mientras tanto, en el refugio ya era conocido como el colombiano que estaba dispuesto a ayudar a todo aquel que necesitara de sus dotes como intérprete. Cualquier trámite de visa, registro de domicilio, inscripción de los niños en la escuela y todo lo que implicara papeleo burocrático era agilizado por Daniel con tal efectividad que nunca faltaron los agradecimientos traducidos en especies. Nadie sospechaba aún que tuviera algún nexos con la policía política austriaca a la que había acudido desde que descubrió aquella veta para el espionaje.

Había sido sencillo el contacto. Bastó con identificar durante los primeros días al agente encargado de vigilar discretamente el grupo de refugiados. No le costó ubicar al encubierto. Después de todo él era uno de ellos. Así supo cómo encararlo y así se ganó su confianza hasta convencerlo de que él era el hombre que necesitaban en ese puesto. Un breve entrenamiento, un pasaporte y un expediente clasificado que lo protegía en caso de algún incidente que involucrara la policía local fueron suficientes para convertirlo en espía internacional. No era necesaria tanta exigencia, tampoco es que iba a infiltrarse en la embajada soviética. Para el servicio secreto no era más que un hábil soplón. Para la comunidad no era más que un ágil gestor cuya labia y desenvolvimiento utilizaba para sus fines. Si acaso de algo empezaban a culparlo, era de aprovecharse ingenuamente de ellos al llegar a sus casas a la hora del almuerzo y sentarse sin recato alguno en sus mesas esperando ser servido, o al invitarlos a beber en las tabernas de los yugoslavos para luego caer profundamente dormido de la borrachera y evitar la responsabilidad de la cuenta. Para él, lo verdaderamente importante de todo este movimiento había sido alcanzar la primera meta de su plan: el pasaporte. La nueva identidad.

Camilo empezó a preocuparse cuando las señales eran más que evidentes. Fueron demasiadas situaciones pasadas por alto. Demasiadas veces en las que no dijo nada por no parecer pesado, o porque verdaderamente no le llamaron la atención. No dijo nada el día que llegó a casa y encontró a Daniel probándose sus camisas. Tampoco dijo nada cuando Daniel cambió su corte de pelo para hacerse el mismo que él. Calló la vez en que sus padres llamaron por teléfono, Daniel contestó y pasó una hora hablando haciéndose pasar por él ya que en ese momento Camilo no estaba de humor para escuchar reproches y advertencias paternas. El día de su graduación Daniel le pidió por un momento la toga

y el birrete. Le parecía –así se lo confesó– una maravilla el hecho de recibir el diploma ataviado con ese atuendo renacentista, tan elegante como vistoso y nada que ver con el riguroso negro de las graduaciones en su país. Como técnico superior tampoco había podido tener ese privilegio al graduarse de tipógrafo. El amigo consintió el préstamo aprovechando las inaguantables ganas de orinar que sentía en ese momento. El destino quiso que fuera durante su breve visita al baño que apareciera el fotógrafo y acabara retratando al otro quien tuvo la gentileza de comentárselo cuando el fotógrafo había abandonado el recinto. Esa tarde no solo no dijo nada sino que además aplaudió la gracia.

Un día regresaba de la embajada donde había dejado su título para legalizarlo y traducirlo. Viajaba distraído en el tranvía pensando en la posibilidad de regresar a Medellín a incorporarse a la empresa familiar. No le gustaba la idea. Se sentía a gusto en su casi soledad, en ese anonimato que tanto había protegido incluso distanciándose adrede de compatriotas y latinoamericanos, a excepción de Daniel. Inventándose una nueva vida entre austriacos que, como era costumbre, solían organizarse en grupos selectos pero consecuentes, practicando la amistad con disciplina y compromiso una vez que se había transitado un largo camino para aprender a conocerse, de tratarse de usted, de copas de vino controladas mientras se mide el grado de responsabilidad del otro. Reglas de las que hasta los más radicales *hippies* seguían sin poder desprenderse del todo, escondiendo la formalidad en falsos impulsos analizados y justificados en cada foro de discusión organizado bajo la etiqueta de “fiesta”, razón por la cual terminaban despojándolos de cualquier vestigio de espontaneidad. Un mundo cuyo control era idiosincrasia y no poder paterno. Así acomodaba su vida Camilo mientras viajaba en el tranvía de regreso a casa cuando en una de las estaciones se subió un controlador de boletos tratando de cazar a quien viajara “a la negra” –sin pasaje– y al pararse frente a él y preguntar por el *ticket*, lo sacó de su ensimismamiento. Automáticamente extrajo la cartera para mostrarle el documento que le permitía viajar en todo tipo de transporte colectivo durante un mes y grande fue su sorpresa al no encontrarlo en el lugar que tenía reservado para su resguardo. Por más que le explicó al controlador que realmente había comprado la carta mensual y que no entendía dónde la había podido dejar, este fue inflexible, le solicitó el pasaporte y le extendió la multa que debía pagar en los próximos diez

días so pena de incrementarse el monto de la sanción una vez expirado el tiempo. Llegó a la casa devastado y nunca supo explicar cómo la carta había podido salir de su cartera para descansar plácidamente en la mesa del recibo.

Dos semanas antes de este incidente, otro de mayor envergadura había concentrado la opinión pública nacional e internacional. Un comando de seis personas identificados como miembros de una organización palestina, había entrado sin dificultad a la sede de la OPEP aquel 21 de diciembre de 1975 y había tomado como rehenes a setenta funcionarios incluyendo los ministros de los once países que conformaban esta organización petrolera. Luego de horas de negociaciones –en las que participó el propio Kreisky– se les entregó un DC-9 al que abordaron con sus rehenes, los cuales fueron liberados posteriormente en Argelia. Para el canciller austriaco la situación resultaba de enorme dificultad diplomática, pues, siempre habían sido abiertas sus simpatías por las causas del pueblo palestino y este hecho fue aprovechado por lo más rancio de la derecha autóctona para casi catalogarlo de terrorista. Para colmo de males, la mayor parte de la comidilla mediática se la llevó el ministro del Interior Otto Rösch quien, más por costumbre protocolar que por conciencia, acabó estrechando la mano del líder del comando a las puertas del avión en actitud de desear buen viaje y feliz regreso. A partir de ese hecho las calles de Viena empezaron a acostumbrarse a la presencia de escuadrones antiterroristas. Camilo ni siquiera le prestó la mínima atención al suceso.

A los pocos días tuvo su primer síntoma de preocupación. Había estado buscando unos plátanos verdes para hacer patacones en un pequeño negocio de africanos ubicado en la Berggasse, cuando vio salir de la puerta de su edificio a una chica que había conocido en la universidad con la que tenía frecuentes encuentros sexuales. No creyó prudente gritarle desde la distancia, el silencio también formaba parte del control idiosincrásico. La vio alejarse y no hizo mayor esfuerzo por seguirla. Al entrar al departamento vio su cama desarreglada y pudo percibir un olor a sexo reciente que no podía disimularse. Del baño salió Daniel algo sorprendido. Se disculpó por el abuso tratando de explicarlo. La chica lo había confundido con Camilo, él no supo qué hacer, pues temía decepcionarla, entonces le siguió la corriente: *Una vez más me hice pasar por ti y hasta la prueba íntima la pasé. ¿Qué te parece?*

En esa ocasión no hubo aplausos. Camilo le pidió que acabara con la farsa, que dejara de hablar colombiano, que dejara sus cosas en paz y respetara sus espacios. Daniel salió de la casa y al poco tiempo regresó con una botella de Slebowitz porque las peleas entre amigos se solventan a punta de borracheras y, que no se preocupara porque sus deseos eran órdenes para él. Al día siguiente, casi entre sueños y con la cabeza a punto de explotar pudo verlo. ¿Lo vio o lo soñó? Allí estaba, tocando un bambuco. ¿Cuándo aprendió a tocar guitarra este pedazo de maniático? Y cantando esas melodías del terruño como solo un paisa puede hacerlo. Cuando terminó de despertar lo asaltó la duda. ¿Realmente Daniel podía tocar y cantar? Y mientras trataba de poner en orden sus ideas empezaron a desfilarse por su mente todas aquellas situaciones a las que no había dado importancia. Y no fue indignación sino miedo lo que le invadió. Sin darse cuenta tenía en su casa a una fotocopia cuyas intenciones no le eran para nada claras. Se levantó, se dio una ducha, se vistió y con frialdad austriaca le dijo al amigo que ya no podía tenerlo en su casa. Que no le pidiera explicaciones; apelando a la amistad le solicitó que saliera de allí lo antes posible. Que recurriera a sus amigos los refugiados. Que él debía ir a pagar la maldita multa del otro día y que esperaba que no estuviera allí cuando regresara. Daniel se hizo el sorprendido. No entendía nada pero respetaba la decisión del amigo. Le dijo que si con eso se garantizaba la preservación de su amistad, entonces no había nada más que hablar, asegurándole que cuando regresara él habría salido de la casa con todas sus pertenencias. Camilo alcanzó la calle con la seguridad de que esa sería la última vez que vería al loco que había sido su amigo.

Mientras la selva iba engullendo todas sus vidas y el veneno avanzaba e invadía su sistema nervioso, Daniel recordó cómo, por el contrario, ese día en que vio una sombra abandonar su casa, ya él estaba convencido de que había llegado el momento de hacer de esa amistad un acto tan indisoluble como solo puede serlo la relación de un hombre consigo mismo.

XI

En el principio era el signo. El verbo vino después sumando a todo el conjunto una dulzura estremecedora que justificaba en un cien por ciento aquel cambio de hábito, ese olvidarse por tres cuartos de hora de la caja de cigarrillos, bien guardada en su bolsillo, y del libro a medio hojear en el fondo del maletín. Porque era una voz serena pero decidida, atractiva, envolvente y casi llegó a decir, calculadamente seductora, lo que hubiera sido una apreciación errónea, romántica y superficial, porque esa voz simplemente formaba parte del conjunto. La seducción era un proceder sobrentendido y, posiblemente, sin intención. Aunque también cabía la posibilidad de que esa falta de intención fuera calculada, o, de manera paradójica, una naturalidad consciente, una calidez fríamente administrada, ambigüedades fascinantes y desconcertantes. Al menos lo suficiente como para hacer que cualquiera pase la noche en vela, dando vueltas en la cama, con su rostro entre ceja y ceja y la absoluta certeza de que si no era amor, debía ser algo muy cercano al amor, alimentado de ternura y muchas contradicciones. Sin embargo, en el principio era el signo y era el lenguaje de las manos y eran mensajes de ojos, ojos negríssimos y vivos. Transmitían vida y arrancaban de raíz cualquier malestar, las náuseas, el dolor de cabeza, las ganas de morir,

devolviéndole la condición humana perdida en algún momento entre la carrera para alcanzar el tren y la asfixia en el vagón de fumadores.

Y era tan acogedor estar frente a ella que el tiempo pasó demasiado rápido para su gusto. Súbitamente, faltando una estación para llegar, se percató de la ausencia del maletín. Al levantarse sintió un leve mareo, al que no quiso dar importancia, pero era prioritario que en ese momento corriera a buscar el maletín olvidado en el otro vagón. Quería hacerlo rápidamente, sin importar si aún no tenía perfecto dominio de su equilibrio, para llegar lo antes posible a su asiento, frente a esos ojos negrísimo y llenos de picardía que le habían salvado la vida. Pero ella ya no estaba allí.

Por eso entró al salón de clases y colocó el maletín en el escritorio con cierta brusquedad, como infligiendo un castigo a un objeto que consideraba culpable de una derrota. El salón ya se encontraba lleno de estudiantes y poco le importó su presencia al golpear de manera tan violenta el maletín contra la mesa. Ayudó el gesto para disponerse a recoger los pedazos de alma que se habían ido desmenuzando por el camino. Extrajo del maletín los apuntes elaborados cuando se encontró en el ojo del huracán y recordó que en aquel momento sus pensamientos advertían lo poco que le importaba esa suerte de dependencia social que sufría con el alcohol. Luego del encuentro en el tren tuvo una duda en torno a lo sucedido y no supo si agradecer o rectificar ya que, si bien se podía considerar el encuentro como derivado de la resaca, por otro lado de no haber tenido esa estúpida adicción a la nicotina, la probabilidad de haberla conocido anteriormente hubiera sido mayor pero, en realidad, ¿quién puede asegurar eso si ni siquiera sabía la razón por la cual ella estaba montada en el tren y sentada en ese vagón? No hay certeza posible, solo el abismo. Definitivamente si nuestros destinos están trazados, pensó, muy mal hace el que los traza al no dejar pistas regadas por ahí para que las encontremos y ganemos un poco de sosiego. Por primera vez pensó en Arnold Schoenberg desde el sitio de la criatura que conoce a su progenitor. Por primera vez vislumbró un destino tras la suma donde dos más dos eran Schoenberg y Mödling y la cara de Dios era la de un retrato de Schoenberg hecho por Richard Gerstl, aquel pintor que, tras ver frustradas sus intenciones amorosas con Mathilde, la esposa del dodecafonista, optó por el suicidio. En ese momento tuvo la sospecha, mientras los alumnos empezaban a

incomodarse ante tanta introspección pública, de que Gerstl se había suicidado en realidad por haber sido el único hombre que se atrevió a pintar el rostro de Dios. Y como bien sabemos desde los tiempos de Prometeo, esos atrevimientos se pagan. Quiso llorar pero había que dar inicio a la clase.

Las pirámides son en Egipto (y no pudo evitar recordar un viejo chiste del viajado insoportable mientras hacía cuentas del índice de probabilidades que tenía de volver a ver a esa mujer alguna vez en la vida). *Falso, ser para identificación, estar para posición* (y haciendo cuentas concluyó desolado que tenía todas las de perder y si no, pregúntale a Cortázar). *Antonio está un caballero* (aunque no se trataba de una estación de metro en plena ciudad, no señor, era un pueblo, ella se había bajado en un pueblo de, digamos, unos dos mil habitantes. En ese caso se reducían las razones para llegar hasta allí). *Falso, ser para cualidades o características permanentes, estar para características o estados temporales* (a saber: vive allí, trabaja allí, tiene amigos allí, familia, novio, qué-sé-yo. Pero también puede tratarse de un viaje circunstancial: una fiesta, una reunión de negocios, visita a un potencial cliente, una despedida, familiares que visita solo una vez cada diez años). *El baño es ocupado* (por otro lado, en caso de que viva o trabaje allí, no necesariamente tiene que tomar ese tren, a esa hora. Puede ser que ese día haya salido más temprano, ¿de dónde? o más tarde, ¿adónde?, que normalmente se desplace en auto y ese día, veamos, el marido no la haya ido a recoger, ¿para ir o venir? Que no se monte nunca en el mismo vagón). *No, no, estados temporales, estar, está* (y se sentía tan revitalizado que hasta le provocó tomarse una cerveza en lo que acabara la clase, *Ay Julito Cortázar, si me dieras un aliento*).

En realidad, y en honor al sentido común, aquello que nuestro hombre percibía en su ansiedad como imposible no resultaba para nada improbable si tomamos en cuenta que en cualquier ciudad, grande o pequeña, sus habitantes viven, en su mayoría, atados a rutinas más o menos estables. Un funcionario común sale de su casa siempre a la misma hora, minutos más, minutos menos, se traslada utilizando los mismos medios de transporte y, generalmente, por eso de la rutina como escudo protector, suele buscar el mismo vagón, accediendo a él por la misma puerta y ubicándose en el mismo espacio. Tal vez, lo que sí suele ocurrir es que la rutina, siendo terreno conocido el que

nos hace pisar, desactiva el estado de alerta y observación del entorno, propicia el ensimismamiento. Además, nadie sale a trabajar buscando caras conocidas en el metro o en el autobús y por eso siempre se tiene la sensación de viajar cada día con acompañantes distintos, de allí que en casi nulas ocasiones se escuche a alguien comentar, a mi mujer la conocí en el metro, o, me encanta el calvito que siempre se sienta a mi lado en el autobús, y es que la rutina nos protege de lo incierto pero también nos protege de los otros aún a costa de nuestra propia felicidad y del muy decaído instinto de socialización del ser humano. Una vez hecha la aclaratoria deberíamos, sin embargo, acotar que nada de eso le podría servir como argumento a aquel que piensa que perdió una oportunidad única y menos aún si es, como el personaje de marras, un obseso en materia de incertidumbres, abismos, huecos negros y otros signos de interrogación. Ya la vida le enseñará cómo se bate el cobre en estos menesteres. Nosotros limitémonos al papel que nos toca jugar y permitamos el transcurrir de la acción.

Lo único que podía hacer era esperar hasta el próximo martes, olvidarse del vagón de fumadores y, sin mucho convencimiento y pocas esperanzas, rezarle a san Antonio para que en Wien Mitte aparecieran esos ojos; y así lo hizo, más como un juego, sin querer tomarlo muy en serio, como retando a las estadísticas, *a que voy, me la consigo y entonces le hablo*, y fue y se montó y esperó, como quien no quiere la cosa y en el fondo lo mata la expectativa, con el corazón aceleradísimo. Partió de la estación Traisengasse, llegó a Wien Nord con las manos heladas y una taquicardia sabrosa e incómoda. El tren se desplazó más lento que de costumbre, aunque, curiosamente, llegó con la puntualidad acostumbrada a Wien Mitte. Y ocurrió el milagro que, como ya comentamos, resultó predecible a pesar del horizonte pesimista que se había trazado el hombre. No supo cómo ocultar tanta alegría, aquel par de caderas sacadas del *Tropicana* se acercaban a él, aquel par de ojos negríssimos y llenos de picardía se sentaban frente a él (sin reconocerlo), aquel par de manos del diálogo abrían una cartera enorme y, después de hurgar por un buen rato, sacaban un libro de poemas de Mario Benedetti y él (que tenía su discursito en alemán bien preparado y ahora no cabía en su propio asombro) tomó aliento y le habló: *Disculpa, ¿tú hablas español?* Y ella sacaba un hilo de voz dulcísima, serena y decidida, atractiva y

envolvente, casi seductora y él se dio cuenta de que era amor porque lo sorprendió la mañana dando vueltas en la cama.

En el principio era el signo. El verbo vino después y ¡qué maravilla!, ¡qué disfrute ese diálogo ferroviario! *Cortázar, quédese en la literatura.*

–Disculpa, ¿tú hablas español?

–¿Se me nota o qué?

–Bueno, es por el libro

–Ajá.

–Entiendo poco de poesía pero hay un tono tan familiar en Benedetti que es imposible no conectarse inmediatamente. *Inventario* es algo así como mi libro de cabecera (*libro de cabecera, habrase visto semejante ridiculez*).

–Es lindo, me gusta la cotidianidad que se respira en su poesía.

–¿Viajas siempre en este tren?

–¿Eres policía, trabajas para extranjería?

–¿Policía que lee a Benedetti?

–Se han visto cosas peores. La secreta tiene sus espías bien entrenaditos.

–Entonces sabrían si viajas siempre en este tren.

–Vale. Todos los días desde hace seis años. ¿Y tú?

–Solo los martes y eso desde hace cinco meses, pero siempre había viajado en el vagón de fumadores, hasta la semana pasada.

–Yo no soporto el humo del cigarrillo.

–Y yo no pienso volver a poner un pie en ese endemoniado vagón (*sencillamente no te acuerdas*). ¿Vives en Mödling?

–Vas muy rápido. Siguiendo pregunta.

Es verdad, admitimos haber prometido un diálogo ferroviario para el disfrute y, probablemente esta afirmación llevó a alguno a la suposición de una conversación sin interrupción y con un mínimo nivel digno de reproducir, pero preferimos abstraernos por momentos ya que también reconocemos que existen conversaciones donde el disfrute radica más en el establecimiento de un vaso comunicante que en las palabras pensadas, extraviadas, encontradas y finalmente pronunciadas ya que las mismas, si no se es parte involucrada, seguramente terminan siendo percibidas como expresiones plagadas de simpleza y banalidad cuyo

único objetivo es llenar vacíos en encuentros donde una vida lo apuesta todo, o en relatos que narran tal vida. Por eso dejamos que el tren se desplace unos cuantos kilómetros permitiendo a los involucrados que demuestren, aún más y sin testigos, su capacidad de desenvolverse dentro de la banalidad que, aunque pueda siempre justificarse con el nerviosismo instalado en el atacante, nunca será conveniente darle un espacio en una evocación como la que intenta mantener nuestro protagonista desde una mesa de café y con, aún, no suficientes jarras de cerveza vaciadas en el estómago como para caer en insoportable retahíla que despierte en Rodrigo la necesidad de huir. Así nos ahorramos detalles acerca del asombro de que ambos hablen español y que, además, lo hacen con acento latino, o frases referentes a las cosas de la vida que los colocó frente a frente en un vagón que no va a ninguna parte, o comentarios en torno a este país tan distinto donde uno se ve en el compromiso de vivir explicándose y justificándose con oraciones que generalmente empiezan ubicando el contexto geográfico al estilo de *en nuestros pueblos* y terminan aceptando uno que otro cliché en forma de insulto *light* como eso de que *ustedes los latinos siempre tan impuntuales y dejando para mañana todo lo que hubieran podido hacer hoy*. Pero no podemos aislarlos definitivamente así que aprovechamos que el tren atravesó los últimos linderos de Viena y el audio del vagón volvió a activarse para continuar conociendo las reacciones de un atribulado romántico.

—Es extraño, pero no puedo reconocer tu acento. Al principio me sonó chilénísimo, pero de pronto me sales con un cantaíto caribeño que ni te cuento. ¿De dónde eres?

—Aquí en Austria he vivido con familias chilenas, también viví un año en Cuba. Algo se te pega.

—Yo tengo una amiga austriaca que vivió con un chileno; lo único que se le pegó de él fue un *mijito rico* que, debo confesarte, me saca a veces de quicio. (*Eso es, sigue hablando mal de sus amistades y vas a llegar bien lejos cabrón*).

—Yo soy refugiada.

En este momento, por ejemplo, cualquiera de los dos hubiera podido aprovechar la información ofrecida para profundizar y enseñarse. Tal vez ella hubiera agregado que de Benedetti, además de su

cotidianidad y sensibilidad, le cautivaba su compromiso político, sobre todo porque le nacía desde una capacidad de observación de la vida a través de la sencillez apoyada en la conciencia social, cosa que, además de despertar reflexiones, conmueve almas. Y también es muy seguro que se arrepintiera de inmediato de haber hecho ese comentario por peligroso, porque la delataba y eso la hacía pensar en lo irresponsable que podía ser el mundo dejando tanto destino nacional sobre los hombros de una muchacha con todas esas ganas de ejercer su juventud. Él, no muy convencido de su romanticismo marxista, le hubiera sacado provecho a esa apreciación y tal vez le hubiera hablado de su pasado político y su tendencia a preferir el lado hedonista y, de cierto modo, frívolo del intelectual de ideas liberales que se había instalado en su personalidad. Pero prefirió evadir porque ya él sabía que se acercaba la estación donde, por razones que esperaba poder escuchar lo antes posible, ella cortaría la conversación para bajarse del tren. El juego ameritaba movimientos que, debido a su ya mencionada inseguridad, le costaba realizar. Sin embargo, siendo un momento de todo o nada se inclinó a apostar todo.

—Tienes unos ojos muy expresivos.

—Y eso que uso lentillas de contacto.

—Así que lentes de contacto, o sea, uno va a un oculista y le dice, hágame unos lentes de contacto bien expresivos para ver, callar y la gente así no nota mi tartamudez.

—Son muy prácticos, ¿viste?

—Me doy cuenta. ¿Sabes?, no creas que soy un aberrado de esos que andan buscándole conversación a cuanta mujer hermosa se le atraviesa. Todo lo contrario, me considero la timidez personificada.

—Noooo, si eso se nota.

—Hablando en serio. Si en algún momento tomé valor y tuve la osadía de dirigirte la palabra con tonterías como esa del libro de cabecera y otras barbaridades, debes considerar culpable de este atrevimiento a tus ojos, o, mejor dicho, a los lentes de contacto que parecían invitarme, apoyarme en semejante empresa.

—Pero si yo solo estaba leyendo.

—Pues, regáñalos a ellos que se ponen a buscar conversación sin tu consentimiento (*Ya me estoy estrellando. No puedo caer más bajo*)

—Yo también tengo libros de cabecera.

–Eres muy amable y agradezco tu consideración y el salvavidas.

Desde luego que no fue tan solo esto lo que se dijo mientras ella marcaba con una postal la hoja del libro donde había leído el último poema y se quitaba el pañuelo del cabello para colocárselo mejor. Momento que él aprovechó para sentir un aroma de guayaba que definitivamente no estaba en el libreto. Se dijeron cosas de poca importancia porque todos los sentidos estaban atentos a las facciones, las miradas, los movimientos, el olor del otro y mientras él se convencía aún más de haber llegado al llegadero ella evaluaba esa especie de indefensión inocente que parecía revelar su mirada y advierta el lector que la mirada, como dijo alguien, suele ser el reflejo del alma. Pensaba ella que aquel extraño no podía representar ningún peligro, al menos para la misión para la cual estaba encomendada, y que, en el fondo, él trataba de confesarle un secreto. Por un momento sintió que una imagen fugaz cruzaba su mente y esa imagen era él, aún más indefenso, aún más vulnerable. Cosas que pasan por la mente de dos desconocidos mientras viajan en un tren por tierras extrañas y mantienen una conversación cuyo gusto paradójicamente no radica en las palabras sino en los espacios que dejan esas palabras para que unas pieles, que aún no se rozan, empiecen a familiarizarse y para que el ingenio se despierte y se prepare porque lo que viene de ahora en adelante es la seducción y ese, fundamentalmente, es un ejercicio mental.

–Aquí me bajo.

–Ya lo sé (*Ahora. Reconóceme*).

–¿Y eso?

–Brujo que es uno de vez en cuando. ¿Vives aquí? ¿Qué estación es esta?

–Maria Enzersdorf. Te doy un voto de confianza y te respondo esa pregunta. Sí, vivo aquí. Siguiendo pregunta.

–¿Será que nos volvemos a ver?

–¿Cuál de los poemas de este libro te gusta más?

–*Hagamos un trato*. ¿Hasta el martes?

–Hasta el martes.

XII

(Ella)

¡Leonardo!

Hoy me desperté llorando. Me sentí sola. Sola de ti. No es una soledad general, sino un vacío inmenso. El lugar que tú tomaste en mi vida está vacío. Ese lugar lo creaste tú y el hecho de pensar que lo dejas, que no desees retomar lo algún día, con tu presencia, me atormenta.

Pensé que te iba a sentir más cerca cuando te fueras pero te siento tan lejano. Ayer hablé con Clemencia y me decía que solo te puede ir bien allá. Yo dije (en realidad fue un pensamiento en voz alta) que tenía la esperanza de hacerte un poquito de falta cuando las cosas vayan bien, pues no deseaba que te encontraras con puertas cerradas para que eso te llevara a pensar en mí. Su mirada casi me desbarató. De pronto, pareció como si hubiera dejado de ser mi amiga para convertirse en la estereotipada funcionaria de la embajada de Cuba que le hubiera correspondido ser si no fuera tan humana, y tuve la sensación de que ella sabía más que yo acerca de tus sentimientos. Pero eso no es posible ¿Verdad? ¿O sí?

Puedo entender que si tú recuerdas tu vida en Viena yo solo signifique unos meses pero ¡Dios mío!, tú significas tantísimo para mí. Tú has sido como darle un vistazo a la felicidad.

Yo sigo con mi ritmo de vida muy activo. Los preparativos de la reunión del martes me dejan sin tiempo para ordenar otros asuntos. La patria es primero y no te rías. No solo para ti el asunto es de patria o muerte.

Ayer tuvimos un encuentro previo con el ministro del Interior que nos dejó bastante satisfechos pero si el asunto no coge fuerza en los próximos meses capitulo.

Al mismo tiempo volví a arreglar la casa. Está quedando como yo la quería para ti. La camota está abandonada todo el día. No se me ocurre acostarme como no sea para dormir en la noche.

Leonardo mío, para mí no hay hombre fuera de ti. Sé que resulta raro de mi boca, pero si tú pudieras entrar en mí te darías cuenta de que no existe chance alguno de que yo busque la cercanía de nadie diferente a ti. El tiempo ha pasado y he aprendido un par de cosas bastante útiles. Mi amor, yo no quiero derrocharme y siento una necesidad enorme de guardarme para ti, para redescubrir contigo la alegría de la piel. CONTIGO, ¿me entiendes?

Cuando pienso que este puede haber sido el fin de nuestra relación me duele no tener en este momento una barriga redonda y grande y mía. No para amarrarte a mí, porque bien sabes que no acepto relaciones obligadas y porque muchas veces te hablé que yo no descarto la posibilidad de ser una madre sola, sino porque sería el recuerdo vivo y hermoso del hombre con quien quiero llegar hasta el fin del mundo. Me imagino una personita tan dulce y bella y siento por primera vez tristeza y pienso que debí haber actuado de otra forma. No te asustes. Total, es pasado.

Tengo que sacar de la hornilla el agua para mi té. Por ahí debe venir Clemencia.

Aquellas palabras resonaban en su alma como si acabara de pronunciarlas. Hubo un momento en que se sintió invadida de una extrema ternura. Como en una comunión. La lágrima que sorteó su mejilla fue aniquilada antes de alcanzar la barbilla con el único fin de sobrellevar tanto sentimiento, apartar el impulso maternal y proseguir con la tarea que, inexplicablemente, se había adjudicado esa noche de luna llena. Por eso guardó la carta como quien archiva un expediente médico y sorteó nuevamente el fajo para extraer la siguiente misiva.

Aarón y los setenta ancianos ante el monte de las revelaciones

Ya han transcurrido cuarenta días desde que Moisés subió al monte de la revelación para recibir las tablas de la Ley de la mano del mismísimo Dios. El pueblo judío está intranquilo. Los sabios no saben qué hacer. La anarquía reina porque no hay una ley a la cual obedecer. La habrá, probablemente, cuando vuelva Moisés, y no será cualquier ley, no señor, será una ley sólida, esculpida en piedra por mano divina, pero mientras esta ley no llega no hay castigo para el deshonesto ni recompensa para el virtuoso. Lo que rige es el despelote al mejor estilo Songo le dio a Borondongo. También ha crecido la desconfianza. El pueblo desconfía de la montaña, desconfía de la revelación y desconfía del silencio de Moisés. Los setenta ancianos, los que son sabios por viejos y no por diablos, hablan con cinismo de una ley inimaginable venida de un Dios inimaginable. Tienen miedo. Eso es todo. Cuando no hay un camino visible, cuando no existe una norma a seguir, el miedo a lo incierto se presenta con su peor cara: la violencia. ¿Acaso no te has visto alguna vez en la circunstancia de encontrarte ante una puerta cerrada en tus narices y tú con aquellas ganas de caerle a patadas porque sabes que tu vida depende de lo que se halla tras esa puerta? Claro, la

ley y la justicia se restablecerán con el regreso de Moisés. Existe una circunstancia presupuesta que dará fin a la incertidumbre, entonces, no todo está perdido dirás tú. Y yo te pregunto, mi Rodri, si es así, ¿por qué la impaciencia? Sí, bueno, los viejos repiten como una letanía quejumbrosa el asunto de los cuarenta días y probablemente no es el desierto el mejor lugar para esperar nada, así sea mandado por Dios, pero tampoco es mucho tiempo tomando en cuenta que lo que está en juego es convertirse en el pueblo elegido, entonces, repito, ¿por qué la impaciencia? Me atrevo a responderte: porque si hay algo que no soporta el ser humano es el futuro convertido en un misterio. Porque al final a todos nos hace falta un poquito de planificación en la vida. De lo contrario esta deja de tener sentido y entonces te invade la arrechera mayúscula y es por eso que hasta me atrevo a decir que a la muerte en realidad no se le teme. Más bien lo que provoca es tenerla de frente para matarla a coñazo limpio y con cada puñetazo exigirle que muestre las cartas, que acabe de una vez con el maldito misterio de la misma manera como ahora el pueblo se le echa encima a los ancianos y estos le suplican a Aarón que los salve de la vorágine.

Otra vez es el pueblo el protagonista de la ópera. En el primer acto se mostraba el temor colectivo ante la ausencia de Aarón. Ahora no hay temor, hay rabia, hay sensación de engaño, hay impaciencia y ganas de acabar con todos los responsables de ese estado de abandono en el que se sienten sumidos. Hay olor a linchamiento y revocatorio, hay hartazgo y Aarón sabe que eso conduce a levantamientos y por menos de eso han caído reyes. Hay actitudes desafiantes que reclaman por Moisés para destrozarlo, para que el omnipresente vea cómo lo hacen añicos, para que el omnipotente sea incapaz de impedir el descuartizamiento. Total, no hay por qué temer, pues el inimaginable no ha prohibido absolutamente nada. Exigen que les devuelvan sus viejos dioses bajo la amenaza de acabar con todos los ancianos. Para colmo de males esta comunidad parece carecer de organismos de represión capaces de contener la furia popular por lo que la única alternativa posible para calmar a la masa es la disuasión que es, además, el terreno donde mejor se mueve Aarón. Intenta, primero, manipular el miedo insinuando que tal vez Moisés se acercó demasiado a su Dios y por eso lo mató. La reacción popular no es la esperada. ¿No será más bien que los dioses lo mataron? Y si fue así, ¿qué hizo el eterno para impedirlo? ¿Qué hizo el

invisible que no apareció nunca para ayudar a su sacerdote? No es lo suficientemente fuerte para detener a los otros dioses. No nos interesa un Dios así. Queremos dioses que no sean eternos, que uno pueda vislumbrar dónde empiezan y dónde terminan, queremos dioses del ahora. Aarón no tiene más remedio que rectificar antes de que la sangre corra y esta vez no por artilugios mágicos como en aquella escena donde convirtió en sangre el agua del Nilo. Aquí va a correr sangre de sabio, sangre de anciano, a partir de una degollina de pronósticos reservados, así que mejor es hacerle caso al soberano y devolverle sus dioses cotidianos, actuales, temibles, exigentes de ofrendas retribuidas en dádivas y favores, representables a través de imágenes, estatuas, esculturas, como la que acaba de ordenar construir el patriarca, de un becerro que se le ocurre realizar en oro puro y entonces aparecen los principales entregando el oro para fundirlo en esa hermosa estatua que resuena en la idiosincrasia de esta gente acabando la escena con las voces de admiración de todo un pueblo satisfecho de haber triunfado sobre la barbarie, la ignorancia, la anarquía y la incertidumbre.

Tercera parte

*Ay del sueño
si sobrevivo es ya borrándome
ya desconfiado y permanente
y tantas veces me hundo y sueño
muslo a tu muslo
boca a tu boca
nunca sabré quién sos.*

Mario Benedetti

XIII

No llegó a olvidar su origen porque tenía unos tíos a quienes rendir cuentas. Sin embargo, en la medida en que pasaba el tiempo su propósito de copiar a otro ser humano hasta sustituirlo en todos los ámbitos de su vida, e incluso superarlo, se desarrollaba con viento a favor. Lógicamente que al desaparecer el original, la prueba había superado el mayor de los obstáculos.

Con el transcurrir de los años la población de refugiados creció al incorporarse las víctimas de las sangrientas dictaduras de Argentina, Uruguay y Bolivia. Todo recién llegado era puesto en contacto con el colombiano para legalizar su situación. Su presencia en la comunidad latinoamericana se había convertido en un factor imprescindible.

Poco a poco, los chilenos que habían inaugurado el refugio fueron incorporándose a la vida productiva de Viena, y así nacieron los primeros locales de comida y música andina bajo la figura de asociaciones culturales. El colombiano, siempre dispuesto a colaborar, se ofreció como mesero del primero de ellos.

La posición era aún más estratégica, pues en esos locales se abría la oportunidad de conocer al resto de los latinoamericanos, incluyendo colombianos, que llegaban a Austria por motivos distintos a los

políticos. Los recién llegados de la tierra de Camilo solo conocerían al impostor ignorando el cambio de identidad. El mercado de gestoría se expandiría así como la posibilidad de garantizar a los cuerpos de seguridad un círculo mayor de vigilancia y control que incluía, estudiantes, funcionarios de organismos internacionales –OPEP y Agencia de Energía Nuclear– y personal diplomático. Había que prestarle mayor atención a la pequeña colonia de venezolanos. La sombra de Carlos Ilich Ramírez rondaba por la capital austriaca. El célebre Chacal, había sido identificado como el cabecilla del grupo que había tomado por asalto a la OPEP. Se coló en un medio de dudosa veracidad que uno de sus hombres, apodado Henri –en realidad se trataba del alemán Hans-Joachim Klein– había quedado malherido en la toma al enfrentarse a un oficial de seguridad de la organización internacional intentando proteger a un séptimo miembro de la banda, el cual se encontraba infiltrado desde hacía tiempo en la capital austriaca ganándose la confianza de funcionarios y agentes, ya que había actuado como músico en diversas festividades del organismo. En el pasquín aparecían unas declaraciones del ministro venezolano Valentín Hernández Acosta quien resaltaba lo curioso que siempre le había parecido este personaje, por su insistencia en llamarlo compatriota a pesar de su claro acento colombiano. Jamás llegó a mencionarse algo en referencia a ese séptimo miembro. Para la prensa especializada, el personaje de marras nunca había existido.

Del verdadero Camilo le quedaba un recuerdo vago, impreciso como un cuento escuchado en la niñez. Algo había en su memoria relacionado con una multa, un pasaporte entregado y una seria incongruencia con los datos que poseía la policía sobre el portador de esa identidad. Una investigación y una detención preventiva. Una sospecha. Un titular referido a un terrorista apresado, entregado al gobierno israelí y ejecutado, aunque eso último sí le parecía más haberlo soñado que leído. En realidad, pudo seguir todo el caso convencido de que esa persona, ese ser involucrado en tamaña intriga internacional, no tenía ningún vínculo con él, ciudadano correcto de la República de Colombia, ingeniero mecánico y gestor. Guitarrista y trovador popular, conocedor del más tradicional repertorio antioqueño y mesero. De manera que, si bien le había resultado anecdótica, la historia no lo conmovió en lo más mínimo. Convencido, como estaba, de ostentar una conciencia limpia

—el espionaje no era considerado una falta sino más bien un servicio a esa patria que lo acogía y le brindaba calidad de vida— llegó el momento en que su memoria archivó por completo todo recuerdo de su álter ego.

En la madrugada, casi siempre atontado por el vino que se bebía a espaldas del dueño del local, se servía de la soledad del apartamento para transformarse en ese que creía haber sido al nacer. Entonces aprovechaba para escribir cartas a sus tíos y repasar recuerdos. El efecto desinhibidor del alcohol funcionaba en él como un suero de la verdad. Eso lo tenía claro desde las primeras borracheras, por lo que había optado por dormirse como mecanismo de defensa cuando el descontrol lo sorprendía en compañía de otros. Sin embargo, la más de las veces lograba huir a la protección de su hogar, a su fortaleza levantada con soledades. Escribirle a su verdadera familia, aunque fuera un compendio de mentiras y fantasías, era el único acto de ternura sincera que se permitía, a sabiendas que al despertar en la mañana, todo sería recordado como un sueño recurrente. La noción de una vida pasada y ajena.

En sus cartas se presentaba como agente literario, editor, traductor, padre de un proyecto editorial que daría a conocer en los países de habla germana a todos aquellos escritores que tanto admiraba. Se autodenominaba abanderado de la literatura latinoamericana, considerando que tal responsabilidad lo imposibilitaba de regresar a suelo natal, pero que la empresa bien valía el sacrificio de su ausencia. Aunque en realidad, en la mayor parte de su correspondencia evitaba caer en la tentación de dar información sobre su presente, dedicándole a la remembranza casi el cien por ciento de sus escritos. Como si abriera a diario y con puntualidad austriaca las rejas de la prisión donde vivían confinados sus recuerdos, Daniel se permitía sacarlos al sol de sus noches, vigilados por la ambigüedad de la madrugada. Justo antes de cerrar los ojos, los devolvía a la celda y a la oscuridad del subconsciente.

Durante el día volvía a ser el otro. Entonces sus preocupaciones eran de índole económica. Sus padres rechazaban su inexplicable negación a volver a Colombia para hacerse cargo de la empresa. Cuando lo llamaban respondía con monosílabos y eludiendo cualquier tipo de discusión lo que terminaba por sacar a su padre de sus casillas interrumpiendo casi siempre la conversación con una amenaza de cortar el suministro de dinero para su manutención y una batida de teléfono. Finalmente el padre cumplió su promesa y Camilo se vio en

la obligación de buscar el sustento siguiendo los consejos que desde su subconsciente le dictaba otra figura paterna: el comisario Mármol.

Ya con cinco meses atrasados de la renta y a punto de ser desalojado, conoció a Katherine, una estudiante de traducción nacida en Oberösterreich, amante, como él, de la obra de García Márquez y dispuesta a perfeccionar su español de la mano de un latinoamericano. Katherine era una chica cuya simpatía sobresalía del promedio austriaco. Voluptuosa de senos, sin llegar a alcanzar el *standard* caribeño, sobre todo por su falta absoluta de cintura, se había convertido en oscuro objeto del deseo de los sureños que frecuentaban el local latino. Ella disfrutaba sentirse deseada pero no estaba dispuesta a convertirse en trofeo de ningún hombre con ínfulas de *latin lover*. Para Camilo, ella no solo era el premio mayor a través del cual vería aumentada su reputación, sino que también era la mejor opción para resolver su problema de vivienda. Una noche, luego de intercambiar opiniones con respecto a *El otoño del patriarca*, novela que ella consideraba como la mejor del Gabo, Katherine lo esperó a la hora de cierre y le invitó al apartamento que acababa de alquilar con una amiga estudiante de Sociología. En su cama, utilizó todas las técnicas que bien dominaba y, según contó luego, Katherine experimentó, por primera vez en su vida, la alegría de un orgasmo, alcanzado gracias a los eficientes movimientos de una lengua dentro de su vagina. El segundo lo gozó apenas la penetró. Finalmente no pudo reprimir un grito mientras él eyaculaba, despertando a su compañera de habitación que, asustada, estuvo a punto de llamar a la policía. A la mañana siguiente, estaba trasladando sus maletas a su nuevo hogar. Katherine, quien luego del acto amoroso le suplicó que la llamara Kati, mostraba una sonrisa de plenitud con sus dientes prematuramente manchados por el cigarrillo y sus ojos de un azul desteñido cuando le extendió un juego de copias de las llaves del apartamento. Ignoraba en ese momento que lo vivido la noche anterior no era más que la reinención de una columna de Francisco Umbral extraída por Camilo de un ejemplar de *Interviú*, el curioso vehículo que halló para expresarse una España recién salida del oscurantismo franquista. Ya para ese tiempo, su interés se había volcado hacia la Madre Patria y sus tiempos de cambio. La reciente lectura de Hemingway lo invitaba a convertirse en un experto de la tauromaquia, arte que, desde hacía años, había venido practicando con sus semejantes, por pura intuición.

¿Cómo era el olor de la Kati? Intentaba recordarlo pero en su memoria aparecía como su propio sudor envenenado. Penetrante, ácido, capaz de repeler el ejército de hormigas que guardaba cierta distancia de su cuerpo casi cadáver. Sin embargo, también recordaba que ese olor le despertaba su instinto animal, lo excitaba hasta tal grado que de verdad creía que, al ella transmitirlo, le daba permiso a dejar mostrar su lado más salvaje. Lo que su piel segregaba era una invitación a sodomizarla, a violentarla, a patearla, romperle alguna costilla de un puñetazo, apretarle el cuello hasta asfixiarla, arrancarle los cabellos de un tirón. Aspirar el halo de sus axilas velludas y desequilibrantes le daba la fuerza de un toro en embestida, mostrando toda su furia ante lo inevitable, ante la muerte. Porque también sus ojos a veces podían parecer los de un pescado a punto de descomponerse y así se imaginaba los ojos de la pelona, mirándolo fijamente, retratándolo, completando con la mirada gélida una ficha que depositaría en el archivo de asuntos pendientes. De eso se trataba entonces, de un impulso irracional, ancestral, un grito y una pelea final para abandonar la vida dando constancia de vida. El olor de la Kati le recordaba la muerte y la muerte le activaba la vida. Solo que una vida que oculta horrores y ternuras no se muestra voluntariamente. Únicamente a través de la violencia. Katherine entendía así su amor y así lo aceptaba. De otro modo esa relación no hubiera durado los ocho años que duró. De otro modo no se hubieran podido entender ocho años de moretones y hemorragias, ni tres abortos provocados, ni una retina desprendida. Tampoco hubiera podido entenderse por qué ahora lo arropaba con su cuerpo dejando que su olor espantara a las hormigas.

XIV

Construir una historia a partir de la siguiente situación:
- Una estación de tren en las afueras, una mujer alejándose y un hombre llorando.

¿Existirá en la tierra algún cristiano que me explique satisfactoriamente qué vaina es esa del beneficio de la duda? Y peor aún, ¿qué coño se entiende como duda razonable? Para mí, y lo pienso antes de empezar a rumiar todas mis angustias, no hay beneficio posible en la duda y mucho menos podemos ponernos razonables ante ella. La duda, la imposibilidad de dar con lo certero, es una maldición, el factor decisivo para considerarnos imperfectos, o peor, aún, desperfectos. ¿Qué beneficio puede haber en una interrogación abierta? ¿Cómo se puede vivir con todo ese peso encima? ¿Beneficio? Ni de vaina. ¿Duda razonable? ¡Qué comodidad! ¿Habrá conciencias que se tranquilicen con ese tinglado? Empiezo a preguntarme qué carajo hago aquí, metido en este tren comportándome como un quinceañero a estas alturas de la vida. Como si no tuviera asuntos más importantes que atender. ¿Los tengo? ¿Y ella? ¿Tendrá ella asuntos más importantes que atender? Madre mía, y con lo que a mí me incomoda estorbar. ¿No será mejor bajarse en la siguiente estación y olvidarse del asunto? Aún estoy a tiempo pero ¿y si se alegra? ¿Por qué tengo que ser tan negativo?

Podría tomarlo como una grata sorpresa, podría salir la verdad de mi boca sin tapujos, o a lo mejor ni siquiera tengo que dar explicación alguna porque al fin y al cabo ella se lo espera. ¿Se lo espera? ¿Lo desea? Es evidente que ella siente algo por mí. ¿Es evidente? Bueno, digamos que le simpatizo. No, no, es algo más que simpatía, hay un cariño, eso se siente. ¿O me estoy armando yo solito este romance y ella sin enterarse? ¡Carajita! Te conozco ya desde hace un buen tiempo y todavía sigues siendo un misterio. ¿O soy yo quien crea misterios de cada comentario tuyo? Curioso. Cuando me dices algo, en ese momento, te revelas espontánea, transparente, pero, una vez que nos separamos, esa noche, o al día siguiente, recordando la conversación, empiezo a descubrir dobles intenciones en tus palabras y no logro evitar que me asalte la duda, una dudota, inmensa. Entonces maldigo mi lentitud mental. ¿Cómo no capté ese mensaje? Atajarlo en el momento hubiera posibilitado la exigencia de una explicación sin ambigüedades. Hacerlo al día siguiente, o, peor aún, a la semana siguiente, como es el caso, carece de sentido, es ridículo. Por eso prefiero callar y la duda queda, dudota inmensa. Porque me trago las palabras, o espero a que vuelvas a repetir el comentario para saltar a exigir la explicación. Y en la espera se me van escapando los nuevos mensajes ocultos, los del momento y, sin darme cuenta, caigo otra vez en la trampa. Lo descubro demasiado tarde, en la noche, en el insomnio, en el reproche a la almohada. Siempre he tratado de ser lo más sincero posible, pero presiento que pierdo demasiado tiempo tratando de demostrar la sinceridad de mis actos y mis palabras. Me distraigo en ese afán. En lugar de escuchar me concentro tanto en la preparación de mi defensa, en la elaboración de mis argumentos, que pierdo sus claves y acabo con esta duda, dudota inmensa. ¿Tengo que vivir con este abismo? ¿No es la vida, al fin y al cabo, una larga lista de incertidumbres? ¿Desde qué certezas puedo abrir una brecha? ¿A partir de cuáles contundencias puedo orientar mi trascendencia? ¿Dudo luego existo? Todo sería tan simple si vivir pudiera ser un constante poner las manos en el fuego. Podría entonces decirle la verdad sin temor al ridículo. Decirle que mi vida cambió en un vagón de tren de cercanías. Que mi razón de ser se limita a un día a la semana, a cuarenta y cinco minutos dentro de un día de la semana. Que el resto es impaciencia y punto. Que las únicas razones por las que estoy metido en este tren un viernes por la tarde son sus ojos. Que es un impulso irrefrenable, que quiero invitarla al cine, a comer, a pasear por los célebres bosques de Viena, a tomarnos un café, a mi casa, a su casa, a hacer el amor, a casarse conmigo, a tener hijos, a envejecer juntos... Pero con ella uno no sabe si el asunto es así o es de hermanitos como con la bella Gabriele y entonces

yo que le suelto toda esta retahíla de barbaridades, desbocado, poseído, y ella que me dispara un me-mal-interpretaste a quemarropa y hasta aquí nos trajó el río. Claro, que también puede ser que se emocione y me abrace y me bese con pasión. ¿O compasión? Y ya empecé otra vez. Estoy como con mi peo del piano y la carrera. ¿Quería ser concertista? ¿Quería morir con los nervios destrozados cada vez que tenía que enfrentarme a un público? Porque al final todo es lo mismo. Prefiero retirarme a enfrentar una mala crítica o... un desprecio. ¿Y cómo coño voy a saber si la crítica va a ser negativa o ella me va a rechazar? Ya me retiré del piano y ahora voy en camino de hacer lo mismo con ella. ¿De qué me estoy protegiendo? ¿De la vida? ¿Y quién me defiende de este empeño por no vivir? ¿Schoenberg? ¿Quién me otorga el beneficio de la duda? ¿Quién me dice que no es más que un maleficio? Buen título para una ópera "El maleficio de la duda". ¿Duda razonable? ¡Qué coño! El que no arriesga ni gana ni pierde y ya es demasiado tarde para echarme para atrás. Allí está ella subiendo al vagón. Ya me vio... Y sus ojos son una sola alegría. Buena señal. Señores, se acabó la titubeadera. ¿O debo decir el titubeo?

—¿Y eso, hoy por aquí?

—Reunión urgente de profesores (*Y estas ganas de fumar*).

En algún momento dejaron de brillar sus ojos al verlo y él no quiso darse cuenta. En algún momento su sonrisa fresca se convirtió en un rutinario mostrar de dientes y él no se atrevió a aceptarlo. Se veían con demasiada frecuencia sin ningún tipo de concreción. Él inventaba clases extras, reuniones del cuerpo docente, charlas o veladas literarias que requerían su presencia (no de una manera tan imprescindible, no fuera que ella diera el salto cualitativo de invitarlo a algo más que el encuentro en el vagón), asuntos pendientes, cualquier tonta justificación para aquel viaje inútil hasta Mödling. Viaje que acababa en el puesto de salchichas, a las puertas de la estación, con un par de cervezas, pensando, pensando, pensando, tal vez en Schoenberg, porque se sentía Schoenberg, pero sobre todo Moisés visto por Schoenberg, Moisés allí, en medio de su pueblo desatado en orgías alrededor de un becerro dorado, impotente ante la incapacidad de encontrar el argumento que convenza a los elegidos de la grandeza de Dios sin necesidad de artilugios pirotécnicos, Moisés pronunciando la última oración con la que solo puede acabar la ópera de su vida: "Oh palabra, tú, palabra,

que me faltas". Tomaba el tren de regreso a Viena con más melancolía y desazón que antes porque había perdido otra oportunidad. Y no es que nunca le mencionara sus verdaderos sentimientos. Se los expresaba, pero, tal vez, le faltaba la contundencia de la franqueza, por eso acababa con la impresión de no haber sido lo suficientemente claro, de que esa declaración gota a gota no surtía el efecto deseado, rápido y definitivo. Como Moisés, no realizaba el movimiento preciso, el jaque no llegaba y la partida se aplazaba. Pero ¿cuál era el movimiento preciso? Inspirado en los cuentos de hadas, anhelaba encontrar la palabra mágica que al pronunciarla hiciera que ella se abalanzara a sus brazos.

A ti provoca quererte llegó a decir ella reaccionando ante una expresión certera de su corazón. *Pues, si te provoca, quiéreme, te prometo no oponer resistencia.* Anzuelo al agua. Ella reía con la espontaneidad de siempre, pero no respondía. Él soltaba el sedal. *Siempre tirando la piedra y escondiendo la mano.* Ella le tomaba el brazo acariciándolo con ternura. *Cómo le gusta que lo consientan.* Él desviaba la vista de sus ojos jocosos para agregar sin piedad. *Más me gusta que me quieran.* Y llegaban a esos momentos cruciales de la conversación justo cuando el tren se acercaba a "Maria Enzersdorf". Entonces el diálogo se interrumpía con una despedida tajante y unas ganas enormes de confesarlo todo. Que lo de él era bajarse allí con ella, que mandaba al carajo cualquier compromiso ficticio en Mödling (y a lo mejor hasta le decía lo de la falsa excusa), que necesitaba saber si ella lo amaba tanto como él a ella. Pero no hacía nada de eso. Las puertas del tren se cerraban ignorantes de su desesperación. Ella recorría el andén sin voltear a verlo, sin siquiera levantar un brazo para prolongar la despedida con un adiós convencional y él sin saber qué hacer con todo lo que le quedaba adentro, cerveza en mano, reprochaba su falta de decisión y prometía a viva voz, provocando cierta perturbación en el vendedor de salchichas y el par de clientes a su lado, que se acabarían los pretextos, que el próximo martes —esperaría sin angustias— sería definitivo y que ya era hora de recuperar la sensatez.

Claro que en esa etapa, vale decir cuando uno está lo que se llama padeciendo el mal de amores, de sensatez nada. Más bien todo lo contrario. Pretexto y más pretexto, hasta que se vuelve rutina, rutina cansona, reiterativa, rutina al fin, sin sorpresas ni enigmas que resolver, ni imprevistos. Rutina rutinaria y sin embargo sincera, evidente,

insistente. ¿Cómo va lo de Benedetti? *Pienso, luego insisto*. Y vaya que insistió el hombre. Insistió hasta cansar (grave error), insistió hasta cansarla y en ese momento sus ojos dejaron de brillar al verlo y su sonrisa fresca se convirtió en un rutinario mostrar de dientes. Insistió tanto que al final no supo si era conquista o acoso, aceptación o rendición, derecho o deber y su romance personal empezó a irse a la mierda, como quien dice. Por suerte, hasta las barreras mentales tienen que abrirse en algún momento, así que, finalmente, llegó el día. El hombre se arriesgó, le dijo me bajo contigo, ella aceptó y de esta manera conoció su casa.

–Brrr... ¿No te da un no sé qué vivir frente a ese castillo?

–Al contrario, además del prestigio hay una gran ventaja en el asunto. Solo durante los tres meses de verano puedes ver un vigilante en su puerta, para recibir a los escasos turistas que se aventuran a llegar hasta aquí. El resto del año no encontrarás ni un alma por los alrededores. Lo que significa que puedo hacer lo que me venga en gana sin que el obligado amargado de al lado termine llamando a la policía. Porque no existe el tal vecino. Así que imagínate las rumbas. En esta casa se puede asesinar a una soprano wagneriana sin que el resto del mundo se dé por enterado.

–¿Y cómo conseguiste esta maravilla?

–Los contactos, mi amor, y no preguntes más.

Unas paredes blanquísimas, con uno que otro pañuelo hindú colgado estratégicamente. Todo como una casa de muñecas. Una sala mínima con una estufa de porcelana desproporcionada. Una cocina donde de milagro cabía el cocinero, con la ducha incrustada entre las hornillas y el lavaplatos. Un cuarto hecho casi a la medida de una enorme cama parecida a un barco, un trasatlántico encallado en ese mundo miniatura. Finalmente, una puerta cerrada con llave (intentó abrirla).

–Deja ya de curiosear y bájame el tarro del té de la alacena.

–¿Té? ¿Y es que tienes a alguien enfermo en casa? ¿Allá adentro, quizás?

–Se acabó pues la preguntadera y si no quieres té, tomarás agua, porque no hay más nada.

–Todo sea por el amor.

Algo de misterio, como de secreto sumarial había tras esa puerta; la zona prohibida. La verdadera historia de esta mujer. ¿Un marido inválido? ¿Un hermano bobo? ¿Un pasado turbio? Y es que, definitivamente, algo no cuadraba en todo esto. Al menos en su imaginación nunca hubo espacio para esa casa tan alejada del mundo, frente al castillo de Drácula, en una triste soledad que parecía formar parte de necesarias medidas de seguridad pero ¿por qué? De pronto, la emoción de estar allí se trastocó en irritación, rabia, impotencia al tener que admitir que no sabía absolutamente nada sobre ella. *Así que imagínate las rumbas*. No, no se las podía imaginar. Como no se pudo imaginar a sus amigos, sus temas de conversación, sus intereses comunes. ¿Cómo podían ser las rumbas en el culo del mundo? ¿Orgías sangrientas? ¿El despelote total? ¿Qué escondía tras esa puerta? ¿La cámara de tortura? ¿Los implementos para las bacanales? ¿Quién era ELLA? *En esta casa se puede asesinar a una soprano wagneriana sin que el resto del mundo se dé por enterado*. Y una incómoda sensación de que esa soprano wagneriana podía ser él, por ejemplo ahora que ella le daba la espalda para retirar la olla del fuego y él, a su vez, le daba la espalda a la puerta y esta podía abrirse de pronto dejando libre a Anthony Perkins con un cuchillote abalanzándose sobre él y adiós luz que te apagaste.

–Todo sea por amor–. Y ella volteó a verlo con esos ojos que aún brillaban y una sonrisa de final de fotografía.

–Tomemos el té en el cuarto.

–No me puedo imaginar las rumbas –aunque ya no quedaba ni rastro de Anthony Perkins, porque esos ojos, esa sonrisa y a la mierda con Drácula.

En su cuarto, un escritorio, una silla y la cama-barco, una biblioteca donde convivían escandalosamente un manual de yoga con un recetario de cocina francesa, un *best-seller* italiano con un informe que analizaba la evolución histórica de la deuda externa latinoamericana, el renombrado *Inventario* de Benedetti con un diccionario técnico, un manual de telares africanos con la *Ifigenia* de Teresa de la Parra, Elías Canetti con Patrick Süskind, el M-19 con una biografía de Luis Buñuel paradójicamente titulada *Prohibido asomarse al interior*. Nada que la traicionara (o a lo mejor todo eso decía a gritos: *esa soy yo, mírame en los libros, reconóceme y déjame en paz*). Trataba de descubrir algo más,

mientras se quitaba los zapatos, se metía en el barco y dejaba que el té hirviente quemara su lengua.

-¿Te acuerdas?

-¿De qué?

-Del primer viaje.

-No me acuerdo.

-¿Cómo puedes ser tan poco sensible a esas cosas?

-La vida me ha enseñado a ser dura, lo siento.

-Piensa, por favor.

-Me preguntaste si hablaba español porque leía un libro de Benedetti.

El momento apropiado para decíselas todas, dejar a un lado las rumbas (definitivamente no se las podía imaginar), los temores (esta noche no muere nadie en esta casa) y las rabias (muéstrate. Dime quién eres, déjame descubrirte).

-¿Sabes qué? Si quieres te quedas esta noche conmigo. ¿Bueno?

(Descubrirte, adivinarte, palparte, amarte...

y quedar en las mismas.)

XV

(Ella)

¡Leonardo Arturo!

Tú deseas razones convincentes y yo tiempo para encontrarlas. Para superar temores, egos y tratar de ayudarte a comprender. Le he dado autorización a Daniel para que pase las noches que desee conmigo. Como ves no se trata de pedirle que vivamos juntos. Es simplemente que lo acepto en mi cama cuando él así lo solicite. Casi como un acto humanitario. Aquello que tú quieres saber sobre mi relación con él te lo contaré, con algo más de tiempo, en una larga y honesta carta que seguro me dejará la carne al rojo vivo y una angustia terrible por no saber si tú entenderás lo que quiero decirte. Me da taquicardia cada vez que cojo el lápiz para iniciarla. Busco en todas partes la razón de este fracaso. Dame tiempo.

Lo que sí es evidente es que necesito afecto. Aún no tengo demasiada claridad para detectar lo que hacía falta para seguir contigo. Para eso tendrías que sumirme en mis fantasías, en mis abismos y en mi vértigo. Probablemente lo que yo te pedía eran hazañas, boleros y tangos de arrabal. Todo para mí. Tú realizaste esas hazañas pero sin convencimiento. Puedo sonar melodramática

pero estoy segura de que ninguna de tus bahañas las hiciste por mí, no lo hacías movido por tu amor por mí. Siempre hubo algo de contradictorio en tu manera de pensar con respecto a tu modo de actuar. Todo revolucionario, todo héroe, todos los grandes hombres han tenido esa suerte de contradicción que los hace hablar del hombre nuevo pero prefieren a su lado mujeres dóciles, bien ordenadas y poco dadas a la insurgencia. Nada que ver conmigo. Tú sabías que yo necesitaba una figura paterna y jugaste con eso, solo que en lugar de protegerme querías castrarme. Disculpa si hay odio en esa frase anterior. A lo mejor estoy absolutamente equivocada pero, como te dije antes, busco con desesperación la razón de nuestro fracaso. Hoy no será el día para encontrarla. Esto es todo. Tú decides si debo escribirte nuevamente. Disculpa esta carta necesaria que sé que no te hará bien.

Sintió que el cansancio le ganaba la batalla a la luna llena. Por un momento pensó en el tímido enamorado que la rondaba con una actitud casi virginal. Le gustaba su compañía. Su manera de divagar a través del humor y esa especial ternura que provocaba en ella unas enormes ganas de consentirlo si no fuera porque se reconocía quebrada y en la espera del camión de la basura para lanzarse voluntariamente en él. Probablemente se lo encontraría en el tren de las cinco al día siguiente. Aún no atinaba a descubrir por qué no se la ponía fácil y lo hacía sufrir de esa manera. Tal vez, alcanzó a pensar, mañana le dé la oportunidad. La mano escarbó entre el fajo y sacó una carta que se propuso leer antes de dormir.

El ternero dorado y el altar

En la escena dedicada a la adoración del becerro de oro se ubica el clímax de la ópera. La música se mantiene apoyada en una instrumentación donde los metales, las cuerdas pulsadas, la celesta y el xilófono y otros discretos instrumentos de percusión le otorgan un carácter arcaico, bárbaro, a las acciones que se precipitan hasta llegar a un paroxismo experimentado solo en los ritos paganos. Schoenberg parece traducir en música todo ese inconsciente primitivo, intuitivo que subyace en el hombre a pesar de tantos siglos de civilización. Esa carga animal que nos impulsa a hacer guerras, a aniquilarnos los unos a los otros, a cometer las mayores atrocidades en nombre de la humanidad conduciéndonos a nuestra propia destrucción. La imagen del ternero actúa como un detonante para extremas manifestaciones de catarsis y arrepentimiento más allá de la autoflagelación. Como si automáticamente, con la erección de la escultura, hubiera regresado el temor a la conciencia popular y este ejerciera de manera indomable el poder de conducir a todo un pueblo a su propia destrucción. Una vez recobrado el norte, la incertidumbre pasa a ser interna y, como te dije antes, hay momentos en que una duda existencial puede ser más fulminante que la oscuridad de la noche. Algo parecido puede ser que ocurra con el arrepentimiento y si,

para mayor colmo, el arrepentimiento es colectivo, mira tú si no puede acabar en suicidio comunal.

Lo cierto es que, una vez erigido el monumento, Aarón se lanza con una prédica oportunista en la que afirma que esa imagen demuestra cómo en todo lo que existe puede vivir un Dios. Que escogió el oro pues es un material invariable, como los principios, que aparentan ser variables. Al menos los suyos parecen moverse cual pluma al viento, tal como expresa el jorobado Rigoletto refiriéndose a las féminas en la más trillada aria del repertorio operático. Pero otorguémosle algún beneficio al patriarca pues más bien, y con la siguiente frase parece comprobarse, lo que está practicando es un fino ejercicio de sarcasmo, demasiado elaborado para que pueda ser detectado por la masa. La forma que le he dado a esta estatua permite que en ella se alaben ustedes mismos. Y mientras dice esto vemos aparecer en escena todo tipo de animales de carga transportando las ofrendas. Oro, joyas, trigo, vasijas de vino, aceites, ganado vacuno, bovino y ovino. Por otro lado, se prepara la matanza al compás de una suerte de ditirambo. Schoenberg introduce unos *glissandi* en los arcos que crean un efecto como de violencia absurda ejercida contra los pobres animales inconscientes e ignorantes de toda esa aspiración a la redención que no les incumbe y sin embargo será su sangre la regada en honor a los dioses recuperados. Los matarifes rodean a las bestias y danzan con cuchillos afilados. Finalmente sacrifican el ganado, lanzando trozos de carne a la multitud de la que se desprenden algunos desquiciados con los trozos sangrantes y empiezan a masticarlos crudos, como hienas, como buitres.

Acaba la matanza y una inválida es colocada frente a la imagen. Sus miembros paralizados empiezan a moverse, finalmente se levanta y anda. ¿Te das cuenta cómo hay cosas y espectáculos que nunca pierden vigencia a pesar de los tiempos, el conocimiento adquirido y la tecnología? Es como el asunto ese de la culebrilla. Por más que se han adelantado estudios en torno al herpes y su tratamiento, todavía los mismos médicos recomiendan que le recen para que la cola y la cabeza de la culebra que crece en la piel del paciente no lleguen a unirse, pues si esto ocurre inevitablemente morirá. ¿Tú puedes creer eso Rodrigo de mis tormentos? Pues bien, el milagro atrae a los principales de las tribus allí reunidas. Ya es de noche, se han encendido antorchas y hogueras donde han sido colocados calderos que hierven o guisan las carnes

ofrendadas, también un grupo de indigentes se ha colocado a un lado del becerro y otro colectivo de ancianos carcamales se ubica en el otro extremo. Mientras los mendigos se despojan de sus harapos y de los pocos mendrugos de pan duro que puedan poseer para ofrecerlos al becerro, los ancianos se sacrifican arrojándose al foso que se ha abierto ante el monumento. Continúa el ditirambo. Todos alaban las virtudes del becerro, incluyendo a los principales de las tribus que han llegado galopando y apenas han saltado de sus caballos para ponerse de rodillas ante él. Entonces un muchacho se va abriendo paso hasta quedar en primera fila. Su aspecto es como el de los niños de Biafra. Apenas puede caminar, si llegó hasta el altar fue solo porque la gente iba haciéndole espacio más por asco que por otra cosa. A pesar de su debilidad física, el muchacho es capaz de pronunciar frases llenas de una profundidad filosófica terminando con una exigencia. Derrumbemos esta imagen de lo temporal, pura ha de ser la visión de la eternidad. Lo que dice no es tan contundente como su raquitismo, su condición infrahumana de esqueleto andante, de muerto en vida. Más que sus palabras es este cuadro de miseria lo que causa escándalo en los principales que ven en su presencia una afrenta a los Dioses. Por eso, entre todos los ofendidos capturan al joven y lo lanzan al suelo para lincharlo hasta morir. Probablemente tú verás en esta acción eso que Mafalda llamaba el fondo social del asunto, el abuso de poder y la opresión del pueblo por los poderosos, pero yo te invito a darle otra lectura a esta escena. Porque lo que yo veo allí no es otra cosa sino el miedo. Nuevamente la violencia como mecanismo de defensa ante el miedo y en este caso es el miedo a que otro confronte tus certezas y te las vuelva añicos o mínimo te haga dudar de ellas. Esa imagen de un ser humano disminuido a su más mínima expresión no parece dejar muy bien parado a ningún dios que acepte que se llegue a ese estado con la indolencia como norte. ¿Si hay hombres, mujeres, niños o ancianos, viviendo bajo las peores condiciones por qué Dios, llámese becerro, o Javé, o Jehová, siendo todopoderoso y misericordioso, no hace nada para favorecerlos? Y si esta imagen se nos enfrenta como la prueba contundente de la no existencia de Dios, ¿qué hacemos ahora? ¿Cómo vivir de ahora en adelante con esta incertidumbre? Acabemos mejor con el elemento discordante que tanto incomoda nuestro júbilo. Es un blasfemo, es un infiel. Acabemos con él y sigamos el ejemplo de los más píos y así

como los mendigos ofrecieron sus harapos y sus mendrugos, así ahora las mujeres se regalan entre ellas joyas y telas mientras los hombres se intercambian armas, utensilios y otros enseres. También se ofrecen alimentos, bebidas, flores y guirnaldas y se colaboran el uno con el otro. Y el vino vertiéndose en cantidades industriales.

Se sufre pero se goza, caballero, porque ahora lo que tenemos es una pea generalizada y tú sabes, no tan bien como yo, lo que flexibiliza el alcohol, entonces vemos danzas frenéticas y barullos y desacuerdos y peleas. Durante la ingesta etílica los 70 viejitos sabios no hacen más que alabar a los sentidos comparándolos con el alma, definiendo al alma como la suma de los sentidos. Por eso estos viejitos ebrios, ni cortos ni perezosos, como que sienten el gustazo de su vida y alaban al dios que les permite recobrar el regocijo perdido en el transcurrir de los años. Entiendo y apoyo esa sensación porque es probablemente el único sitio, o estado, o condición, bajo la cual casi diríamos que estamos ante la presencia de un dios. Lamentablemente después de tanta euforia, lo que sigue, como en la vida invadida de culpas que nos han impuesto las normas de la sacrosanta Iglesia católica, lo que sigue, digo, es el dolor. Y así como de la felicidad alcohólica pasamos al martirio de la resaca, así en esta historia pasamos de la hermandad a la orgía de la destrucción y el suicidio y aquí hay un incentivo para que dejes tu resistencia a un lado y finalmente vayas a la ópera porque de ahora en adelante lo que va a aparecer en escena es un cortejo de hermosas muchachas desnuditas. Y si Dios las trajo así al mundo, pues quién mejor que él para convocarlas en su estado natural. Por eso la misma joven que había sido testigo del encuentro del nuevo Dios con Aarón y que posteriormente había jurado y perjurado que podía ver a ese Dios que solo se hacía presente ante los justos y puros, esa chica ahora habla del deseo que despierta en ella y en sus compañeras el resplandor del oro que cubre al becerro y por eso todas quieren que ese primer deseo, porque las jóvenes son aún doncellas, sea a su vez el último. Y no es exclusivo de ellas ese deseo carnal. El asunto se extiende hasta las butacas del teatro. No te imaginas cómo empiezan a surgir, en esta escena, todo tipo de binoculares de carteras, morrales, chaquetas y abrigos. Cuando te das cuenta, el teatro se ha convertido en un cielo estrellado y son cientos de destellos que titilan desde la galería y los balcones porque la luz del escenario se refracta en los vidrios de aumento y es casi tan sublime este

espectáculo como el que ofrecen los artistas en el proscenio. El deseo surte un efecto interactivo, contagioso. Como sentimiento primario aparece casi automáticamente. Es lamentable que no ocurra lo mismo con el amor, la compasión, el altruismo y otros sentimientos nobles. Entonces las vírgenes se lanzan sobre los sacerdotes que las esperan con los brazos abiertos y se besan y retozan y todo es jadeo y lujuria hasta el momento en que las doncellas colocan cuchillos en las manos de los sacerdotes y estos les cortan el cuello como los carniceros que en la víspera habían actuado de igual manera siendo sus víctimas borregos, carneros, cabras, ovejas y terneras. Este derroche de sangre virgen parece despertar, aún más, deseos en otros jóvenes y allí empiezan a desvestirse y a desvestir doncellas y se las llevan al patio trasero de la estatua dando vivas a la fertilidad, al poder de la procreación y ahora sí es verdad que empezó la gozadera pero escondidos, nada de excesos frente al público. Empieza a clarear y las hogueras se van apagando y los binóculos vuelven a las carteras. El escenario queda vacío aunque sabemos todo el movimiento que se genera en la parte de atrás y hasta sentimos envidia de no ser ese joven que hace el amor invadido de tanta bendición divina y tanto fervor religioso, aunque sea por un becerro, pero es algo. ¿No? Es un impulso, un norte, una luz al final del camino. Así cualquiera se arriesga y muestra todas sus armas al ser deseado, porque sabe que no hay posibilidad de rechazo. Porque esa luz te está mostrando un camino sin secretos, una senda segura. En el horizonte empieza a asomarse el sol. La borrachera, la excitación y el delirio le dan paso al sueño. La bacanal ha concluido. A lo lejos se escucha un coro. El oro brilla como el deseo. La virtud humana es como el oro. El deseo es salvaje. El oro brilla como la sangre. El oro es dominación, devoción, justicia. Es un destello confuso. Se extinguen las llamas de hogueras y antorchas. Nada se mueve en el escenario. Entonces un hombre que ha estado vigilante ante el monte que se levanta frente a la comunidad, abre los ojos atónito, voltea en busca de algún otro testigo y al no encontrar a nadie grita con todas sus fuerzas. Moisés está bajando de la montaña. Todos despiertan para ser testigos de la ira del patriarca quien al ver el ídolo levantado adivina todo lo ocurrido. Gracias al poder con el que Dios lo ha investido le basta levantar el brazo y ordenar a la estatua que se derrumbe para que esta se desmorone como un castillo de naipes. El pueblo protesta discretamente, no vaya a ejercer

Moisés ahora su poder destructor sobre sus cabezas. Protestan susurrando sus quejas. Ya no hay resplandor, nuestro dios ha vuelto a ser invisible, estamos una vez más en la oscuridad. La incertidumbre ha vencido nuevamente. Abandonan la escena rogando que los hermanos, que ahora se encuentran frente a frente, resuelvan en privado y en paz ciertas diferencias de concepto, idea y acción. Pero se sentía el ambiente muy cerquita del infierno (José Alfredo Jiménez *dixit*).

XVI

Su naciente interés por las corridas de toro lo llevó a abandonar por primera y única vez el país. Gracias a los fondos de la Kati, Camilo conoció México, aunque suene algo exagerada esta afirmación, porque lo que Camilo se limitó a conocer de México fueron sus plazas de toros. Según su propio criterio ya no necesitaba absorber otros fundamentos de la cultura mexicana. Ya lo había leído todo, desde el *Popol Vuh* hasta Carlos Fuentes y aunque hubiera podido decir lo mismo en lo referente a las corridas de toros había un impulso allí, una fascinación siempre relacionada con el olor de Katerine que lo obligaba a presentarse a la plaza y disfrutar de aquel acto –elevado al rango de manifestación artística– con todo su porcentaje de violencia, desafío, prepotencia humana, sangre y, finalmente, muerte. Era catártico, excitante. Lo que más le llamaba la atención era la sangre que brotaba luego de ensartar las banderillas al quiebre, o de frente o al sesgo, cubriendo el pelaje del toro como un manto brillante que le otorgaba un halo de santidad cardenalicia contrastante con los resoplidos y babeos del animal. Por alguna extraña razón, esa imagen se le presentaba como el fin de toda religión establecida. Y eso calmaba su conciencia. Después de cada corrida regresaba al departamento que ella había alquilado y sin mediar

palabras la desnudaba y le hacía el amor con todo el salvajismo que el olor a sangre, combinado con la piel de la Kati, despertaba en él. Un año estuvieron en ese país mientras Katerine profundizaba sus conocimientos del idioma y también de béisbol en un empeño por especializarse como traductora deportiva. Nunca lo entendió aunque Camilo tratara de explicárselo de mil y una maneras, siempre aclarando que el béisbol no era justamente el deporte rey en Colombia. Al regreso, hicieron una escala con estadía de dos días en Barcelona. El día de llegada, toreaba Morenito de Maracay. Una faena perfecta. José Nelo cortó rabo y las dos orejas. Gran acontecimiento reseñado a nivel nacional e internacional. Camilo salió de la Monumental catalana y se fue, como hipnotizado, hasta las Ramblas. Se sentía poseído por un poderoso sortilegio. Un estado de gracia que no le permitía regresar de inmediato al hotel para reconstruir con la Kati el milagro que acababa de realizar su secreto compatriota. Caminó a lo largo de las ramblas absorto en esas imágenes llenas de verónicas, medias verónicas, chicuelinas, largas y faroles exhibiendo capotes, muletas y estoques ungidos de vida. Porque había sido como si parte del alma del torero se hubiera desprendido de su cuerpo para animar los objetos con los que, más que sacrificar, santificaba, otorgándole dotes divinas al animal hecho mito. Imaginó a Morenito como un mago. Un hechicero con capa vuelta muleta y varita mágica convertida en espada con el poder de transfigurar al toro en Dios con la estocada maestra. Demasiada comunión para compartirla con la Kati. Demasiado estado de gracia para mezclarlo con sudor. La faena le despertó el orgullo por su verdadero país natal. En ese momento, estando tan lejos de cualquier conocido, se permitió desprenderse de sus capas artificiales y volvió a ser Daniel Moreno. El influjo del mago llegaba hasta él liberándolo de toda pretensión. Por primera vez en mucho tiempo creyó ser él mismo y hasta sintió una profunda añoranza por sus tíos, su casa, la imprenta y el clima caraqueño.

Finalmente encontró un banco donde sentarse. Un saxo sonaba a pocos metros mientras algunos turistas japoneses fotografiaban al ejecutante y soltaban un par de monedas dentro del estuche abierto del instrumento. A su derecha un cuarteto de cuerdas convertía a Mozart en ruido de calle lo que no impidió que, al iniciar las primeras notas del minueto de la *Pequeña Serenata Nocturna*, recordara el inminente retorno a Viena con la obligación de volver a ser el que no era. Esto lo sacó

del sortilegio. Parpadeó como quien acaba de despertar y entonces su mirada lo devolvió al mundo quedando fija en la familia que había ocupado el banco frente al suyo. Fue la primera imagen que tuvo de ella.

Al principio se sintió incómodo. Un impulso puritano lo sobrecogía sin entender por qué. Allí estaba ella, en medio de sus padres. El hombre, como de unos treinta años, con un cansancio que exaltaba cierto halo de inteligencia, de astucia. La madre, con sus enormes ojos mirando a la nada, destruida, desesperanzada, con el bebé de unos dos años entre sus brazos, inquieto, hambriento tal vez. Y ella, en medio de ese cuadro tan desolador, emanando vida, con sus trece o catorce años, a lo sumo, descarnadamente caribeños, sensuales, irresistibles. Una bomba sexual a punto de estallar.

Unos ojos parecidos a los de la madre pero reflejando deseo vinieron a toparse con los de Daniel como si dijeran *Yo te elegí a ti, no tú a mí*, y permanecieron allí, sin desviar la mirada, retadores. Era una niña convirtiéndose en mujer con impaciencia, pero era una niña. Pensó, por lo tanto, que lo que ella causaba en él era más gracia que otra cosa. Entonces, ¿por qué tanto sobresalto? ¿Cuál era el origen de esa taquicardia?

Sabía que su deseo iba más allá de cualquier convención y sin embargo, nunca antes había experimentado tal estado de purificación. Los ojos de la niña parecían borrar de su alma toda perversión pasada sin negar el impulso carnal que ellos despertaban en sus entrañas. No trató de evadir el deseo porque sabía que en él había algo de redención. Al contrario, como llevado por una fuerza que manejaba los hilos de su destino, se levantó del banco y se dirigió hacia el sitio donde descansaba la familia. *Se les ve agotados*, dijo y fue como un santo y seña para que toda la angustia que pesaba sobre la madre saliera liberada en un monólogo donde el gimoteo tenía la mayor presencia. Su acento era colombiano, probablemente caleño aunque ciertos giros delataban influencias de la costa. Él les habló como Daniel. Ante la niña se sentía desnudo, incapaz de mentir. Les confió su procedencia, *Conocimos el aeropuerto de Maiquetía. Apenas nos dejaron sentarnos para esperar la conexión*, alcanzó a decir la madre antes de reiniciar el llanto. La niña humedecía sus labios sin quitarle la mirada mientras él intentaba ser amable con el resto de la familia aunque poco le importaba su tragedia. Tampoco la entendía muy bien ya que el padre, con mucho tacto,

simpatía y un inconfundible acento costeño, desviaba la conversación hacia otros temas evitando así que la madre ofreciera detalles de su situación; detalles que, a todas luces, él prefería mantener ocultos al desconocido.

Qué manera de serruchar esos violines, dijo el padre refiriéndose al cuarteto de cuerdas, siempre en posición de disparar hacia otras direcciones distintas a la de su verdad. *No sea tan exigente, son solo estudiantes*, respondió Daniel buscando la simpatía de la niña. *Es que mi papá es músico también y no tolera las desafinaciones* y fue un hilo de voz que salió de su boca, apenas imperceptible, invisible, y sin embargo con la fuerza necesaria para atarlo a ella hasta el fin de los tiempos. Un hilo que, igual al de Ariadna, le indicaba, le sugería, que en su boca estaba el camino de su libertad. Que en su cuerpo podía liberarse de ese minotauro que lo poseía en la mezcla de sangre de toro y sudor ácido de hembra. *Así que músico. Yo de eso sí que no sé nada, lo mío son los linotipos*, y era la más absoluta verdad. Daniel Moreno no sabía tocar guitarra, era incapaz de tararear cualquier canción y desconocía el repertorio colombiano. Para eso estaba su amigo Camilo. *Y dígame maestro, usted, ¿qué pito toca?*, se hizo el gracioso y sacó una risa invisible de la boca de la niña. *Son varios pitos pero todos metidos en una caja: el acordeón*. El padre le explicó que no tenía el instrumento consigo, pues se había visto obligado a dejarlo en consignación en la pensión donde pernoctaban. Ya la casera les había visto la cara de pobres y había tomado sus provisiones. La madre se lamentó, pues al menos con el acordeón hubieran podido sacar algo de dinero esa tarde en las ramblas. Daniel aún tenía suficientes pesetas de los fondos de la Kati, en la cartera, así que en un acto de heroísmo blandió el monedero como la espada del Cid y sentenció *Pues, vayamos a su rescate*. Una hora después la casera había cedido el instrumento a cambio del pago de tres días de pensión. Regresaron a las ramblas y, sin considerarlo mucho, el padre de la niña sacó el acordeón de la caja y la colocó abierta para recibir las monedas. Estiró el instrumento como dejando que respirara luego de tanto encierro y arrancó con un paseo de enorme virtuosismo. Mientras tocaba, la madre abrazaba al pequeño con alivio evidente en sus ojos. La niña se despegó de ella y, en actitud inocente colocó su brazo alrededor de la cintura de Daniel regalándole una sonrisa perturbadora. Curiosamente detectó en su piel un lejanísimo olor a guayaba. Empezó a sentir una erección.

Al caer la noche, el banco donde tocaba el acordeón el padre se convirtió en el más concurrido y aplaudido de las ramblas. Se recolectó un buen dinero y además, un dominicano, atraído por el sonido, invitó al padre a acercarse esa noche a un local latino que regentaba para que hiciera un par de *sets*. Aceptó a regañadientes, casi obligado por la mujer. *Es peligroso. Tenemos que ser discretos*, le dijo y ella respondió *con discreción no se come y este niño tiene demasiada hambre para guardar apariencias*. Por menos de esto hubiera aparecido el espía que convivía en el alma de Daniel y hubiera hecho su agosto, pero él ni siquiera lo consideró. Porque allí estaba ella, con esa cintura torneada, tan de mujer, a pesar de la falta de senos que aún no despertaban. Con esos labios carnosos capaces de aflorar en él tantos malos pensamientos. Con esa mirada fija y llena de brillo que enceguecía su presente, ese olor a guayaba en su cabello lacio que rememoraba su pasado y esa piel tan suave y cálida que silueteaba un futuro imposible.

Esa noche, después de comer unos bocadillos, la madre se retiró a la pensión con el bebé. La niña insistió en acompañar a su padre. La madre no quería pues no tenía la seguridad de que su padre estuviera pendiente de ella mientras tocaba. *Quédese tranquila que yo se la cuido*, dijo solícito Daniel. Algo hubo en ese gesto que alertó a la madre pero al no poder explicárselo optó por ceder. Al entrar al local sonaba un tema de Pete “Conde” Rodríguez. *Me encanta la salsa*, dijo la niña y de inmediato se fue hasta la pista a bailar sola, como lo hacía el resto de los turistas que allí se encontraban. Su cabello alcanzaba su cintura y mientras bailaba, a Daniel le pareció que aquel cabello se movía como un pincel dibujando a una mujer desnuda. El dominicano saludó al padre, los ubicó en una mesa y pidió que les sirvieran unas cervezas. El padre se sintió a gusto, aunque se mantenía blindado. Por eso empezó a contar anécdotas graciosas de su pueblo, cercano a Valledupar. Daniel le confesó su admiración por García Márquez y eso pareció agrandar al acordeonista pues allí mismo le dio un abrazo que casi lo deja sin aliento. Le agradeció, por primera vez en esa noche, toda la ayuda que les había prestado tan desinteresadamente, sin siquiera conocerlos, y brindó por la solidaridad latinoamericana, también por primera vez en esa noche. Daniel, trató de seguirle el discurso pero sus ojos solo podían mirar a la niña transformada en rumbera cubana, creando un círculo de admiradores alrededor de ella y provocando en él, por primera vez

en su vida, un ataque de celos. Sin medir consecuencias se levantó de su asiento con la intención de detenerla pero de pronto se encontró con la mirada desconcertada del padre -*Tu hija baila muy bien, quiero aprovechar que al fin consigo una buena pareja para demostrarle a estos muertos cómo se baila salsa en el Caribe. Hombre, claro, tú con tanto tiempo fuera de tu país, estarás desesperado por mover el esqueleto como debe ser. Anda pues.* Al llegar a la pista tuvo la sensación de haber hecho una entrada triunfal al ruedo, pero en el momento en que la tomó en sus brazos, la sujetó por la cintura y ella lo bañó con su aliento felino, ya no estuvo seguro del papel que le tocaba jugar en esa corrida. Estaba oxidado, no había bailado música del Caribe desde sus años de liceo. No era que no supiera, simplemente que en esa época fueron las ficheras de los bares donde se encontraba con Mármol las que se lo bailaban a él. Su estilo era de burdel. La niña, en cambio, bailaba con una gracia que rebasaba en sensualidad a cualquiera de las nobles putas de su adolescencia. Ella lo guiaba y él se dejaba guiar porque era el camino al paraíso el que ambos transitaban en ese baile. Ella era el torero y él iba al sacrificio a sabiendas de lo inevitable de la fatalidad. Por un momento se preocupó por el padre, volvió la mirada hacia la mesa y lo encontró en interesante charla con el regente dominicano. La niña tomó sus mejillas y lo obligó a mirarla. Sus piernas se enlazaban con las de él frotando sus muslos cándidamente, casi como en un juego infantil. De pronto, él sintió la necesidad de volver a ser el adulto, el que tomara las decisiones, y ella lo aprobó tornándose seria por unos minutos. En un giro, sus labios se rozaron y él pudo percibir la aproximación del triunfo. El roce casual, que no llegó a ser un beso, surtió en él un efecto de banderillas atravesando su voluntad. Ella podía palpar entre sus piernas el pantalón endurecido de Daniel y simplemente se hizo la desentendida. Su piel hervía y a él poco le importaba derretirse de tan cerca que estaba de esa piel. Buscó nuevamente sus labios pero la música cesó. La estocada le llegó cuando ella apartó los labios a punto de ser besados y se soltó de su abrazo. Rabo y oreja para la niña.

El padre subió al escenario y luego de una breve prueba de sonido arrancó a tocar. La niña buscó el asiento más cercano a la tarima y allí quedó hechizada por la ejecución de su padre. Daniel buscó otra cerveza que bebió de un tirón. Pidió la otra y levantó el vaso brindando a la salud del acordeonista. Este asintió con la cabeza y le dedicó un

merengue vallenato. Daniel volvió a la mesa que les había apartado el dominicano y desde allí siguió observando a la niña, ahora, desde esa distancia, convertida nuevamente en presa. Pensaba en lo extraño que era todo lo que le estaba ocurriendo ya que por primera vez la situación escapaba de su control y eso le gustaba y lo alteraba al mismo tiempo. Pensaba que algo así debía ser la vida, la verdadera, la que se hace uno mismo sin pretender, sin copiar. Sabía que no se había convertido en un pedófilo ni nada parecido, simplemente ella había aparecido en su vida con algunos años de anticipación. Sabía que si llegaba a encontrarla en el futuro le seguiría amando igual, porque él no era el profesor Humbert Humbert ni mucho menos Quilty, ambos personajes de la novela *Lolita* de Vladimir Nabokov. Él era él, ni un solo personaje había podido invadir su alma para arrebatarle el derecho a disfrutar de ella. Por eso, cuando el padre se desplomó, después de haber agradecido cuarenta veces más y de haber brindado otras sesenta por la solidaridad latinoamericana, y tuvieron que llevarlo, completamente borracho, a la pensión y aprovecharon que la habitación tenía un balcón para, con extremado silencio, desnudarse allí; él la trató con la mayor de las ternuras y ella le agradeció la sutileza como él iba penetrándola hasta romper el himen y ella, que de por sí tenía apenas un hilo de voz, emitió un grito invisible que tal vez solo escuchó el bebé pues hubo algo de sobresalto en la cama pero ni la madre ni el padre se dieron por enterados. Y él entendió que ella también lo había desvirgado a él porque esa era la primera vez que, realmente, hacía el amor y hubo orgasmo invisible no vaya a ser que el niño termine de despertarse, y lágrimas invisibles en ambos bandos, y luego ella empezó a contarle con su hilo de voz el cuento invisible de cómo ellos eran refugiados. Que su padre, además de acordeonista, era un dirigente cooperativista campesino que había intentado organizar a su comunidad y que por eso lo habían acusado de secuestrar a la esposa de un ministro que luego había aparecido asesinada y al padre le fracturaron las costillas y le reventaron el bazo en el calabozo y después hubo que liberarlo porque se descubrió que a la mujer la había mandado a secuestrar y asesinar el propio marido (ministro y todo, fijese usted), pero a él ya lo tenían sentenciado los paramilitares, y el día que lo liberaron tuvo que salir de la cárcel disfrazado de mujer porque lo estaban esperando para llenarle el cuerpo de plomo y entonces fue que logró escapar hasta Ecuador donde

se encontró con ellas y el bebé, los que habían huido antes porque una tarde regresando de una fiesta vieron a lo lejos cómo acribillaban su casa y le pintaban una calavera a las cuatro paredes perforadas, y esperaron a que se hiciera de noche para sacar de la casa lo poco que no había sido alcanzado por las balas, y los amigos les recomendaron que no salieran por Venezuela porque en la frontera los estaban esperando y tuvieron que recorrer todo el país con el temor de que en cualquier momento las descubrieran y las asesinaran sin piedad, porque la única vía de escape posible era por Ecuador y ahora no sabía adónde seguiría su camino pero al parecer existía la posibilidad de que ella se fuera a Cuba a estudiar danza, porque unos compañeros ubicados en Suiza tenían el contacto para enviarla allá y sus padres se quedarían en Europa, probablemente en Suiza o Alemania Oriental. Y él lloró con ella el llanto invisible y volvieron a hacer el amor con la desesperanza de saber que ese placer invisible era también una despedida bastante vistosa por lo dolorosa.

Y ahora que ella lo mira como María Lionza y todo él es invisible en esa selva convertida en tumba, el tronco que era caimán ahora es toro y ella es Carmen silbando la seguidilla y cambiando el final de la ópera porque el puñal se lo clava ella a él. ¿O no? ¿O el final se mantuvo fiel a la historia, pero en otro tiempo, con otro hombre? Y Don José pierde de todas, todas, aunque ella no se ríe burlona como la gitana original sino que mira su cuerpo echado en la selva con una ternura infinita y eso le duele más porque su recuerdo se intensifica con el ardor en la pierna y las lágrimas que brotan de sus ojos se adhieren y se secan en sus mejillas dejándolas más pegajosas al mezclarse con el sudor de la fiebre y esa textura se parece demasiado a su propio remordimiento, y ahora no está seguro de que fuera Morenito el torero de la tarde y a lo mejor le pasó como con el recuerdo del terremoto y su vecina de las grandes tetas y resulta que él, Daniel Moreno, quiere, como sea, que Moreno y Morenito se junten en su historia. Pero eso no es, en definitiva, lo más importante, lo que le agudiza el dolor desde el alma, y por eso maldice la hora en que, en lugar de esperar el amanecer en aquel balcón y enfrentar a la familia que dormía a pocos metros de su lecho nupcial; en lugar de desprenderse de tanto envoltorio, de tanto guión planificado y darle rienda suelta al libre albedrío, él prefirió salir con sus pasos invisibles de la habitación, alcanzar la calle y caminar hecho

un zombi hasta el hotel. Y entró a la habitación impregnada del olor de la Kati y no lo soportó y entonces pronunció las primeras palabras del día suficientemente visibles, suficientemente Camilo, como para despertarla. *Hace calor, mira cómo estás sudando, conviene que te levantes y te des un baño. Y esta vez, por favor, enjabónate.*

XVII

–¿Y entonces? –preguntó Rodrigo con un enorme esfuerzo para fijar la vista en el monologante.

–Así como lo oyes –abriendo la segunda cajetilla.

–Quedar en las mismas, o peor.

Y hubiera querido pedir otra cerveza pero el gas le llegaba hasta las orejas por lo que, sin más alternativa, optó por rematar el Black Label.

–Como cuando encuentras la solución a un problema y esta te resulta más enigmática aún.

–O no llena tus expectativas.

–De eso no se trata. Era más bien como si a medida que iba descubriendo su cuerpo se hiciera más presente su lado oculto; pero trata de entenderme, haciéndose presente mas no mostrándose. Allí había algo que me abofeteaba y me decía *Esta soy yo y tú no me ves*. Era algo que tenía que ver con la casa, el eslabón que faltaba para relacionarla a ella con la casa. Algo que la envolvía en la medida en que yo la iba desvistiendo (y apagó la luz para que lo hiciera). Eran las rumbas que yo no podía imaginar, eran sus amigos, era su razón de ser. De pronto, con mi cabeza hundida entre sus piernas, como que empecé a verlo todo clarísimo. Ella y la casa cuadraban perfectamente. Allí el que estaba fuera

de foco era yo, el elemento discordante era yo. Se me volvió desconocida porque yo no tenía nada que ver con ella. Su verdadera vida estaba detrás de aquella puerta y allí no había sitio para mí.

El primer sorbo de *whisky* le cayó pésimo, inesperado, demasiado contraste con respecto a la suavidad refrescante de la cerveza. Empezó a darse cuenta de lo mucho que le costaba mantener el hilo de sus propias ideas, llegar de una vez al grano. Sus manos tanteaban inquietas el maletín, abriéndolo y cerrándolo impulsivamente, mientras el primer cigarrillo de la segunda caja se consumía en el cenicero, *frutos de mi esfuerzo*, pensó con una mirada de obseso hacia el maletín, *Aarones para mi cruzada*.

–Salud –propuso Rodrigo interrumpiendo el silencio.

–Fue hermoso y a la vez tan triste, desesperanzador, tan sin futuro, que, al ella quedarse dormida, me entró un miedo, pero de verdad. Ya no por Anthony Perkins y el cuchillote, ya no por el castillo medieval que nos vigilaba a través de la ventana. Era miedo por ella, porque la estaba perdiendo, porque la había perdido, porque nunca la gané. Miedo por esa presencia, esa sombra que cubría la habitación y me echaba de su lado. *Esta soy yo y tú no me ves*. Era un grito insoportable que me asfixiaba, que me impulsaba a vestirme precipitadamente, salir corriendo de allí y terminar llorando en la estación de tren.

–¿Y el asunto de los patos? –preguntó Rodrigo pensando que ya era hora de ir atando algunos cabos sueltos.

–El asunto de los patos... –repitió el hombre sin mucho interés, como si toda su atención se concentrara ahora en el interior del maletín.

–Es un juego de imágenes, un sueño donde confundía dos poemas de Aquiles Nazoa y los convertía en mi última esperanza, vainas de la mente. Yo quería que me dibujara un caballo para recitarle el poema del caballo que se alimentaba de jardines, entonces, en mi sueño, relacioné ese poema con otro llamado *Zapata, dibújame un perro* y en lugar de un caballo, le pedí que me dibujara un zapato (clarísima la relación Zapata-zapato...) al final ella terminó dibujando unos patos desde una perspectiva aérea, en el momento justo de alzar el vuelo y dejar el mar (porque era el mar lo que ella pintó como fondo de aquel cuadro). Me desperté con taquicardia ese día. Con taquicardia y dispuesto a jugar esa última carta. Pensé, con verdadero optimismo, que si ella lo entendía tal como lo había entendido yo, se acabarían las puertas cerradas,

los mundos separados, los abismos y la amenaza que acechaba mi espalda. ¡Qué iluso! —y fue una conmovedora sonrisa de resignado.

—Barajéamelo más despacio que aquí el que no entiende ni papa soy yo. —¿O era culpa del Black Label agonizante que ya empezaba a cumplir su venganza?

Terminó llorando en la estación de tren y no iba a ser la última vez, porque a partir de ese momento el asunto se volvió *cuesta abajo en mi rodada* y la desesperación lo fue atacando hasta el punto de abandonar la universidad, pese a la insistencia de la bella Gabriele que no podía entender cómo un típico macho latino se iba a echar a morir por culpa de una mujer. ¿Dónde quedaba su orgullo? Y a él como que no le daba la gana de explicarle nada a la bella Gabriele. Al fin y al cabo, ¿qué carajo iba a saber ella de puertas cerradas y frutos prohibidos? En su mundo de estereotipos no podían caber ni los contradictorios ni los enigmáticos, se era o no se era. Tan maniquea podía resultar su visión como la simpleza de afirmar que los hombres viven equivocados y las mujeres siempre tienen la razón, y punto. En realidad, si no hubiera sido por el puñetazo del chileno, tal vez hubiera podido encontrar en la bella Gabriele al interlocutor necesario, aunque, una vez más abusamos del poder omnisciente para elucubrar y reconocer en Gabriele la incapacidad para sentir que aquel puñetazo no se lo propinaba el chileno, puesto que, una vez más, aquí lo que había ocurrido es que la víctima se había convertido en victimario. No podía adivinar la bella Gabriele que los silencios del chileno callaban el sometimiento, el ultraje, la tortura, la vergüenza de verse orinado y cagado ante el verdugo que, sin piedad, se burló de su natural debilidad porque no hay hombre que aguante tanto golpe, tanta electricidad, tanta inmersión, sin relajar esfínteres, por más que haya callado, y allí radica la razón de ser de la tortura: en la humillación. En el hecho de ver anulada la dignidad humana hasta el punto en que, si por cosas del destino acaban dejando libre al cautivo, será la impotencia convertida en ira la que terminará el trabajo iniciado por el verdugo. La ira silenciosa como bomba de tiempo. Por mucha participación que haya tenido en actos de solidaridad con el Tercer Mundo resultaba imposible pedirle a la bella Gabriele que reconociera que ese puñetazo y toda la inestabilidad emocional del chileno

concha de su madre tenía un solo nombre y un solo apellido: Augusto Pinochet.

Tampoco encontró en el grupo el interlocutor ideal para sus angustias. Si al menos no se hubiera ido el gordo Arteaga. Él lo hubiera entendido y seguro que un consejo certero hubiera podido recibir de ese corazón generoso y sensible. El otro, Rodrigo, el amigo del alma, el compañero de bachillerato, era demasiado pragmático para entender en su justa medida su situación y desvestirla de aquella sensación de ridículo que la envolvía, además que en ese momento la crisis alemana era su única preocupación. Se le estaba desbaratando el comunismo. Y ni hablar del caliche Jaramillo y sus estruendosas carcajadas. Así que, abandonó la universidad sabiendo lo que eso podía significar para su permanencia en el país, sin beca y sin visa estudiantil. Pero hasta ese acto tan propio de historias de folletón barato le salió pésimo porque faltaba apenas una semana para las vacaciones de invierno y podía tomar los exámenes cuando recuperara la ¿cordura? Así que ni tan sacrificado le resultó el asunto, aunque a los veintiséis años esas acciones suelen percibirse con aroma de trascendencia.

En realidad no se echó a morir, como afirmaba la bella Gabriele. Al contrario, aprovechó las vacaciones para dedicarle el tiempo a un proyecto que venía paseando por su cabeza desde el mismo día que empezó a dar las clases de español en la Volkshochschule. Y esa primera semana, la más crítica, no fue sino un teclear constante en su vieja máquina de escribir para presentar el proyecto con la mayor coherencia posible dentro de su depresión. Y mucho agradeció al cambio de carrera por el dominio que había adquirido del alemán porque cuando estudiaba piano todo lo resolvía con señales y hablando como Tarzán, y ahora hasta proyectos redactaba. Dejando pasar los días al ritmo de las teclas, las hojas desechadas por errores tan básicos como una minúscula al principio de un sustantivo y la tecla correctora dañada, el apoyo bibliográfico consultado en diferentes bibliotecas públicas, los golpes en la pared como forma de protesta de la vecina septuagenaria que no soportaba un tecleo más después de las once de la noche y las incurables ganas de morir o subir al tren de las 17:00. Pero transcurrió la semana y la tentación fue vencida. Había llegado el martes y una colección de colillas y cajetillas vacías servía de testigo de la voluntad del hombre. El resto era subir a ese tren, esperar a que ella se montara

en la segunda estación y comportarse con una normalidad académica, fría y calculada. Allí lo que hacía falta era un nuevo inicio. Un volver a empezar con menos pasión y más intelecto, trabajando bajo un plan cuya primera meta debía ser conquistar el espacio detrás de la puerta. Pero no contó con el mayor de los imprevistos y ahí los esquemas se le fueron al mismísimo, porque ella no subió al vagón ese martes, ni el siguiente, ni el siguiente, ni el siguiente y así durante dos largos, oscuros y helados meses.

Dos meses sin saber de ella, con un nudo incómodo en el estómago y toda una estrategia en la basura. Dos meses de calvario sentimental y mucha sublimación intelectual. Después de todo, el proyecto fue aprobado y la clase de español fue transformándose paulatinamente en un verdadero taller literario. Dos meses de mucho alcohol y nicotina, de trasnocho voluntario para evitar el enfrentamiento mordaz con la almohada, dos meses de Silvio Rodríguez y Felipe Pirela, lamentaciones, lágrimas y, al final, un poquito de resignación.

En esa época soñó con ella por primera vez y despertó amargado. En el sueño ella era *punk*, con el cabello pintado mitad verde, mitad rojo, vestía una chaqueta de cuero negro, pantalones y blusa de piel de leopardo. En su casa se escuchaba un *rock* pesadísimo, una banda de renegados bordeaban el castillo con sus motocicletas de escape libre y él se sentía como una miserable cucaracha en baile de gallinas mientras ella le decía: *la gente cambia, amor de mis amores*, con una voz seca y escondiendo sus hermosos ojos tras un par de anteojos cuya montura afilada combinaba perfectamente con el resto de su indumentaria y desaparecía, tras la confesión, entre rapados, apaches, copete-bananas, tatuados y *skinheads*. ¡*Las rumbas!*, gritó al despertar empapado en sudor y lágrimas y tanteando, con el temblor aún en sus manos, la mesa de noche en busca del cigarrillo y el encendedor.

También se acostumbró a bajar en "Maria Enzersdorf" después de la clase de español. Permanecía por espacio de unos minutos en la estación y luego caminaba hacia la casa de sus tormentos. Se quedaba como paralizado a unos metros de la puerta, tocaba el timbre con la mente aunque los pies no le respondían, los ojos fijos en la ventana (una luz encendida) esperando, sin éxito, algún rastro, un signo que pudiera revelar lo que ocurría dentro de la casa. Una vez creyó reconocer un ruido constante y monótono que lo trasladó a los viejos tiempos del

liceo. Algo tenía ese ruido porque de pronto se encontró recordando a la compañera Ayzmín cuyo fervor revolucionario lo había cautivado a los dieciséis años en la misma medida en que lo había defraudado ese limitado criterio de considerar débil y pequeño burgués cualquier atisbo de humanidad imperfecta en el arte. Hasta en Silvio, su inseparable compañía, se percibía una lectura machista y contrarrevolucionaria a los ojos de la compañera Ayzmín. Algo estaba fuera de lugar y él carecía de la capacidad para reconocerlo. No entendía por qué pensaba en Ayzmín, en la militante Ayzmín, capaz de involucrarse con compañeros apolíticos con el único fin de captar cuadros para la causa y él, el responsable de integrarla al centro de estudiantes, él, su guía política, nunca tuvo chance alguno con ella debido a su preparación ideológica. La evocación de esos tiempos lo llevó a preguntarse: ¿Cuándo dejó de ser un militante?, ¿en qué momento se hartó de los discursos maniqueos?, ¿cuándo dejó que el sarcasmo revistiera todas sus creencias y el escepticismo ganara espacio en su vida hasta el punto de abandonar toda actividad que tuviera implicaciones políticas? Entonces, el ruido empezó a confundirse con el viento, que soplaba como queriendo barrer todos sus recuerdos, y él quedó convencido de las pesadas bromas de la imaginación.

Regresaba a su casa, corregía los trabajos con un fondo musical de Silvio y Felipe y salía corriendo a la barra de la Bodega Manchega para ahogar sus penas acompañando a un funcionario venezolano de la OPEP cuya melancolía iba dirigida a la intensa luz, el olor del mar y el sonido de las olas rompiendo contra los peñascos de Chirimena. Dos meses durante los cuales no pasó un solo día sin pensar seriamente en olvidar el asunto aunque en el fondo esperara con ansias la aparición de la susodicha.

Cuando ocurrió, él estaba tan resignado y nada preparado para el encuentro que los esquemas volvieron a terminar en el mismísimo, porque, de paso, ella no lo vio (eso creyó), no lo buscó (fue su impresión) y acabó sentándose en el otro extremo del vagón. A pesar de todas estas señales inequívocas, él decidió acercarse a ella, sin ninguna táctica preestablecida:

—¡Caramba! —intentó ser gracioso— ¡Cuánto tiempo! ¿Se puede saber dónde se había metido?

–Que yo sepa, ni soy nada tuyo ni te debo explicaciones –fue su respuesta.

La punzada en el estómago, la visión del abismo, así como las ganas de encender un cigarrillo no permitieron que asimilara totalmente la respuesta, por demás imprevista.

–Yo solo....

–Si piensas que tienes algún derecho sobre mí porque nos acostamos aquella noche, te equivocas, y ahora, por favor, déjame sola. Entiende que quiero estar sola.

Se levantó sin decir una palabra. Fue directo al baño donde dejó hasta el alma, luego buscó un asiento en el vagón de fumadores, encendió un cigarrillo cuya primera bocanada se mezcló con el sabor de la bilis, y decidió dejar de pensar, simplemente dejar de pensar, fumar, dejar pasar el tiempo, fumar, controlar el temblor, fumar, mirar el paisaje y, sobre todo, dejar de pensar. Pero una mano apoyada en su hombro acabó con su equilibrio y las cenizas del cigarrillo con la pulcritud de su pantalón.

–Estuve en Suiza arreglando unos asuntos. Discúlpame –e intentó que la sonrisa saliera espontánea.

Le acarició la mejilla y repitió:

–Discúlpame.

El tren había llegado a "Maria Enzersdorf" y, como siempre, se despidió sin darle oportunidad de reaccionar.

Pero ¿qué se ha creído esa mujer? Pensó en su casa cuando las palabras empezaron a organizarse desesperadamente en su mente y ya era demasiado tarde. *¿Cuándo se ganó el derecho a tratarme de esa manera? ¿Por qué tanta agresividad?* Entendió entonces que lo que había intentado mostrarse ante él en aquel vagón era nada más y nada menos que la cara oculta de la luna. En ese instante se había abierto la puerta y eso que se ocultaba tras ella se resistía a descubrirse voluntariamente. *¿Y qué era eso de Suiza? ¿Acaso no vi la luz encendida de su cuarto? Y aquel ruido de... ¿máquina de coser, de lavar? (porque un multígrafo allí... ¿era demasiado descabellado?) ¿Qué sé yo?* Se resistía a descubrirse, por eso atacaba, se sentía acechado y reaccionaba ante el peligro como una fiera arrinconada. *¿Represento yo al peligro?* La idea de que así fuera agudizó el malestar. No soportó las paredes de su casa, las voces de Felipe y Silvio lo atormentaban, la cajetilla de cigarrillos estaba vacía y terminó

nuevamente chocando copas con el funcionario petrolero y repitiendo que no había una vaina más jodida en esta vida que estar triste y arrecho a la vez.

Semanas más tarde, la situación no era precisamente un lecho de rosas. Lo que se respiraba en ese vagón era diplomacia evidente e hipócrita y *no me llevas nada Henry Kissinger*. Hablaban del clima, de libros leídos, de películas vistas. Las risas sonaban forzadas, las miradas se evitaban y el contacto corporal se limitaba a un estrechón de manos que ambos consideraban soberanamente ridículo. De la espontaneidad solo quedaba una intención y una insistencia absurda, por parte de él, por revivirla usando el humor como arma. Y qué fingido el humor, sobre todo la vez que ella apareció acompañada, con los ojos brillando como en los viejos tiempos (y no era por él), con la sonrisa fresquísima (y no era para él), presentándolo al otro (el otro, que podía ser su padre) como *un gran amigo, casi mi hermano* y él, *trago largo, Juan trago largo*, aunque a ese señor ¿de dónde lo conozco? y pavor porque *sácame el complejo de hermanito que despierto en las mujeres*, derrochando humor en una actitud de flexibilidad, pensando en Javier Solís y despidiéndolos a los dos (A LOS DOS que se bajaron bien juntitos en "Maria Enzersdorf") con guiño de ojo fraterno y *dentro de mi pecho mi corazón sufriendo* (violines). Ese era el momento adecuado para abdicar. En verdad que no le hubiera dolido tanto. Ya parecía inmune a cualquier agresión, pero unos nudillos tocaron la ventanilla, algo de brillo de ojos pareció dirigirse a él y de unos labios hechos para sonrisas frescas se escapó un signo de espontaneidad: *Cúidese*. Esa noche soñó, por segunda vez, con ella. Toda su necesidad estuvo reflejada en ese sueño. Las esperanzas revivieron y el hombre despertó con taquicardia, dispuesto a jugarse esa última baraja. Contarle aquel sueño. Pero todo fue inútil.

–Barajámelo más despacio –suplicó Rodrigo.

Era en una habitación amplia, acogedora y alfombrada. Era un radiador que desprendía calor de hogar (detalle importante), era una cama que parecía un barco y era él, leyendo ¿un periódico? Mientras tomaba un té calentísimo, recostado en la cama. Era ella en el piso. ¿O sentada en el escritorio?, rodeada de papel milimetrado, dibujando en un *block* "Caribe", como los que exigía la profesora Esperanza para la clase de Educación Artística (segundo de bachillerato), era una ternura a-v-a-s-a-l-l-a-n-t-e y unas ganas de recitarle un poema. Era calor de

hogar, era calor humano, era que se respiraba familia, armonía, unión, ESTABILIDAD. *Dibújame un zapato*. Era como si ella tomara el creyón y al mismo tiempo le acariciara la mejilla. Era como una foto aérea, el mar de fondo (porque era el mar) reflejando el brillo solar en miles de olas que semejaban arrugas del rostro marino y una bandada de patos eternizada justo en el instante de alzar el vuelo. *Te pedí un caballo*. Sin reproche, todo por el poema. Era un conflicto apacible, una declaración de amor a altos niveles. *¡Abh, noo! Si no le gusta confórmese, no faltaba más*. Era que le encantaba y claro que se conformaba. Ya no era todo por el poema, era todo por la armonía, la ESTABILIDAD y aquel calor de hogar. Era que se respiraba familia. En cada uno de aquellos patos que alzaban vuelo parecía que se iban todos los temores de su vida. En aquel que volaba con el cuello torcido hacia atrás huía la inseguridad, en el otro cuyos ojos esbozaban una suerte de recriminación desaparecía la eterna desvalorización que su hermano disparaba sobre él, en uno que volaba sin la menor intención de esperar a la bandada se liberaba el desprecio. El espacio se llenaba de un revolotear de patos cargados de menosprecios, sentimientos reprimidos, terrores infantiles, dependencias étlicas, incapacidades de relacionarse, justificaciones y resignaciones. Un último pato iniciaba el vuelo dejando tras de sí una estela espumosa de agua salada, porque, insistimos, era el mar lo que fungía como pista de despegue. El pato de la incertidumbre dejaba de resistirse y abandonaba la seguridad del mar para seguir a la bandada sin importarle su destino. No era de Schoenberg la composición que podía derivar de este cuadro. En el sueño alcanzó a pensar que si a cada uno de estos palmípedos le asignaba una nota, dada la manera desordenada como alzaban vuelo y se distribuían en el cuadro, resultaba imposible determinar una serie a partir de allí. Solo a través de una falta absoluta de sistema, es decir, de lo aleatorio, podía entonces construir tantas melodías como su corazón estuviera dispuesto a crear, pues allí estaban los patos y le correspondía a él y solo a él determinar jerarquías y orden de aparición y así, partiendo siempre del mismo cuadro, un día podía ser que iniciara la melodía con el pato de la oscuridad y al día siguiente, y de acuerdo a su estado de ánimo, una nueva melodía nacería a partir del pato del corazón roto. Era la voz de John Cage, la música aleatoria, otorgándole el poder del orden a su percepción, liberándolo de toda atadura preestablecida, permitiéndole ser feliz en lo

desconocido, regocijarse de la sorpresa, aprender que la vida y el azar son la misma cosa y que el caos es tan solo aquello que no podemos percibir, pues cuando tenemos conciencia de él, deja de ser caos.

Abrió los ojos y quiso seguir soñando pero la taquicardia, la emoción y la esperanza recobrada impidieron que perdiera un minuto más en la cama. La vida lo esperaba. Ella finalmente entendería. Seguro que entendería. Entonces él le propondría dejar esa casa, venir a Viena con él, dejar bien lejos las puertas cerradas y los castillos amenazantes, mostrarle su mundo y meterla en él. Amarse mucho, cocinar para ella, darle la espalda a lo otro. Seguro que ella entendería.

En el mar no hay patos. Se limitó a contestar, justo cuando el tren llegaba a "Maria Enzersdorf". Como siempre, se levantó despidiéndose cortante, sin darle oportunidad de nada más. La vio alejarse y de pronto, en un arrebato irracional salió del tren coincidiendo con la señal que avisaba el cierre de las puertas. Un curioso golpe de viento seco y cálido bañó su cara sorprendiéndolo en medio del invierno y causando un aumento acelerado de su irritación acompañado del resquebrajamiento definitivo de su alma. Tenía toda la intención de seguirla, gritarle, reclamarle y desahogarse, pero el pobre diablo acabó, una vez más, llorando en la estación con otro bolero en la punta de la lengua. *La puerta se cerró detrás de mí y nunca más volviste a aparecer...* Aún divisaba a lo lejos el resplandor desprendido de un pañuelo escandalosamente amarillo doblando una esquina y apagándose.

XVIII

(Ella)

Chiquillo

Me cuesta trabajo sentarme a escribir por estos días en que llego simplemente exhausta a mi casa. Si Europa no decide botar a todos los “bastardos” que aquí vivimos hay un par de cosas que me gustaría hacer, además de esta complicada tarea política que heredé de mi padre. De vez en cuando me desespero a raíz del frío (a todo nivel) de este sagrado país y lo maldigo por fascista. Pero a nivel personal me encuentro bastante bien, luchando, escribiendo y, como siempre, soñando.

No debiera escribirte y callar mis silencios, ¿o convertir en silencios mis ruidos sería una imagen más acertada? No quiero que te confundas cuando digo que te extraño. O sea, tú esto no lo has leído ¿OK? Los días le caen a esta ciudad como una lluvia sucia. Ella se seca y sigue igual mientras uno siente fuertemente el paso del tiempo. ¿Dónde se me abogó la melancolía? Me siento con las ilusiones, los sentimientos y las emociones gastados. Por favor, no trates de sacar conclusiones precipitadas. Tú escúchame si puedes. Mañana puede ser diferente. Siento

que he amado demasiado en un tramo relativamente corto de vida. ¡Ah! Hoy es luna llena. Tú sabes.

No puedo pedirte que me esperes para estar juntos cuando seamos viejitos. Solo siento que no quiero perderte de mi vida. Hoy estoy tal vez algo patética. Quisiera en lo posible siempre saber de ti. Tú me cuentas un poquito y yo me imagino el resto. No me juzgues. Es que siento que contigo perdí el mar Caribe. Paro. Iba a criticarme pero eso no se hace.

Daniel se perdió del mapa. Simplemente desapareció de la misma forma como volvió a mi vida después de nuestro primer encuentro y lo peor es que no me importó. Ya te había dicho que no había vínculo entre nosotros más allá de lo humanitario. Compartir soledades debería formar parte de la ayuda humanitaria que despliega la Cruz Roja o cualquier otra organización internacional en estas zonas de desastre que somos los seres humanos. Cuando lo conocí no tenía la menor idea que años más tarde íbamos a coincidir en esta ciudad. Ni siquiera entendí cómo llegó él aquí. Tampoco supe cuál de los dos llegó primero. Ahora no importa. Ahora es simplemente una noche para pedirte que no te pierdas. Vamos, chico. Estoy consciente de que podrías odiarme y borrar me de tu vida para nunca más volver, pero no olvidas cómo empezó todo cuando éramos amigos-amigotes. Tal vez soy una egoísta. ¡Será!

Segura estoy de que ya le echaste el ojo a una faldita o un bluyincito, o a una linda persona allá en el malecón (Nada. Todo comentario me lo guardo. Está fuera de lugar, solo sé que en algún tiempo podrás contar con un amor que te haga sentir satisfecho y ojalá no sea como yo que nunca permitiría dejarte pensar en esa mujer, o sea en mí).

Colocó la carta en el fajo y antes de atar el cinto que las unía leyó con rapidez, y apostando al cansancio como escudo contra el dolor, lo escrito en el papel que los protegía.

Moisés y Aarón

¿Qué quieres que te diga acerca de este encuentro de titanes? ¿Que allí está Moisés como plancha de chino mientras Aarón se hace impecablemente el pendejo? Por ahí va la cosa. Pero no vayas a creer que el reclamo de Moisés va dirigido a toda esa desmedida manifestación popular que acabamos de presenciar alrededor de un ídolo. No señor. En su reprimenda no verás ni un solo ápice de censura moralista conservadora y retrógrada. Lo que enfurece a Moisés va más allá de un simple desenvolvimiento impúdico, y un tanto bárbaro, en un espacio público. Lo que irrita al patriarca es la incapacidad de comunicar a su pueblo una idea sin necesidad de simplificarla o, peor aún, de banalizarla. Es así que cuando le pregunta a Aarón: ¿qué has hecho? y este, que no se va por las ramas argumentando tal vez que son cosas de los vientos locos del desierto —el Hamsin, por ejemplo— que siempre terminan afectando a su pueblo y por eso de pronto como que aumentan las orgías y el placer por la sangre, prefiere responder: *nada nuevo. Lo que me correspondía hacer*. Un milagro ante los oídos y la mirada del pueblo, dado que tus pensamientos no producían ninguna palabra y mis palabras ninguna imagen, no supo qué contestar permitiendo que su hermano rematara la idea. El pueblo esperó mucho para escuchar las leyes y la

justicia que brotarían de tu boca. Por eso tuve que darles una imagen para que la admiraran. Entonces Moisés arremete apocando el trabajo de Aarón. Tu imagen palidece ante mi palabra. Pero Aarón parece dispuesto a todo y no resiste la tentación de comparar sus estrategias con la espectacular entrada de Moisés ordenando al becerro que se desmoronara y este obedeciendo como si fuera un ser vivo y pensante, bueno pensante no necesariamente, que también son obedientes los perros y no por eso se gradúan de doctores en filosofía. Así que puedo imaginarme la sonrisa en los labios del estratega cuando expresa: *Puede ser que las imágenes y los milagros que tú desprecias fracasen ante tu palabra.* Y sin embargo, un milagro no es más ni menos imagen que esas palabras tuyas derrumbando mi imagen. Moisés le muestra entonces las tablas de la Ley que ha venido cargando desde la cumbre del Monte Sinaí como la única prueba tangible de la existencia de Dios, no sin antes aclarar que esto no es ninguna imagen, ningún milagro. Esto es la ley. Pero Aarón domina muy bien la dialéctica y por eso suelta un poco el sedal admitiendo que allí, si no está Dios, al menos está su pensamiento. Moisés se jacta de sus argumentos sustentados en esas piedras talladas por mano divina. ¿Entiendes ahora que el pensamiento del Todopoderoso está por encima de palabras e imágenes? Aarón busca la comprensión de Moisés hacia su pueblo. Arguye que todo lo que ha hecho es por amor a su pueblo, mientras Moisés insiste en que las cosas se deben hacer por amor a los ideales. Pero para Aarón los ideales son solo palabras si no se piensa en la gente. También amarías a este pueblo si hubieras visto cómo vive cuando se le permite ver, sentir y tener esperanzas. Ningún pueblo puede creer en algo que no siente. Para Moisés ese no es su problema. El pueblo debe asimilar la idea sin intermediario alguno, mucho menos con el aprovechamiento de un apoyo audiovisual. Veo que te va interesando la conversa ya que indudablemente tiene su fuerte mensaje político. La ideología no sirve de nada si no representa al pueblo. No voy a discutir eso contigo ahora aunque no me cabe la menor duda de que es esa la dimensión del discurso que te atrae, Rodriguito. En todo caso, dejemos la idea allí para más tarde cuando ya nos hayamos bajado esta maravillosa botella de vodka y el espíritu de Vladimir Ilich se apodere de nosotros y complementémosla con las palabras de Aarón que emplaza de esta manera a Moisés. Ningún pueblo está en capacidad de captar más que una parte de la imagen que

expresa la parte comprensible de la idea. Hazte comprensible para el pueblo. Moisés está convencido de que simplificar la idea es falsearla. Aarón se compromete a aclarar la idea al pueblo sin traicionarla. A través de él, su pueblo sentirá la presencia de Dios. De un Dios indescriptible, inexpresable, temido y a la vez inspirador. Un guía digno de seguir porque pone orden en sus vidas por medio de unos mandamientos duros pero capaces de despertar esperanza. De anclar ideales. Encontrarás a tu pueblo lleno de vacilaciones humanas y, a pesar de eso, digno de tu amor. A Moisés eso del amor del pueblo como que le da un poquito de piquiña porque en definitiva él es un intelectual y no está allí para rebajar su pensamiento que de tan profundo que es, solo él lo entiende y eso parece ser lo que más le satisface, así que ante la proposición de Aarón solo puede decir *¡Bacirruque!* Aunque Aarón le recuerda que no tiene otra alternativa ya que su tarea no es la de regocijarse en su conocimiento, sino lograr convencer al pueblo de que hay un único y verdadero Dios. Estás atado a tus pensamientos. Mis pensamientos expresados en estas tablas. Sí, en esas tablas que a su vez no son más que una imagen. Una porción de la idea. Moisés se ve acorralado ante las agudas respuestas de Aarón y en un ataque de malcriadez tira las tablas al piso con tal fuerza que estas se deshacen volviendo a ser polvo mientras anuncia que justamente bota tierrita y no juega más. Con o sin las tablas tú posees la palabra de Dios. Yo, tu boca, preservaré tus pensamientos de la manera en que yo pueda expresarlos. Moisés empieza a resignarse. Sí, claro, a través de imágenes. Aarón no cede en su defensa. Imágenes de tu pensamiento. Ellas son parte de él, así como todo lo que de él salga. Mi destino, es decir, la idea de una manera más simple a como yo la he entendido. Ya será tarea de los sabios el encontrar nuevamente la idea original. El coro sale del fondo del escenario siguiendo una columna de fuego y cantando las loas que ya habían dedicado al nuevo Dios en el primer acto: los liberará de los egipcios, los guiará a la tierra prometida, los proveerá de miel y leche, es más fuerte que el faraón, etc. Aarón le muestra a Moisés el espectáculo de la columna de fuego. Ella nos guía a lo largo de la noche. El Todopoderoso le envía al pueblo una señal a través de mí. El espectáculo continúa con la transformación de la columna de fuego en una columna de nubes. Ella nos guía a lo largo del día. Moisés arremete. Son solo ídolos. Aarón está inspirado, señales divinas, como tu zarza ardiente. De esta manera no

se muestra el eterno, pero se muestra el camino hacia él y el camino hacia la Tierra Prometida. Sigue el coro con cada vez más devoción, imbuido de fe, convencido de ser los elegidos del nuevo Dios. Todopoderoso, eterno, omnipresente. Ante tal prueba de fe no le resta a Moisés otra cosa sino rendirse. A lo largo del diálogo solo ha sido capaz de esbozar sus argumentos, mientras Aarón ha sacado a relucir toda su astucia y capacidad de reacción, su labia, su desenvoltura. Tal vez es esto lo que mata de envidia a Moisés. Al menos a mí me pasa eso, claro que con esta ingesta ética a la que nos tiene sometido el gordo Arteaga para acompañarlo en su última noche vienesa, la lengua se me suelta y uno casi llega a parecerse a ese Aarón de mis tormentos, pero el pobre Moisés está hecho polvo y ahora, antes de seguir con el desenlace de esta deliciosa discusión tengo que explicarte algo. El tercer acto de esta ópera lo escribió Schoenberg años después, influenciado probablemente, y con eso no quisiera desautorizar al genio, por la cultura gringa toda ella necesitada de finales moralizantes, cargados de reivindicación y ejemplo. Pues bien, en ese tercer acto acaba Moisés castigando a Aarón por su afrenta, ayudado de unos guardias que uno no entiende cómo llegaron a subordinarse ante Moisés siendo, como hemos visto a lo largo de toda la ópera, Aarón el verdadero líder de su pueblo. Tampoco entendemos cómo de pronto Moisés se volvió tan hablador, porque teniendo a Aarón encadenado y sujeto a los guardias ahora sí es capaz de encontrar las palabras precisas para desarmar de todos sus argumentos a un Aarón sospechosamente taciturno y parco. Finalmente lo libera solo para verlo caer muerto ante sus ojos. Hay demasiada incongruencia, demasiado dislate y es quizás por esa razón por la que nunca llegó a componer la música para el tercer acto, dado que, para ser sinceros, la obra está redondita hasta el segundo acto. Lo cierto es que tenemos que reconocer que sin la palabra y la acción de Aarón, Moisés no tiene vida. Él también lo reconoce. Por eso el único final posible es este que se nos presenta con el cierre del segundo acto. Con la imagen de un Moisés vencido y dubitativo. Suplicando a su Dios por una certeza. Dios irrepresentable, inexpresable, de múltiples significados. Dios, ¿permities tú esa interpretación? ¿Puede construir Aarón, mi boca, esas imágenes? Así me había forjado una imagen, falsa, como solo una imagen puede serlo. Así me hallo vencido. Así, todo lo que pensé no era más que locura, que no puede ni debe ser dicha. Y mientras los violines

construyen una melodía ascendente, como una idea que va elevándose en su genialidad y que, al no encontrar interlocutor abruptamente se derrumba minimizada en una nota solitaria, un fa sostenido, prolongado en el espacio como señal inexorable de la impotencia, Moisés confiesa su única y verdadera tristeza. Oh, palabra, tú, palabra, que me faltas.

Cuarta parte

*Lo que conozco
o sea tus nubes
o tus silencios
o tus gestos
lo que conozco es la tristeza
de tu casa vista de afuera
son los postigos de tu tristeza
el llamador de tu tristeza.
Pero no llamo.
Pero no llamas.*

Mario Benedetti

XIX

Había pasado un tiempo desde su regreso, cuando se enteró de la llegada de un joven de Caracas. Venía con la intención de estudiar dirección orquestal en el Conservatorio Estatal. Se lo comentó un chileno que acababa de abrir otro local de ambiente andino en las cercanías del río Viena. *El muchacho anda como desorientado, a ver si le das una mano.* A los pocos días apareció con la Kati en el nuevo local y allí lo conoció. Un joven simpático, con algo de sobrepeso pero mucho carisma. Acababa de cumplir los veinte años y era la primera vez que vivía lejos de su familia. A la Kati, el muchacho le fascinó. Probablemente por la espontaneidad como se desenvolvía, tan distante al calculado estilo de su compañero. De solo verlo, supo Camilo que se trataba de un niño bastante consentido en su casa. En la madrugada, luego de muchas cervezas y de dejar que el recién llegado cargara con la cuenta de la noche, decidió adoptarlo.

La paternidad había sido para Camilo un tema que no se discutía. A pesar de la insistencia de la Kati, quien realmente sentía una enorme necesidad de procrear, su negativa había sido tan rotunda que los dos embarazos que ella había buscado, habían terminado en abortos de manera violenta. Por eso cuando Camilo eligió esas palabras *adoptar*

al muchacho y de allí pasó a la explosión de carcajadas que suscitaba siempre sobresaltos en los presentes, la sonrisa eterna con dientes manchados de nicotina de la Kati se desvaneció, hundiéndose en el más lúgubre de los rencores.

¿A qué le temía Camilo? En muchas oportunidades, cuando surgía la paternidad como tema de conversación en el café o en el refugio, generalmente lo evadía con muecas de asco mientras explicaba que los niños recién nacidos eran como ratas para él y que si a eso se le sumaba la mierda y los orines que tendría que limpiar, las babas y los buches, los llantos y la interrupción de sus horas de sueño, el resultado tenía que ser algo bastante cercano al armagedón bíblico. Fin de la conversación y pasemos a otro tema. Después explotaba la risa. Pero, en verdad, ¿a qué le temía Camilo?

Había alcanzado la treintena de años. Tenía una pareja estable que lo proveía de casa y alimento y, además, le soportaba todas las infidelidades y los maltratos. También —no podía negárselo— se divertía con ella. Se había aprovechado al máximo de su baja autoestima torturándola hasta el placer y, hasta hubiera podido admitir que la quería. De alguna manera la Kati había sustituido a la familia que allá en Medellín había optado por dejarlo solo y él sabía agradecer esas cosas. En dos platos, reunía las condiciones para formar su propia familia y sabía muy bien que no iba a tener que preocuparse por levantarse a darle de comer al bebé, o por cambiar sus pañales, porque para eso ya la Kati había dado suficientes pruebas de sumisión. Entonces, ¿a qué le temía Camilo?

Por un lado, no negaba cierta preocupación porque el niño lo terminara anclando en una vida. Sabía de la alta posibilidad que existía de abandonar a la Kati de un momento a otro. De migrar y mutar. El traje de Camilo empezaba a incomodarle desde su regreso y eso era señal de cambio. Pero con un hijo, ¿cómo cambiar? ¿Cómo desaparecer para siempre?

Desde algún lugar de su psique insistía siempre en aparecer la imagen de un niño sumido en soledades y tristezas sin entender las razones de tan abrupto estado de abandono. La imagen de un niño llorando en silencio frente a la figura aérea de la madre balanceándose sujeta del techo del baño por el cuello con el cordón de la cortina. La imagen de un niño aterrado ante un padre que cuenta historias de fantasmas y resurrecciones mientras abarrota el baño con velas, velones,

crucifijos, rosarios, oraciones y estampas de santos, santas, beatos, beatas, siervos, siervas, ángeles y arcángeles; untada toda su piel de mierda para repeler, ayudado de unas manos que ya no controla, ese ejército de moscas, mosquitos, jejenes, pegones, avispas y moscardones que intenta invadir su desamparo como plagas apocalípticas ante los pecadores. La imagen de un niño solo, pero sobre todo, sin la capacidad para comprender todo aquello.

Es, fundamentalmente, la insoportable sensación de vacío que quedó en ese otro, que ya no es él, ante la falta de una respuesta satisfactoria, necesaria para aligerar tanta pesadumbre, la que le impediría abandonar a un hijo hipotético para disfrutar de una nueva transformación. Un motivo, sin lugar a dudas, pero no la integridad de la explicación.

Porque hay algo que también le ha venido rondando la mente hasta el tormento: el hecho de que un hijo es la prolongación de su padre. Es decir, es parte de ese ser más allá de su cuerpo y fuera del alcance de su control. Un hijo es, en principio, la copia imperfecta del padre —ya que tiene también rasgos de la madre— pero copia al fin. Un hijo de él podría poseer en su carga genética la cualidad mutante de la que tanto provecho ha sacado en su vida. Por lo tanto —y esto es lo que más le aterra— podría, en algún momento asumir, sin dificultad alguna, la personalidad del padre, anulándolo, desapareciéndolo, convirtiéndolo en ese espectro incorpóreo que tanto se parece a la nada y en el que él ha acabado por convertir al otro Camilo —¿cuál otro?— y probablemente acabará transformando a sus futuras víctimas. Porque —de eso estaba convencido— independientemente de cualidades camaleónicas o no, todo hijo condena a su padre al papel de relevado y en esa novela extensa de vida a través de la cual percibía su realidad este monstruo, él y solo él podía fungir como lector. Nadie, y mucho menos nada que salga de sus entrañas, iba a ser el causante de un cambio de papeles en su vida, convirtiéndolo en personaje para después anularlo.

Algo de mito griego había en toda esa posición, pero eso solo se le vino a la mente en el momento de hacer su balance final, en medio de una selva que también era la mejor representación de su protectora soledad.

La Kati nunca hubiera podido llegar a tal nivel de elucubración para entenderlo y acompañarlo en sus miedos. Ella simplemente se

sintió burlada cuando Camilo, en plan de chanza, asomó la posibilidad de adoptar al recién llegado. Ni los golpes, ni los engaños, ni el distanciamiento al que estaba confinada le habían abierto una herida tan irrecuperable como la provocada por esas palabras. Se podría afirmar que fue en ese momento que empezó a convencerse de la necesidad de acabar con esa relación enferma y destructiva.

Llegaron a la casa cuando ya clareaba. El muchacho se ofreció a ayudarla a cargar el cuerpo dormido de Camilo y llevarlo hasta la cama. Ella le arregló una colchoneta en la sala. Advirtió algunas señales de perro en celo en aquel joven invadido, en ese momento, de una libertad plena y sin prejuicios. Ahí lo dejó pero al entrar a la habitación y ver aquel ser que había empezado a odiar esa noche no pudo soportar echarse a su lado. Regresó a la sala y se aprovechó de la excitación del joven que por primera vez en su vida dormía lejos de su casa, en un país con tantos tabúes derribados, dónde, al parecer, todo estaba permitido, hasta hacer el amor con una mujer casada a escasos metros del lecho donde dormía plácidamente el marido recién presentado. Toda una novedad.

Ignorante de lo ocurrido durante la estadía en Barcelona, la Kati pareció dejarse guiar por sus resentimientos como si de esa manera —repetiendo un rito ancestral— hubiera cerrado un círculo y reajustado un equilibrio perdido.

Le hizo el amor como un guía turístico que lleva ya muchos años mostrando las atracciones del lugar. Con rutina y alma de servidor público. Suficientemente eficaz para que el chico pasara una buena noche sin enamorarse, sin crearle falsas expectativas. El muchacho vivió la aventura confundido por los efectos etílicos. Fue un acto nebuloso pero con esa sensación engañosa de seguridad y alerta que da el alcohol y que otorga la razón ante cualquier decisión, aunque, ya lo hemos dicho hasta el cansancio, una vez pasados los efectos, se muestren como una cadena de irracionalidades. Cuando el muchacho se quedó dormido, ella, aún sucia de él, regresó al lecho y no le importó acostarse así, pegando su cuerpo al del hombre que había empezado a odiar esa noche. En ese momento sintió una sonrisa naciendo de su boca. *Soy Yocasta, mi querido Layo, acabo de dormir con tu hijo recién adoptado. A lo mejor llevo ya en mi vientre el fruto del incesto.* Cerró los ojos y se durmió como aquel

que finalmente ha encontrado su paz. Además de odiarlo, esa noche había empezado a adivinarlo.

Camilo le tenía una simpatía muy especial a este muchacho, lo que no impedía que se aprovechara de su inmadurez para vivirlo. El muchacho había traído una buena provisión del mejor ron producido en su país, además de unos cuantos paquetes de harina de maíz precocido, fundamental para la elaboración de las arepas. Un tesoro que el pirata Camilo debía poseer haciendo uso de lo mejor de su catálogo de artimañas.

Se ofreció de ayudante incondicional para arreglarle los papeles y encontrarle un apartamento. A cambio de sus servicios, convenció al muchacho para que sacara un juego de copias de las llaves del lugar que había alquilado, y se las entregara con la excusa de una posible pérdida dado su carácter distraído. Además, logró que el joven, por iniciativa propia, le diera plena libertad para desvalijar su alacena cuando así se le antojara. Luz verde para regresar a su antigua pasión por el cubalibre. ¿Antigua pasión de quién? No se percató en ese momento que el favoritismo por esa bebida no formaba parte de su nueva personalidad. En todo caso, bien podía haber sido la reminiscencia por alguna novela policial mediocre leída en la adolescencia. Su subconsciente empezaba a traicionarlo.

El muchacho era bastante desordenado. Su vida estaba llena de divertidas anécdotas todas vinculadas, de alguna manera, a la falta de límites a la que lo tenía acostumbrado su familia y que se manifestaba en una irresponsabilidad lo suficientemente simpática como para meterse en el bolsillo a todo aquel que lo conociera. Incluso Camilo llegó a sentirse seducido por tanto desparpajo. De hecho, aquella relación que se estableció entre los dos parecía una competencia de abusos donde de pronto se veía el muchacho en la obligación de aceptar a Camilo en su casa durante una semana porque la Kati lo había dejado una vez más en la calle quién sabe por qué razón. O de pronto se encontraba Camilo planchando las camisas del aspirante a von Karajan quien, al no tener ni idea de las obligaciones domésticas, había optado por desechar las camisas que usaba, renovando vestuario cada semana. Lo cierto es que llegaron a ser inseparables y era curioso ver cómo cada uno aprovechaba cualquier momento para criticar al otro sin negar el enorme aprecio que se tenían y la relación simbiótica que estaban construyendo.

A los pocos meses de la llegada del muchacho, se enteraron de otros dos venezolanos que estaban en Viena también por razones de estudio. Uno estaba preparándose para ser admitido en la cátedra de piano de la Escuela Superior de Música y Arte Dramático de Viena y el otro, ñángara hasta la médula, tenía intenciones de realizar estudios de Ciencias Políticas o algo así. El muchacho los había conocido en el comedor de la Escuela Superior de Música e inmediatamente los presentó a Camilo quien vio en ellos la posibilidad de surtirse aún más de ron. Aunque ya para ese momento había advertido una cosa en su personalidad que llegó a preocuparlo. Demasiados venezolanos a la vez, unidos a los efectos del cubalibre, producían en él un efecto de retroceso. Una tendencia a delatarse que trataba de reprimir. Una nueva sensación que solo minutos antes de ser devorado por las hormigas pudo reconocer como desarraigo.

Los cuentos que traían estos tres jóvenes de la patria resonaban en el alma del impostor. Provocaba gritar que conocía los lugares citados, aunque no tuviera ni idea de que la calle real de Sabana Grande se hubiera convertido en un bulevar, ni que existiera algo llamado Sala José Félix Ribas en medio de una gran construcción que, en menos de un año, se llamaría Complejo Cultural Teresa Carreño, ni que las calles de El Conde ahora albergaban los más monumentales rascacielos de la ciudad. Y tanto mapa cambiado le provocaba un dolor en el estómago que se agudizaba con cada sorbo de cubalibre. En ese tiempo también empezó a extrañar a unos tíos, que sabía que existían por unos sueños recordados en otros años, y que se habían desvanecido cuando empezó a vivir con la Kati y nunca más tuvo la oportunidad para desdoblarse que le ofrecían las horas de la madrugada. Debía permanecer alerta, pues, aunque hubiera sido más sencillo apartarse de este trío, la seducción que ellos y sus vivencias producían en él le resultaba irresistible. Probablemente porque veía en ellos al joven que debió haber sido si no se hubiera hundido en su particular aberración. Además, era imposible copiarlos por un simple detalle. La edad. Contra el tiempo no había triunfo posible y eso estaba muy claro para un Camilo que cada vez más necesitaba ser Daniel adolescente.

Tenía que estar alerta porque los efectos del cubalibre lo ponían tan nostálgico que a veces se le escapaba un modismo para nada antioqueño y debía justificarlo con una simple explicación. *Llevo tantos años*

en este país que mi vocabulario ya es universal, aunque nunca perderé este acento que tanto me enorgullece.

A los chicos también les gustaba la literatura y admiraban el conocimiento que ostentaba Camilo, sobre todo de los autores latinoamericanos. El gordo Arteaga —así había sido bautizado su hijo adoptivo por este grupo autodenominado El Círculo de Viena— traía entre sus pertenencias un libro de un autor peruano que para Camilo resultaba toda una novedad: *La vida exagerada de Martín Romaña*, escrito por un tal Alfredo Bryce Echenique. Una obra verdaderamente voluminosa, con demasiadas páginas para la poca paciencia de la juventud y que, sin embargo, se convirtió en el centro de discusión del círculo por el resto de ese año de 1982.

Camilo también cayó bajo el influjo de la novela y estuvo a punto de metamorfosearse en aquel Martín. Pero no tenía Inés alguna a quien decirle *Luz de donde el sol te toma*, además que hubiera sido un acto obvio y detectable por el resto del círculo. Sin embargo, lo que de allí podía desprenderse era la creciente necesidad de Camilo de volver a mutar. Tal vez hasta estaba dispuesto a desprenderse de todas sus imposturas y, a lo mejor, así recuperaba aquella Inés tan brillante como la del atribulado Romaña, pero más generosa y consecuente. Aquel fantasma que en lugar de ser Octavia de Cádiz podría haberse llamado Carmen de Barcelona o María Lionza de las Ramblas o Lolita de Valledupar y que siempre rondaba su alma para invadirla de melancolía.

Pasó el tiempo como si se tratara de una larga fiesta. Tras trece años de gobierno, Bruno Kreisky se retiró de la Cancillería al no obtener la mayoría absoluta en las elecciones de 1983. Sus sucesores fueron abonando el camino hacia una nueva era que entregaba todos los logros sociales alcanzados por el viejo canciller a las decisiones del mercado. Como si la perpetuidad de un sueño hubiera dependido de un solo hombre quien, al renunciar, hubiera dejado la responsabilidad de seguir soñando a los peores carroñeros de su entorno. La Kati, cónsona con los tiempos, había dejado de ser generosa con Camilo y le había exigido que encontrara un trabajo estable y diurno. Un colega de ella le había conseguido una cita para dar clases de español en una universidad popular. Los pocos amigos que la Kati había conservado de la universidad estaban al tanto del dominio que Camilo tenía de los

idiomas y por eso lo recomendaron sin reservas. Él aceptó porque la universidad se encontraba ubicada en las afueras de Viena y eso le daba posibilidades para practicar con libertad su destreza mutante. Por otro lado sus servicios como agente de la policía secreta cada vez se hacían menos necesarios. Los latinoamericanos en Viena parecían controlados, absorbidos por el sistema. Cada día pensaban menos en política y la única actividad en esa dirección que aún sobrevivía, era la organización de varios puestos de comida y bebida dentro de la fiesta anual que el Partido Comunista Austriaco ofrecía en los bosques del Prater.

Las cosas no estaban bien con la Kati. Ya prácticamente no dormían juntos y él se pasaba más tiempo en el apartamento del gordo Arteaga que con ella. Lo peor era que a ella eso le importaba poco. Finalmente, y tras quedar embarazada en un encuentro fortuito con un desconocido, un golpe certero de Camilo en el vientre le provocó un tercer aborto que casi le cuesta la vida y la Kati decidió abandonarlo definitivamente.

Los hechos de violencia en los que Camilo involucraba a la Kati eran convertidos en accidentes en su versión ante el círculo, y a los muchachos les resultaba difícil no creérselo aunque la Kati, cada vez que coincidía con ellos en algún lugar tratara de prevenirlos. *Cosas de mujer despechada*, repetía el gordo Arteaga. Los otros, probablemente menos convencidos, aceptaban los hechos como simples espectadores. Algo intuía Rodrigo, el politólogo, y ese algo empezaba a incomodarlo aunque no lo suficiente como para alejarse definitivamente de aquel personaje digno de estudio. La actividad política lo había convertido en un ser atento ante cualquier eventualidad y, sin embargo, tan lejos de su casa, nunca se imaginó que pudiera estar frente al odioso enemigo. Cosas de la distancia, posiblemente, que había creado un efecto acomodaticio y hasta cargado de cierta decepción y escepticismo en su espíritu.

Ya Camilo había precisado una nueva víctima, Brigitte. Una socióloga nada sociable —así la definió el círculo— que resultó un misterio sin resolver dentro de la hoja de vida de este tráfuga profesional. Aunque, para él, estaba claro que, como siempre, se trataba de una muy limpia transacción comercial. Sexo por techo. Brigitte era, por lo tanto, la pernoctada de Camilo quien cada día se parecía menos al Camilo original, pero ¿quién se acordaba de eso? Aunque todavía dominaba la

guitarra y por eso se armaban grandes rumbas. El gordo Arteaga era un lince con el cuatro y el pianista, a pesar de ser un fumador empedernido, cantaba con bastante *filin* y si tenía un piano cerca era capaz de emular a Bola de Nieve en eso de cantar y tocar con total independencia mientras el politólogo se encargaba de recibir las cervezas que obsequiaban aquellos comensales y dueños de locales maravillados de sus interpretaciones espontáneas —que nada tenían de espontáneas ya que de eso se trataba, de beber a costilla de los otros y por lo tanto bastaba con llevar las herramientas a los bares, sacarlas en el momento justo y arrancar con un pajarillo, un bambuco o un son cubano—, y con tanto espíritu latino.

Un día, mientras iba a la universidad a dictar su clase semanal de español, volvió a verla. Al principio dudó de aquella aparición. Era un fantasma, un producto de su conciencia, de sus remordimientos. El vagón iba lleno, de manera que bastaron unos segundos para que la imagen se disipara. Habría jurado que la vio leyendo un libro. ¿Un espíritu atormentado de su conciencia de pronto aparecía en el tren, cómodamente sentado y leyendo? ¿Qué clase de fantasma era ese?

Y ese fantasma que ahora yace en la selva, ¿quién es realmente? ¿De cuántas capas más debe despojarse para llegar a su yo genuino? ¿Tiene o tuvo alguna vez un yo genuino este fenómeno de la naturaleza?

Trató de recordar esa última cadena de hechos y circunstancias que acabaron colocando su cuerpo en medio de la selva amazónica, muriendo debido a la picada de quién sabe qué araña, serpiente o bicho raro. Trató de ordenar las decisiones y las imposiciones mediante las cuales de pronto un día estaba instalado en Venezuela, en casa de sus tíos tan abnegados que simplemente perdonaron todos esos años de abandono y de pronto estaba ofreciéndose como guía turístico para Canaima y en excursiones por el Río Negro y no podía sobrevivir si no se bebía al menos una botella de ron al día. Trató de recordar por qué razón lo habían abandonado en medio de la nada, completamente borracho. Pero su mente insistía en proyectar la imagen de aquel fantasma recostado en el asiento del vagón y leyendo un libro. Un fantasma que más le hubiera válido permanecer como tal porque a fin de cuentas, solo por esa aparición, solo porque no se trataba de una mera alucinación sino del amor más puro en carne y hueso, es que él ahora se encontraba metido en el personaje más inapropiado de toda su puta vida.

XX

La mano hurgó en el maletín con una decisión típica del borracho al que ya no le importa un pito el qué dirán, absolutamente convencido de estar haciendo lo correcto aunque el ratón moral del día siguiente le demuestre lo contrario.

—¿Te hablé alguna vez de mis clases de español?

Extrajo la carpeta del maletín.

—Los talleres literarios — asintió Rodrigo saboreando la última gota de *whisky* y rindiendo honores al deber cumplido y las penas ahogadas.

—Búrlate si quieres.

Rodrigo movió las manos en señal de que no se preocupara por lo que él pensara al respecto, en definitiva, esa era su noche y todo le estaba permitido.

—Pero de verdad es así, un taller literario. Si supieras las maravillas que salen del curso de avanzados.

Lo veo venir, fue lo que alcanzó a pensar Rodrigo mientras miraba la carpeta entre las manos del hombre.

—Estas son mis criaturas, a fin de cuentas. Eso que está allí expresado, de alguna manera, es lo que yo le he transmitido a sus autores. La palabra, el verbo, la idea. Emociones en sujeto y predicado. Es como

verme reflejado en ellos. Mi vocabulario, mis muletillas, mis americanismos, mi acento al hablar, mis conocimientos y mi ignorancia. Mis errores y mis dolores. Mis pensamientos puestos en el papel que otro escribió por medio del dominio paulatino de la lengua castellana. Jugar a ser Dios o algo así.

Y la botella vacía, se quejó el amigo viendo venir lo que temía.

—A ser, digamos, un Dios semántico que no se encarga de crear al hombre sino, más bien, de otorgarle el más divino de sus dones, después de la música, por supuesto. Recuerda, y esto no lo digo yo, lo dijo nada más y nada menos que Johann Sebastian Bach, que la música es el lenguaje que utiliza el hombre para comunicarse con Dios. No, yo apenas les otorgaba el don para comunicarse con su propia alma, con el alma del prójimo. Yo, Dios benefactor, que dominaba el lenguaje de los dioses porque había reconocido, determinado y comprendido la esencia de los cuartetos de Mozart, del arpa tuya y la voz ajada de Agustín Lara, estaba allí, entregando el fuego indestructible de la palabra. Eso sí, consciente de la inevitable independencia que conllevaba el dominio cada vez mayor que iban adquiriendo los muchachos de la lengua castellana. Pronto no serán mis ideas las que reproduzcan, ampliarán su vocabulario por su cuenta, se expresarán con otras palabras pero ¡hombre! ¿No es, acaso, ese el destino de toda criatura? ¿Del hijo que se distancia de la falda materna? ¿Y de los hombres que ya poco tenemos que ver con los antiguos dioses del Olimpo?

Te estás contradiciendo, pensó Rodrigo cuando ya, con dos tercios de una botella de whisky en el estómago, consideraba cumplido su papel de paño de lágrimas, te estás contradiciendo y estás cayendo en lugares comunes.

—¿Tú sabes lo que es un ángel exterminador? —preguntó el hombre apartándose del tema.

Aquí hubo un largo silencio. La razón podía ser el hecho de reconocer cuánto de impostura había en lo que acababa de expresar. ¿Él, el Dios de la palabra? ¿Él, que tanto había sufrido por culpa de la palabra perdida, ahora se jactaba de un dominio divino del verbo? ¿A qué jugaba? Y sin embargo, algo había de cierto en su confesión. El problema no era que adoleciera del don de la elocuencia. Sabía que podía ser elocuente en ejercicios intelectuales, desde lo cerebral. Por eso era un excelente profesor, por eso se dio cuenta de que no podía seguir con

la carrera de pianista y que navegaba mejor en las aguas de la teoría y el análisis musicológico. Sus palabras estaban conectadas a sus pensamientos pero no a sus sentimientos. Su falta de elocuencia se ponía de manifiesto cuando intentaba expresar lo que sentía. Por alguna razón mantenía bloqueada la línea que lo podía conectar a sus más profundos sentimientos. De inmediato, su mente salió del local donde se encontraba compartiendo su sinrazón con Rodrigo. Un rayo pareció enceguecerlo, ¿o era más bien el fogonazo de una pistola que se dispara? Y de pronto se instaló una densa oscuridad y la rodilla que no conseguía acomodo de tanto estar sentado inició una queja formal manifestada a través de punzadas consecutivas y de intensidad ascendente. Se levantó y trastabilló hasta que encontró un apoyo en el respaldar de la silla. No había sido buena idea. Volvió a sentarse y el silbido de la bala pareció rozarle la oreja. Hizo un gesto brusco parecido al de aquel que intenta espantar un mosquito que le zumba en la cara. Estuvo a un tris de quebrarse porque ahora eran unos ojos abiertos de terror los que aparecían en la negritud de sus párpados cerrados. Le dolió mirar nuevamente. Sintió una presión en el pecho por tener que regresar al local, al amigo, al trago y al cigarrillo. Decidido a abordar la conversación desde la franqueza suspiró y retomó el hilo.

—Me siento satisfecho.

Muéstrame de una vez los benditos trabajos y deja de hablar tanta mierda que no son horas, intentaba transmitirle Rodrigo a través de su mirada perdida.

—Aunque a veces me da miedo. Miedo porque nunca estaré absolutamente seguro del destino de mis palabras en la mente de esos extraños. Te pongo un ejemplo.

Na ja, *endlich mal Mensch*.

—Este último trabajo.

Rodrigo leyó el título como quien echa un vistazo a una sentencia conocida: “Construir una historia a partir de la siguiente situación: una estación de tren en las afueras, una mujer alejándose y un hombre llorando”, por M. Liebmann.

—No te asustes, no tienes que leerlos todos, solo este, espera, deja que lo saque de la carpeta. No es el mejor alumno. Al contrario, es un tipo bastante introvertido, participa poco, hay que sacarle las palabras con un gotero. Si le vieras la pinta. Parece un tanque de guerra. Como

los hijos de puta del movimiento antiextranjeros, pero de una timidez que da hasta ternura. Podría decirse que es desconcertante. En los trabajos anteriores nunca se había destacado. Y no es que cometiera errores gramaticales, era simplemente una falta absoluta de imaginación. Como un desgano, y de pronto, me sale con esto. Ya te he dicho que en ciertas ocasiones suelo compararme con el Moisés de Schoenberg. Pues ese muchacho parecía tener aún más dificultades para expresarse, y fue como si de un momento a otro estuviera poseído por un espíritu y era el espíritu de Aarón, el hermano de Moisés capaz de convertir un bastón en serpiente porque hasta en los tiempos bíblicos una imagen valía más que mil palabras y Moisés necesitaba del apoyo audiovisual para que su mensaje convenciera. Por eso aceptaba el ilusionismo de Aarón y sus trucos de magia y cuando Aarón los ejecutaba y el pueblo gritaba eufórico “Alabado sea el Señor”, Moisés sentía un puñal clavado en su alma de creyente porque aquellos trucos, más que sustentar las poco elocuentes palabras de Moisés, le echaban en cara su incapacidad. Esas prestidigitaciones instalaban ante él un espejo donde veía nítidamente reflejado el tormento de su ineptitud. Por eso cuando leí el trabajo del alumno Manfred pensé que finalmente había hallado a mi complemento. Que estaba ante la conformación del dúo dinámico porque este Moisés había acabado con éxito la búsqueda de su Aarón. Finalmente se presentaba la oportunidad de vencer al caos. Finalmente empezaba a entender eso que Anicio Manlio Torcuato Severino Boecio llamaba en la Edad Media, la armonía de las esferas, teoría según la cual la música era un fenómeno creado por el movimiento de los planetas, es decir, la armonía es un fenómeno natural, la armonía, ¿entiendes?, no el caos. No ese caos que, por el contrario, me mantenía atado a una esquizofrenia de las esferas, o sea, loco de bola. Te lo juro que era como si me frotaran una panela de hielo por la espalda. Todo lo que pasaba por la cabeza de ese chico y ¡eran mis palabras convertidas en un becerro dorado!

Le entregó el papel a Rodrigo y encendió el último cigarrillo de la caja.

El amigo tomó el papel sin entusiasmo. La botella estaba vacía y le costaba mantener la vista fija en las letras. Estaba molesto, se sentía utilizado, manipulado. Era demasiado tarde, apenas quedaban un par de clientes en el local y ya no se servían más tragos. Los mesoneros se

ocupaban de recoger las mesas. El hombre había desaparecido por un buen tiempo. Un tiempo en el que él llegó a necesitarlo. Un tiempo donde flaquearon todas sus convicciones. Y el hombre simplemente había desaparecido. ¿Por esto? ¿Por unos talleres literarios? Y ahora reaparece, sufrido, atormentado, deshecho y todo. ¿Por unos talleres literarios? También pensó que probablemente algo se le había escapado del relato debido a la exagerada ingesta ética y por eso, y solo por eso, decidió darle otra oportunidad. Empezó a leer.

XXI

(Ella)

Estoy segura de que Leonardo hubiera querido que estas cartas regresaran a ti. Aprendí a conocerte a través de sus ojos, de esa sonrisota que iluminaba su rostro cada vez que hablaba de ti y de esos silencios que tanta angustia me causaron porque procedían de la tristeza, de la separación. Disculpa si me tomé la libertad de leerlas. Tengo en mi defensa dos verdades inobjetables: soy madre y soy caribeña. Anhelaba poder hacer el viaje de regreso: conocer a través de tus ojos el lado oculto de mi hijo, o al menos un aspecto de su personalidad a la que, por razones obvias no tenía alcance. Tampoco soy una desquiciada sobreprotectora, ojalá lo hubiera sido. A lo mejor así aún estaría vivo. Y fíjate tú qué sorpresa me causó encontrarte en tus palabras y conocerte en sus misterios. Con todo y lo duro que pudo haber sido el enfrentar esa suerte de espejo involuntario y, por lo tanto, descarnado, de un ser que, para mí, solo poseía virtudes. Espejo manipulado, sesgado, por la dulce y certera palabra de quien pudo ser la razón para hacer que su balanza se inclinara hacia la vida sin hazañas suicidas. La vida con logros cotidianos. Por eso no te juzgo. No soy quien para construir ningún juicio en torno a tus decisiones. También intuyo su amor, aunque no puedo decir que sepa perfectamente quién era mi hijo y cuáles eran sus particularidades en

torno a relaciones y prioridades. Solo te pido que no lo olvides. Aunque la vida y esa constante persecución de ideales, que más parecía una insana obsesión, los haya separado, aunque al final la terquedad de este hijo loco me lo haya colocado en plena selva salvadoreña, aunque me lo hayan emboscado y matado como un perro, al menos ambas supimos de su capacidad afectiva. El amor que te tuvo merece de tu custodia. Por eso creo que estas cartas tuyas deben estar junto a las que él te mandó. Eso ya es algo, chiquita. ¿O no? Cuídate, bonita. Vive tu vida pero no lo olvides.

Envolvió el fajo con el papel, ató el cinto y colocó las cartas nuevamente en el acordeón. Pensó que debía seguir al día siguiente, al regresar de la reunión. Que ese encuentro consigo misma la ayudaba a sortear tanto laberinto existencial y a encontrar algo parecido al sosiego en su vida sentimental. Posó el acordeón sobre el piso, se cubrió con el edredón y apagó la luz. La habitación quedó apenas iluminada por la luz de la luna que tuvo el detalle de asomarse justo por la ventana para bañar de blanco grisáceo el rostro de la muchacha. Con un gesto ambiguo se despidió de la luna, no sabemos si maldiciéndola o deseándole larga vida, se le ocurrió también que no estaría mal aullarle antes de dormir pero las últimas palabras leídas empezaban a estragarle el alma. No era la luna, más bien tanta vivencia a tan corta edad, la culpable de esa incipiente desazón. A pesar de las circunstancias, una joven es una joven así que resultaría como mínimo un exabrupto el pretender profundidad madura en su tristeza. Por eso, una vez más, pensó en la fuerte influencia que tenía el astro que ahora la iluminaba sobre su alma. Tal vez también se le ocurrió compararse con las mareas, el árbol podado y el cabello cortado. Tal vez vinculó su feminidad con ese ciclo durante el cual queda al descubierto un mostrarse, un esconderse y un volver a empezar. Tal vez comparó su vida con esa rutina reconociendo en eso una guía, una ruta o, en el peor de los casos, un consejo. Hoy su alma se mostraba en su plenitud. Mañana habría que iniciar, una vez más, los preparativos para no dejar rastro alguno de su paso por el mundo. Después, habrá que asomarse y saludar. Por eso y gracias a estas reflexiones de última hora, acordó hacer algo por esa alma antes de cerrar los ojos. Convencida de sus acciones abrió la gaveta de su mesa de noche y sacó del fondo un pequeño bulto de papel de aluminio y un paquete de envolturas para tabaco. En una de ellas colocó la hierba liberada del

aluminio. Un amigo que había regresado recientemente de Colombia le había traído esa pequeña muestra como obsequio. Sabía que ella lo apreciaría como apreciaba todo contacto con cualquier manifestación de sus orígenes. Y la inhalación de marihuana formaba parte de esas manifestaciones esporádicas y nunca dependientes. Envolvió la hierba con una destreza arquetipal. Paseó su lengua por el cigarro recién fabricado y, una vez asegurada de la buena manufactura, se lo colocó en los labios para encenderlo con una actitud bastante cercana a una expiación. Luego de un par de aspiradas el efecto de relajación empezó a sentirse. Primero, borrando sistemáticamente todo malestar infligido en cada lectura y luego, sustituyéndolo con destinos posibles. En pleno clímax se disparó en su mente la posibilidad de un futuro rodeada de hijos y sobrinos en la tierra natal. Imaginando almuerzos familiares delante de un aparato de radio destilando salsa y guaguancó mientras los muchachos, que tendrán la edad que ella tiene ahora que la luna y cierta ayuda vegetal autóctona la han puesto a predecir futuros cálidos, elaborarán las más insólitas preguntas para la tía que llegó del frío. Se imaginó madre y sus vástagos serían la razón principal para el retorno. Su plan requeriría del hombre encargado de engendrar las criaturas y de unos quince o veinte años más para pisar tierra caleña y gritar a los cuatro vientos: *He regresado*. Y habrá enamoramiento entre primos-sobrinos y habrá escándalo familiar y también, ¿por qué no?, encuentros y desencuentros culturales. Y a lo mejor hasta lazos nupciales o algo menos convencional donde finalmente se pongan de acuerdo el Primer y el Tercer Mundo, claro que con un Primer Mundo representado por ella y el producto de su educación sobre sus hijos: contaminado, aderezado, salvado del pesimismo, del oscurantismo, del derrotismo, y también del salvajismo porque para eso existe algo llamado terquedad criolla que puede y podrá siempre contra toda intención catequizante, y más aún en estos umbrales de un nuevo siglo. Todo, lógicamente, bajo el supuesto anhelado de un cambio político radical en su país. Pero la luna y la calidad de cierta materia prima dan para esas fantasías y muchas más.

XXII

Tenía la certeza de que toda esa esperanza que él había depositado en ella no era recíproca. A pesar de lo que él significaba para ella –su primera vez– no parecía que esto fuera suficiente para iniciar una relación. Ya no era una niña. A sus veinte años era una mujer, hermosa y definitivamente sensual, que aún se resistía a dejar de ser una niña. Una mujer que se tambaleaba entre pesadas responsabilidades y una manera divertida de envolver cualquier ambiente con infantil frescura. Capaz de achacarle a la luna la responsabilidad de sus antojos y cambios de humor, y al mismo tiempo, reservada como quien está signado a resguardar un enigma del cual depende el futuro de la humanidad. Por todo eso, pensó Camilo, era imposible que ella apostara en ese momento a vivir una nueva vida con él. Aunque ella lo aceptara en su cama de manera esporádica después de su reencuentro, eso no significó el inicio de una relación.

Su propia vida parecía haber escapado de su control. Brigitte lo maltrataba y él, ya cansado de buscar alojamiento, aceptaba sus maltratos. Por otro lado, su hijo, el gordo Arteaga, se había enamorado de una vienesa de alta alcurnia y, tras pocos meses de noviazgo, había terminado casándose con ella, sacando sus cosas del pequeño apartamento que

tantas veces sirvió de guarida a Camilo y mudándose a su nuevo hogar, el cual solo podían frecuentar sus amigotes en ocasiones muuuuy especiales. Pero el peor de los imponderables de los últimos tiempos se llamó Manfred.

El día que ella lo reconoció y gritó su nombre “Daniel” con ese hilo de voz invisible que podía atarlo sin oponer resistencia, automáticamente, cayeron todas las máscaras y él sintió que no sería posible volver a ser Camilo. De ese momento en adelante solo jugaría frente a sus conocidos a que él era un tal Camilo porque no tenía la voluntad necesaria para creerse el personaje y eso significaba hacer un esfuerzo al que no estaba acostumbrada su condición física. Ese día empezó una etapa que bien podríamos denominar de desvanecimiento sin consentimiento durante la cual, como para colocar la guinda en el helado, surgió la figura de Manfred Liebmann.

Manfred apareció en la vida de Camilo en pleno proceso de desdoblamiento. Peor aún, en pleno aborto de proceso de desdoblamiento, porque lo que le estaba ocurriendo a Camilo en ese momento era algo más parecido a un cortocircuito que a una mutación. La aparición de ella había acelerado sin planificación previa el rencuentro que Camilo evitaba experimentar con Daniel. Al percatarse de la verdadera presencia física —no era una ilusión— de ella en ese escenario que siempre había considerado de su exclusivo dominio y control, ocurrió en él un conflicto imposible de ignorar, cuya solución no estaba a su alcance. Era el momento para huir pero el hilo invisible de la voz de la que había sido su niña lo ataba. Debía planificar su evasión y sin embargo no podía evitar el estado de bienestar que le ofrecía su cautiverio. Por eso, a pesar del agotamiento físico, continuó su rutina manteniendo en un aparente control las manifestaciones de sus dos personalidades. Hasta que apareció Manfred Liebmann como un reflejo distorsionado de un Camilo que se debatía sin mayores referencias filosóficas entre el ser y el no ser.

¿Cómo conoció Camilo a Manfred? En su lecho de muerte apenas pudo intuirlo como en uno de esos sueños donde uno se percata de que está en un lugar pero no puede recordar cómo llegó a ese lugar y es en ese momento en que adquiere la conciencia de encontrarse soñando. ¿Era Manfred Liebmann el producto de un sueño? ¿Qué intenciones tenía para con él ese gigantón que parecía sacado de alguna película de nazis, raza aria y exterminios? ¿Por qué cuando veía a los ojos de este

hombre pensaba Camilo/Daniel que se estaba mirando a sí mismo? No tenía nada que ver ni la personalidad ni el aspecto físico de Manfred con alguna cualidad de nuestro camaleón y, sin embargo, algo le decía que existía un vínculo muy poderoso entre ellos.

Cuando el primer relámpago alumbró la cara sudada de Daniel, en medio de la selva otra luz se encendió en su memoria y súbitamente se encontró entre los libros que su tío le obsequiaba de joven. Y allí estaba, extasiado, ante las páginas de una novela intrigante cuyo autor ya lo había paseado por el mundo de las aventuras piratas pero ahora la aventura se desarrollaba en el interior del alma humana. *Ese soy yo*, gritó pensando que finalmente había dado con su yo auténtico. *Toda la vida fui ese hombre sin llegar a los extremos de su álter ego*. Sus mutaciones no tenían otro fin más que darle cabida y libertad a los diversos rostros de su personalidad. No necesitaba ser ni extremadamente correcto como el Dr. Jekyll, ni extremadamente cruel como Mr. Hyde, porque también hay sutilezas intermedias que suavizan los rasgos al límite. De igual modo, él era ese monstruo. Tenía que admitirlo, nunca copió a nadie más que a sus propios anhelos proyectados en personajes ficticios y reales. El ejercicio de anular a su mejor amigo para convertirse en él había sido un completo fracaso porque apenas llegó a ser el reflejo de sus aspiraciones particulares en los rasgos del amigo. Una caricatura, una interpretación, una vulgar imitación. Como cuando se imaginó como un niño durante el terremoto del sesenta y siete porque quería verse desvalido, vulnerable, temeroso, pero también abrigado y protegido por las tetas maravillosas de su vecina fellinesca. Por eso, ese gigante agresivo y xenófobo que lo perseguía para succionar su esencia –lo había descubierto, conocía sus intenciones– había sido un enigma sin descifrar, hasta el momento en que cayó el primer rayo en la selva amazónica y una luz se encendió en su memoria y pudo entender que, en ese período de crisis, cuando se debatía por escoger entre alguna de sus dos mentiras, su psique lo había obligado a dirigir su atención hacia Manfred en quien proyectaba lo más oscuro de sus instintos. Por eso poco importaba dónde se habían conocido, aunque a veces venían como fognazos imágenes de su salón de clases de español en la universidad, o de un bar en Hietzing al que entró por equivocación y del cual salió vivo –gracias a su perfecto dominio del idioma– y enrolado en

la necesaria campaña de limpieza étnica que tanta falta le hacía al país para volver al orden perdido en la guerra.

Por eso vivió, como una larga alucinación, sus aventuras de violencia extrema suministrada, principalmente a yugoslavos, turcos, egipcios y gitanos por el simple delito de ser extranjeros. Los ubicaban en la soledad del último tranvía, o en la oscuridad de los callejones y allí acababan con su integridad ayudados de manoplas con clavos, bastones como los usados por grupo antimotines, botas con puntas de metal, látigos y otros adminículos de fácil adquisición en las tiendas del ramo. Con todo ese arsenal, desprendían retinas, destrozaban dentaduras, fracturaban costillas, laceraban pieles, provocaban hemorragias y dejaban a las víctimas con el suficiente grado de conciencia para sufrir el dolor intenso de todas sus heridas. A algunos los rociaban parcialmente de gasolina (en las piernas y los testículos) y les prendían fuego hasta deformar sus miembros. Así evitaban que se reprodujeran y siguieran trayendo al mundo más bastardos con los que pudieran invadir su amada patria.

Después de cada matanza, el monstruo volvía con sus nuevos amigos al bar. Ahí se lavaba la sangre de las víctimas, se cambiaba su vestimenta y, a veces, salía de allí a purificar su alma en la casa de la que había sido su niña. Esas noches ella lo acogía en su lecho con más agradecimiento que cariño. Cuando hacían el amor él se esforzaba en recuperar aquella sensación irrepetible del balcón barcelonés. Después ella se dormía acurrucada en él —como una niña— y él empezaba un llanto silencioso, invisible que solo acababa cuando ella despertaba en la mañana.

Un día, ella le permitió quedarse en casa mientras salía a realizar sus misteriosas obligaciones. Pasó toda la jornada en la soledad de la cabaña, durmiendo el insomnio de la noche anterior. El ruido de la puerta lo despertó y ya era muy tarde para huir cuando la vio entrar a la casa con un grupo de amigos. Allí había chilenos, bolivianos, colombianos y austriacos. Muchos de ellos lo conocían como Camilo. No podía permitir que lo vieran y lo delataran. Por eso cuando ella entró a la habitación y le pidió que se sumara al grupo, él se disculpó aludiendo una indisposición. Había podido identificar por la puerta entreabierta, a una de sus víctimas. Un pintor colombiano, que solo conocía de oídas, al que apenas pudieron volarle los dientes delanteros porque en

el momento de la paliza apareció una patrulla. Sintió terror y algo muy cercano al arrepentimiento. Debía huir de allí. No soportaba estar un minuto más en esa casa. La que había sido su niña sacó una cámara fotográfica y empezó a tomar fotos de los amigos. En un instante colocó la cámara con el disparador automático y se ordenaron todos para una foto en grupo dándole la espalda a la puerta de la habitación. Esa era la oportunidad que estaba esperando. Mientras permanecían como paralizados aguardando a que se activara el obturador, salió, con un sigilo que nunca adivinó poseer, aprovechando la penumbra que se producía en ese lado de la casa. Pasó por la puerta que daba a un recinto al cual nunca tuvo acceso y por el que nunca demostró mayor interés, sin embargo, y previendo que alguien pudiera voltear en ese momento, tanteó la cerradura, dándole la espalda. Estaba cerrada con llave. Llegó a escuchar el ruido de la cámara y recibió aterrado el fegonazo del *flash*, pero nunca pensó que el retrato captaría su silueta de fugitivo. Con el bullicio armado tras la toma de la fotografía pudo alcanzar la puerta de salida justo a tiempo para escapar sin que nadie lo notara. Ya en la calle corrió sin detenerse hasta llegar a la estación. Por suerte, faltaba apenas un minuto para que arribara el siguiente tren a Viena. Al abordarlo ya había tomado varias decisiones.

No volvería a la universidad. No regresaría al bar de Hietzing. Y, la más dolorosa, no volvería a ver a la que había sido su niña nunca más. Tal vez, y solo tal vez, así desaparecería el monstruo que invadía su alma bajo el nombre de Manfred Liebmann. Tal vez, y solo tal vez, habría alguna esperanza de redención, renunciando a todo lo que había sido su vida hasta ese instante. La idea de regresar a Caracas pasó por su mente atormentada, por primera vez en más de quince años.

Le cedió el curso de español al más ordenado de los chicos del Círculo de Viena, quien por su lado se sentía defraudado como concertista y ese año había cambiado de carrera decidiéndose por la musicología. Algo vio en él que resonaba en su conciencia. Un eco lejano de sus primeras máscaras, un murmullo superficial del ejercicio intelectual convertido en corteza, un espejo incipiente de su natural virtud. Era esa, probablemente, la razón por la cual nunca habían terminado de asentarse los afectos entre ellos, aunque siempre estuvieran dispuestos a acabar con unos cuantos garrafrones de vino, pero, en este caso, no tuvo la menor duda en considerar al musicólogo como

el mejor candidato al puesto que dejaba vacante. Para ceder el cargo alegó una excusa bastante creíble. Estaba cansado de tanta formalidad. Ahora que vivía con la Brigitte solo en calidad de inquilino, no veía razón alguna para no volver a sus viejos hábitos de trabajador nocturno. Nadie lo obligaba a mantener el único empleo consecuente que había tenido en toda su vida. Con lo ganado como mesero en los cuatro locales andinos que ya existían en la ciudad tenía suficiente para pagarle la renta a Brigitte y vivir de los amigos. Estaba recuperando al menos una de sus vidas. El monstruo parecía haberse apaciguado.

Luego vino la despedida del gordo Arteaga quien finalmente había logrado diplomarse y regresaba a Caracas con todo y su baronesa austriaca. Ella no se mostraba tan entusiasmada, sobre todo a raíz de los disturbios ocurridos por esos días en lo que para sus ojos europeos resultaba ser una indómita ciudad. Esa noche se bebió como nunca aunque el más afectado fue, sin lugar a dudas, el futuro musicólogo a quien hubo que socorrer y, casi moribundo, enviarlo a su casa en un taxi.

El círculo se desintegraba. Los que quedaban estaban tan atareados con sus cosas que rara vez se encontraban para compartir su tiempo.

A finales de ese año y luego de largas protestas, cayó el muro de Berlín. En Austria, Franz Vranitzky dirigía el país acompañado de un equipo económico integrado por jóvenes gerentes que empezaban a hablar de privatización con una simpatía sospechosa. A pesar de los corbatines de colores chillones y los anteojos que combinaban en su extravagancia, se perfilaba en ellos un pensamiento retrógrado en comparación con las innovaciones del viejo Kreisky. Rodrigo estaba deprimido, decepcionado. Aunque al pasar el tiempo este hecho hizo que virara definitivamente su mirada en dirección a la patria. *Este continente se agotó. Ha llegado la hora de volver a nuestras raíces. Allá está la esperanza.* Y la carcajada de Camilo, convertido en su único interlocutor en ese momento, resonó hasta el escándalo. Rodrigo se preguntó entonces, ¿qué sería de la vida del musicólogo en esos días? Algo o alguien lo mantenía alejado de sus amigos. *Porque contigo, caliche, no se puede hablar nada en serio.*

Una madrugada, mientras regresaba a su cuarto alquilado después del trabajo, Camilo/Daniel se encontró con la que había sido su

niña saliendo de un local de jazz. Con su hilo de voz invisible lo ató una vez más, pero con intenciones distintas a la de aquella primera vez en Barcelona. *Hijo de puta, mi amigo, el pintor, te reconoció en la foto.* Daniel intentó construir una sonrisa que quedó congelada en un rictus patético. *Eres un monstruo. ¿Cómo me dejé engañar por ti? ¿Qué clase de fenómeno eres?* Estaba bloqueado, paralizado. Por primera vez en su vida no sabía qué hacer. *¿De qué coño me estás hablando mi amor?,* balbuceó tratando de buscar algo de valor para enfrentarla. *No vales la pena. Entrégate, confiesa, ve con la policía, tal vez así logre si no perdonarte, al menos tenerte menos asco,* y el hilo se hundía en su piel marcándolo como un nylon de pescar. *Mi niña, yo...*, y el hilo atravesó su cuello. *El pobre tuvo que regresar a Colombia, vivía aterrado, entonces se me ocurrió enviarle por correo la foto del grupo y allí te distinguí, entre las sombras. Yo ni me había dado cuenta, hijo de puta. Así que estabas indispuerto, farsante, asesino.* Suplicó que le diera la oportunidad de explicarse aunque no sabía qué iba a explicar exactamente. *Vamos a tu casa, mi niña, allí te lo aclaro todo,* pero ni la súplica ni las lágrimas ni el temblor que empezó a experimentar como si estuviera a punto de sufrir un desmoronamiento, lograron ablandarla. *Entrégate. O lo hago yo. No me volverás a ver más nunca pero al menos morirás con la conciencia limpia. Me voy de este país. Me voy a Suíza,* y fue como un signo del afecto que aún podría tenerle al confesar sus planes sin preocuparle lo que él pudiera hacer con esa información. *Mis padres, ellos tienen una propuesta que...*, entonces calló. Lo miró fijamente por un instante. Algo recordó él de la mirada de una niña en las ramblas de Barcelona. Quiso acariciar su mejilla y ella reaccionó con una bofetada. *Entrégate. O lo hago yo,* y dio media vuelta a tiempo para detener un taxi que aparecía por la esquina.

Entonces se hizo el silencio.

Abrió los ojos tanto como se lo permitió la fiebre. Vio la maleza moverse con el viento. Vio el relámpago y la lluvia mojando su rostro, pero no escuchó nada. Solo el vacío. *Esto es la muerte,* pensó y reconoció al sentido del oído como el único que podía corroborar la existencia. Podía ver, con gran esfuerzo, el universo que lo rodeaba. Podía palparlo moviendo sus dedos y escarbando la tierra que sostenía su cuerpo inútil. Podía oler la mezcla de vegetal y tierra mojada, hasta las gotas que caían del cielo y que era capaz de sorber y, mientras lo hacía, podía reconocer en su paso por la boca y la garganta ese falso concepto de

insípido que acompañaba la descripción escolar del agua. Pero no escuchaba. No era capaz de percibir los sonidos que acompañaban toda esa milagrosa serie de acontecimientos naturales que lo envolvían y eso era como ser testigo del fenómeno desde otra dimensión. Eso debía ser la muerte. Concluyó que algo tendría que ver el veneno con toda esa atrofia auditiva que lo colocaba en una antesala incómoda porque era como estar muerto sin haber fallecido, como estar obligado a probar una muestra gratis de lo que le esperaba. La sordera era general porque ni siquiera su voz interior podía ser captada. Por eso, a partir de ese momento sus recuerdos desfilaron por su mente como una vieja película silente. Incluso en un ritmo acelerado tal como pueden apreciarse esas primeras películas si son proyectadas —y así nos han acostumbrado a verlas— a una velocidad mayor a la que realmente les corresponde. Una velocidad que las descoloca de su realidad y objetivo final, convirtiendo cualquier argumento, sea de comedia o de tragedia, en una farsa barata.

De manera vertiginosa apareció Manfred Liebmann que en algún momento era Daniel Moreno, pero también era un tímido alumno de su curso de español que observaba y estudiaba al profesor y un día le habló en perfecto antioqueño y él no supo cuándo aprendió a hablar así y se lo preguntó y el muchacho no pudo responder porque lo único que había hecho era repetir como un loro unas frases que le eran incomprendibles y luego lanzó una carcajada explosiva y volvió a encerrarse en su introspección y nada de esto lo escuchó sino que se lo imaginó tratando de leer los labios porque la nada estaba en su alma y ni sus propios pensamientos resonaban en su interior. También vio como si estuviera corriendo con una grabadora de video que capta todo y no puede controlar el pulso y las tomas son del suelo al cielo, de izquierda a derecha, mareantes como en una montaña rusa, y vio la casa de la que había sido su niña, y había un arma en el suelo y alrededor de la casa ese viento seco e irritante que lo envolvía como un fantasma pues, a pesar de la sordera, aún podía recordar el efecto del viento en su piel, cabeza y corazón porque era con esa envoltura, con esa sorpresa cálida e insoportable que profanaba ciertos días de invierno, con la que mejor pateaba y golpeaba y escupía las caras de sus víctimas, y cuando la cámara bajó a sus pies se descubrió calzando las botas de puntas de acero y cuando volvió a subir la imagen que captó fue la del bar de Hietzing y había sangre y

había vómitos y había hasta una redada y entonces se percató que estaba en una celda y luego en una sala de interrogatorio y trató de explicar que él trabajaba para la policía secreta, que sus documentos estaban en una habitación que le alquilaba a una socióloga nada sociable –y para entender eso empezaron a aparecer en sus recuerdos los cartelitos de diálogo de las películas mudas– y trató de reír con carcajadas explosivas pero lo que explotó fue un puñetazo en el estómago, y de pronto se encontró en una patrulla y casi al instante estaba en su cuarto sacando del agujero tapado por un falso interruptor eléctrico el pasaporte y una carta del Ministerio del Interior manchada de vino y volvió a la celda y vinieron los amigos y les contó con cartelitos que lo querían deportar porque su visa tenía más de cinco años vencida, y le llevaron ropa limpia y de pronto lo aislaron porque en el ministerio nadie sabía nada de Daniel Moreno, alias Camilo Jaramillo, alias Manfred Liebmann y en cambio sí había un registro de huellas digitales tomadas en la sede de la OPEP durante la investigación del caso de la toma de rehenes de 1975 y sin embargo apareció un chivo, un comandante o algo así, y explicó con cartelitos que sí, que trabajó para ellos pero que ya no les servía porque este sujeto ya era *vox populi*, pero de alguna manera no podemos actuar como unos malagradecidos así que vístanlo y depórtenlo y olvidense de haberlo visto o tratado alguna vez, y entonces apareció en un avión y luego en Maiquetía e inmediatamente después en casa de sus tíos que lloraron y perdonaron, y entonces se vio con tres botellas de ron en el estómago peleando con dos guías de la compañía turística y los cartelitos decían quién les manda a dejar a la gringuita a mi cargo, así tan blanquita y grandota y virgencita todavía a sus trece y sola conmigo y sí, me la cogí pero ella también lo gozó aunque ahora esté llorando la muy putica y él leyó los cartelitos como si viera la película por primera vez y trató de hacer una mueca como diciendo apaguen ese proyector, no quiero saber más nada pero la película seguía con un tipo que explicaba con mímica que nada de eso había pasado, que simplemente se había alejado del grupo y se había perdido de lo borracho que estaba, que seguramente ya lo debían estar buscando y de pronto ya no dijo más nada porque su cara se había transformado en *El grito* de Munch, y era él ese grito porque algo punzante y quemante había atravesado su pierna y apenas pudo ver la hierba estremeciéndose como cuando un animal pasa corriendo a través de ella y vivió en las siguientes horas la vida de

tantos personajes como novelas había leído y probablemente también vivió su propia vida pero no supo reconocerla y de allí en adelante solo el silencio absoluto de una selva sin alma. Y la muerte.

Lo extraño fue que cuando empezaron a cubrir su cuerpo las primeras hormigas y estaba a punto de exhalar el último suspiro, más que dolor le causó gracia. Y no porque al final de su vida su cuerpo no fuera ni siquiera el suyo sino uno prestado de alguna novela de García Márquez. Tampoco porque el veneno que cada hormiga inyectaba a su cuerpo en lugar de arder le hiciera unas cosquillas agradables. La razón de su súbito cambio de humor se debió a lo que tal vez se debería llamar el último instante de lucidez, la última oportunidad para encontrarse consigo mismo antes de pasar a ser espíritu y allí entendió toda esa gran farsa en la que se había enredado cuando decidió ser aquel otro.

Nunca se imaginó que ese ser tenía tantas cosas en común con él. Lo recordó, entrando por error en el local donde solía reunirse con sus “colegas” para organizar las golpizas profilácticas por el bien de la nación. Pensó en la cómoda situación de la víctima entregada al victimario a domicilio, pero al ver la disposición a morir del individuo decayó todo el entusiasmo inicial para molerlo a palos. El tipo no había entrado allí por error, simplemente era un suicida. Divertido, por cierto, pero no lo suficiente como para brindarle un servicio gratuito de envío al infierno. Además. Dominaba el alemán y parecía uno de ellos aunque tuviera el cabello tan negro y enredado como el de aquellos turcos que tanto odiaban. Se preguntó qué clase de engendro era ese, incapaz de inspirar ni una pizca de deseo xenófobo. Quiso estudiarlo, saber más de él, conocer su entorno, su pasado y su presente. Su naturaleza había alcanzado tal nivel de desarrollo que le permitía llegar a los extremos de transferencia de personalidad con el solo hecho de compartir un par de horas con el desconocido.

Lo exprimió como una naranja. Le robó hasta el más oculto de sus recuerdos. Se adaptó a su forma, su voz, su percepción. Acelerando ese proceso de desvanecimiento sin consentimiento que le había reconocido apenas entró al local. Lo anuló, lo convirtió en un fragmento de él. Como si en el intercambio de personalidades únicamente le hubiera cedido al forastero su lado más débil: su cobardía.

Ahora que las hormigas entraban por su boca incapaz de cerrar, Manfred Liebmann, confundiendo recuerdos, pensó que el Tercer

Mundo tenía maneras muy curiosas y exóticas de vengarse. Su último pensamiento lo dedicó a la imagen de Daniel Moreno, convertido en nadie, aislado en su mundo interior como una puerta cerrada y condenada. En un salón de clases de español, soñando las vilezas cometidas por otro.

XXIII

Cuando el hombre dejó de llorar, lo más probable es que la mujer hubiera llegado a su casa. Es probable que, mientras lloraba, pensara en resignarse, en el asunto de las uvas verdes o en lo ridículo que podía llegar a ser un hombre llorando en un lugar tan trivial. Pero bien hubiera podido ocurrir que la rabia haya triunfado sobre la razón y que el hombre haya decidido afrontar los hechos hasta sus últimas consecuencias levantándose y dirigiéndose a un bar o a la casa de la mujer, por ejemplo. Probablemente cuando se alejó de la última casa del pueblo, adentrándose en el bosque o encumbrando la colina o bordeando el arroyo, siempre luchando contra la resistencia del viento cálido que aceleraba su indignación, ya la rabia dominara todo su cuerpo. Por eso, quizás, no vaciló al encontrarse frente a la puerta y al golpearla con la fuerza de la determinación (imagino que en circunstancias anteriores pudo haberse visto en la misma situación sin atreverse a dar el paso adelante). Ella, asombrada, pudo haber abierto la puerta y una mezcla de sentimientos contradictorios pudo haberse concentrado en la boca del estómago del hombre que, en ese momento, vaciló ante la posibilidad de arrepentirse, disculparse, arrastrarse por el piso o dejarse llevar por la rabia. Tal vez se conocían, habían sido amantes, ella lo había abandonado, pero también podía tratarse de un par de desconocidos, un juego del destino, una broma del azar, un primer encuentro, una acción urgente y desesperada,

porque ella intentó cerrar la puerta y él se lo impidió con una violencia que le era extraña. Entonces, lo más probable es que ella gritara pero no había nadie para socorrerla en aquel paraje solitario, bosque, cumbre u orilla. Tan solo el viento seco y una sombra megalítica. ¿Una fábrica abandonada? ¿Una ilusión de la noche? ¿Un castillo? Seguramente él trató de besarla, acariciar su piel tiernamente, pero también pudo ocurrir que la tumbara al suelo de una contundente bofetada, que ella se hubiera levantado sintiendo, como nunca, la inminencia de la muerte, que corriera, bañada en lágrimas, hasta una de las habitaciones de la casa con tiempo para cerrarle la puerta en las narices, que implorara para que la dejara en paz. Entonces, sintiéndose un pobre infeliz ante aquella puerta cerrada, probablemente él haya dado media vuelta y desapareciera para siempre. Pero también cabe la posibilidad de que aquella puerta cerrada fuera el origen de tanta rabia, el detonante de lo inevitable, de tal manera que no resulta inverosímil pensar que en aquel momento se haya deshecho de toda la dosis de razón que aún permanecía en su espíritu y se subordinara a la obsesión frente a la idea de tumbar esa puerta a como diera lugar. Cabe la posibilidad de que nunca antes hubiera pensado en lo difícil que puede ser el tratar de tumbar una puerta cerrada de un empujón y que la rabia no le haya permitido sentir el dolor intenso en el brazo cuando la habitación quedó abierta ante él. Probablemente se tratara de una habitación común y corriente, aunque puede haber sucedido que el hombre encontrara una especie de depósito detrás de esa puerta que se entreabría aparatosamente. Un depósito que podría reunir una serie de objetos que denunciaban por sí mismos algún secreto resguardado allí. Unas resmas de papel, un billete de tren a Zürich (o a la Cochinchina), un arsenal, un multígrafo, granadas de mano, un altar para Yemayá, un formulario suizo de solicitud de matrimonio, unos periódicos viejos, fusiles, tres pasaportes, algunas ametralladoras y morteros, un formulario suizo (o sueco) de solicitud de nacionalidad, municiones, una foto mostrando una anciana y una hermosa niña frente a un enorme aparato de radio, papeles, un acordeón archivador, documentos sellados por el Ministerio del Interior, credenciales de Amnistía Internacional y del Partido Socialista Austriaco, un telegrama en alemán *Kommt sofort. Wir haben Alles vorbereitet* y una pistola, posiblemente cargada, que ella habrá tomado y disparado. La bala pudo haberle partido el cráneo al hombre, aunque, también es probable que ella no haya podido apuntar, que disparara a lo loco, que la bala le rozara la pierna, que, a lo máximo, le reventara un tendón y que él haya tenido tiempo de lanzarse sobre ella para quitarle el arma antes de tener conciencia de lo que le ocurría a su pierna. Posiblemente, estando aún

encima de ella, se diera cuenta de lo lejos que había llegado o a lo mejor alcanzó a fijarse en el objeto que se desprendía del cuerpo de la mujer, una bufanda, un pañuelo amarillo, un cintillo y entonces entendió que no había marcha atrás. Cuando ella dejó de gritar y él dejó de apretar su cuello con la bufanda (o el pañuelo) probablemente sintió, brevemente, una calma sobrenatural, hasta que reconoció su pierna bañada en sangre. Es posible que ella estuviera desmayada, pero también cabía la posibilidad de que estuviera muerta. En el depósito pudo haber encontrado un equipo completo de primeros auxilios con el que logró improvisar una entabladura para su pierna, al menos para que dejara de sangrar y le permitiera ponerse de pie y caminar. Entonces habrá tratado de eliminar las huellas borrándolas con el pañuelo (o la bufanda) para luego guardar la prenda en el bolsillo de su abrigo con la intención de quemarla, o conservarla de recuerdo o presentarla en la policía y entregarse. Probablemente habrá salido de la casa con una reconfortante sensación de liberación, aunque, a lo mejor nunca llegó a sentir tal liberación sino, por el contrario, un triste remordimiento y un dolor punzante. Tal vez llegó a la estación y se puso a llorar y tal vez nunca salió de la estación, aún se encontraba allí, llorando, mientras ella se alejaba en dirección a su casa.

Rodrigo concluyó la lectura y el alcohol no permitió que le llegara el mensaje (si es que había alguno). Por el contrario, no supo dónde estaba la razón de tanta insistencia, ni de la impresión que dejó en el hombre aquel relato. *Bueno, sí, hay que admitir que semejante encuentro entre maniático sexual y terrorista sorprendida tenía algo de original, pero el tipo le metió mucho Mike Hammer al asunto además de ser demasiado reiterativo. Claro, entiendo que por ahora su vocabulario es limitado y reconozco el mérito pero, ¡hombre! ¿No hubieras podido esperar hasta mañana para mostrármelo? Digo, para no obligarme a leerlo ahora, con esta rasca encima y la botella del caminante completamente vacía.* El esfuerzo lo había agotado. De pronto, recordó la pregunta del hombre: *¿Tú sabes lo que es un ángel exterminador? Y explotó la carcajada. Vaya pea, caballero, empezaste abstracto con el asunto de los patos (y a ver si le armas un lío a tu subconsciente que, al fin y al cabo, es el culpable de esa vaina) y ahora me sales con angelitos. El mundo está cambiando, se nos fue para el carajo el equilibrio global, parece que vamos a tener capitalismo para rato, apenas faltan diez años para estrenar un milenio nuevecito, la patria nos llama y tú estas llorando por una carajita. No sé tú, pero yo creo que llegó la hora de levantarnos*

de aquí, dirigir nuestros pasos a nuestras respectivas casitas y a dormir. Ah, y no se preocupe, hermano, que mujer es lo que sobra en este mundo (nada como un consejo de amigo).

Sentencias y acciones con las que quedaba demostrado el refrán popular que reza, palabras más, palabras menos, que borracho no es gente. Aún más dolorosa para el hombre podía ser la certeza de encontrarse una vez más interpretando el papel de Moisés, impotente en la palabra, necesitado de la boca de Aarón que había hablado a través de aquel ejercicio literario. Moisés que tras haber llevado la palabra de Dios al pueblo elegido —y la palabra era su historia mientras que el pueblo judío era su interlocutor, Rodrigo, el amigo, el hermano del alma, el panita incondicional— no alcanzó a estremecer su alma. Moisés, poseedor de la verdad absoluta, castigado a la incapacidad de pronunciarla, de comunicarla, de multiplicarla. Porque su verdad era inimaginable e impronunciable como el Dios de los judíos y naturaleza tan etérea difícilmente logra adoradores entre aquellos que han sido acostumbrados a las imágenes. *Traicionaste el pensamiento a favor de la imagen, lo extraordinario a favor de lo corriente.* Pensó citando a Moisés. Pero esta vez Aarón había exagerado en los efectos y, por lo visto, al becerro dorado que hoy permitía Moisés que fuera mostrado a su amigo, se le veían las costuras, porque también ha debido tomar en cuenta que corren otros tiempos distintos a los bíblicos y se han perpetrado tantas guerras, se ha vertido tanta sangre, se ha castigado a tanto inocente en nombre de la fe, para sustentar la siempre insuficiente palabra, que es mucha la incredulidad y muy poca la fe misma y si a eso le sumamos el derrumbe de otras creencias, como las que Rodrigo sentía desplomadas, en cada adoquín abandonado en medio de las calles berlinesas o rapiñado por mercaderes inescrupulosos capaces de convertir en *souvenir* cualquier ideal, tal vez la primera impresión, aquella de justificar su indolencia por exceso de alcohol, ahora nos parezca injusta y precipitada. De modo que solo restaba suspirar y repetir para sí: *Oh, palabra, tú, palabra, que me faltas*, cerrar el telón, recoger la escenografía, agradecer a los músicos y al empresario por la paciencia y el compromiso asumido para la concreción de proyecto tan ambicioso, apagar las luces, cerrar el teatro y olvidarse de las críticas siempre despiadadas, caminar mirando al cielo para ubicar el rincón desde el cual Arnold Schoenberg saluda y celebra la iniciativa trazando en la Vía Láctea una nueva serie que

representará el destino de un nuevo mortal, abrir la puerta, descalzarse, soltar el abrigo y tirarse a la cama para cerrar los ojos y aspirar a ser sorprendido por la muerte antes de despertar a la mañana siguiente. Pagaron, se colocaron los abrigos que a esas alturas destilaban nicotina por todas sus costuras de igual manera como él había hecho con todos sus pecados y se despidieron en la puerta del local. A Rodrigo le extrañó la cojera del hombre y pensó en las consecuencias del alcohol. También pensó que, con ese modo de caminar, bien podía ser Moisés regresando de su conversación privada con Dios trayendo a cuestas las tablas de la Ley, de manera que sí había captado una que otra idea exhibida a lo largo de aquella noche. *En el mar no hay patos* –recordó–, *esa caraja sí tiene bolas*. Aguantó la risa viendo al hombre alejándose. *Definitivamente estaba cojeando un poco*. Admitió preocupado preguntándose: *¿qué tendrá que ver Yemayá con un billete de tren a Zürich?* Y si a esa hora no estaba como para responderse esa pregunta, menos iba a estar para explicarse qué carajo hacía ese pañuelo amarillo sobresaliendo del abrigo del hombre.

XXIV

(Ella)

Cerró los ojos dedicando un último y despreocupado pensamiento al fajo de cartas que seguiría leyendo al día siguiente. Desconocía, o al menos le restaba importancia, la existencia de otros fenómenos naturales, atmosféricos o celestiales que pudieran influir en la conducta humana. Ignoraba también el pronóstico del tiempo para el día siguiente pues su actividad epistolar la había absorbido de tal manera que olvidó sintonizar el noticiero, una de sus pocas costumbres, y por lo tanto se perdió el informe del clima y la advertencia del locutor al anunciar *Föhn* para las próximas veinticuatro horas.

Mientras ella duerme en medio de un delirio de arraigos, permítanos el lector, que pacientemente ha llegado a estas alturas del relato, hacer un desvío de tipo científico a fin de aclarar un aspecto que, como habrá podido observarse, terminó siendo trascendente en la precipitación de los acontecimientos a pesar de haberse asomado casi como quien no quiere la cosa en los capítulos que precedieron al actual, y que probablemente fue pasado por alto hasta por el lector más acucioso, y con toda razón, porque si a ver vamos, a quién le importa que a

un hombre a punto de desplomarse en una estación de tren le caiga repentinamente un soplo de viento cálido y seco en la cara justo antes de explotar en llanto. Mucho menos importante pareciera la presencia de este mismo viento en los recuerdos sanguinarios de un moribundo en la selva amazónica. Por eso, y como un aporte didáctico ya que no todo puede ser literatura en esta vida, permítanme dar la explicación del asunto.

El *Föhn* se produce cuando una columna de aire templado y húmedo originada en el norte choca contra la cordillera alpina y es obligado a reptar por ella hasta la cumbre, lo que produce una súbita condensación del vapor de agua que, transformado en nube se precipita en forma de lluvia por ese lado de la cordillera mientras el viento pasa al lado sur liberado de todas sus humedades, y al descender de la montaña aumenta su temperatura creando una ráfaga de aire parecida a la que generaría un gigantesco secador de pelo. Lo curioso del asunto es que estos vientos son capaces de causar trastornos en los seres humanos, hasta tal punto que se le suelen llamar vientos de las brujas o vientos locos, ya que, entre sus efectos destacan el crecimiento de suicidios, violaciones y otros tipos de agresiones.

Ciertamente que el *Föhn* no es un fenómeno exclusivo de la zona alpina. El hecho de que ella ignorara la verdadera dimensión de su poder devastador no significaba que no hubiera escuchado hablar de estos vientos. Entre su lectura ecléctica estaba la Biblia y siempre le había parecido curioso el hecho de que no existiera en ella ningún relato digno de mencionar relacionado con la luna mientras que el viento era un personaje más en casi todas sus páginas. Mucho le llamó la atención el efecto que producía el Hamsin en el sabio Rey Salomón quien cometía extraordinarias aberraciones cuando se encontraba bajo su influjo, aunque lo tomó como una metáfora, era la presencia del mal en ráfagas de aire caliente. No sabía que en la antigüedad realmente se admitía como circunstancia atenuante para criminales y agresores el hecho de que soplara el Hamsin en el momento del crimen. Menos sabía que en Suiza, donde la esperaba un futuro que nunca se concretaría, también se incluía el efecto *Föhn* en la legislación penal. De su actual pretendiente había escuchado alguna vez el fenómeno de las calderetas en Puerto Cabello, esas columnas de aire que bajaban de la cordillera de la costa y que parecían ser las causantes de una euforia

generalizada que súbitamente se transformaba en depresión, insomnio colectivo para dar paso a actitudes violentas y la aparición o agravamiento de casos de locura.

Chinook, Zonda, Puelche, Liuka, Austru, Halny waili, Metelmia Etesiae, Sharav, Santa Ana, Bitter Winds, Simún, y los más nombrados, Mistral y Siroco, son algunos de esos vientos que justifican la maldad humana en todo el orbe, y con esto no queremos afirmar que el balance entre el bien y el mal en el mundo depende de buenos y malos aires aunque los estudios científicos hayan podido relacionar tanta carga iónica positiva con el incremento de ciertos esteroides y las altas estadísticas de suicidios y crímenes en los poblados expuestos a las corrientes. Sería entonces tan sencillo erradicar la maldad. Por ejemplo con pastillas, jarabes o supositorios que eviten, los días de *Föhn*, que aumenten dichos cetosteroides. Lamentablemente, no hay medicamento posible contra la maldad del poder y el libre mercado, los verdaderos generadores de esos otros, los aires de guerra, los vientos de la desigualdad.

Triste idea, ahora que volvemos al relato, esta de un fenómeno meteorológico que ni siquiera tiene un rasgo visible, como un dios o un demonio –al fin y al cabo, ¿cuál es la diferencia?– desatando una cadena de posibles acciones que culminarían con el fin de los sueños de una mujer joven que ahora duerme plácida después de un encuentro consigo misma. Y más paradójico aún, en las cercanías de una ciudad cuyo nombre, en tiempos del Imperio romano, exaltaba, no sin cierta jactancia, la calidad de sus vientos: Vindobona. Definitivamente, no podía adivinar, que al día siguiente, justo después de llegar del trabajo y antes de buscar el acordeón, alguien tocaría la puerta y, bajo el silencio desconcertante de la luna, la vida se le pondría color de hormiga.

Epílogo

Rodrigo Manaure ubicó en la boca del estómago la desagradable sensación que le invadía. Todavía no sabía exactamente en qué términos debía escribirle ese *e-mail* al gordo Arteaga. Tampoco sabía si era lo correcto. ¿Por qué involucrar al gordo Arteaga? ¿No era más conveniente matar la culebra por la cabeza y llamar al hombre a aquel número de teléfono que aún conservaba de la última vez que se vieron hacía unos cinco años, cuando, sorpresivamente, el hombre regresó al país a pasar unas vacaciones después de dieciocho años de ausencia? No estaba seguro de que aún viviera en Alemania, que siguiera trabajando como redactor de los textos que aparecían en el cuadernillo de los discos de la Deutsche Grammophon ni que fuera capaz de ubicarlo en ese número escrito en una servilleta aquella vez que se encontraron en la tasca favorita de Manaure, a escasos metros de la plaza La Candelaria. La mirada se mantenía errante, entre la pantalla de la computadora y la revista abierta en aquel artículo perturbador. Mientras tanto su mente hacía esfuerzos enormes para recordar en detalle esa conversación, a la que había dado tan poca importancia, ocurrida quince años atrás. Recordaba, porque de alguna manera habían resultado premonitorias las impresiones en torno a Chernobil y la Perestroika. No podía olvidar

que apenas un par de meses antes de aquel encuentro había caído literalmente el muro de Berlín. Sin embargo, no era esa la parte de la conversación que le interesaba reconstruir. El distanciamiento que el hombre había procurado mantener de toda actividad política desde los tiempos del liceo había, tal vez, debilitado sus argumentos aquella noche. Manaure, al menos, los había desestimado, al igual que el resto de la conversación, la cual no era para él más que el desahogo de un amigo que sufría de mal de amores. Además, Rodrigo Manaure sí se había dedicado a la política con tanto entusiasmo para lo teórico como experiencia en el campo práctico. Había culminado con honores sus estudios de Ciencias Políticas en la Universidad de Viena, había regresado a Venezuela inmediatamente después de la graduación y había repartido sus horas de trabajo entre la Universidad Central de Venezuela y el movimiento político que en la actualidad lo había llevado a ser diputado de la República. Con todo y eso, ¿no resultaba demasiado paradójico que el otro, el escéptico, el decepcionado, el que decidió de buenas a primeras limitarse a mirar los toros desde la barrera, terminara involucrado en una trama política de consecuencias inimaginables? También quiso convencerse de que, de cualquier manera, a los veintisiete años esos asuntos no se toman con la debida seriedad pues, por lo general, el que sufre suele exagerar su sufrimiento y el que escucha suele interpretar demasiado a la ligera la situación del otro. No estaba seguro de que sus sospechas fueran ciertas, después de todo podía tratarse de una lastimosa casualidad. Por eso era tan importante que recordara cada una de las palabras del hombre. *Si tan solo me hubiera quedado con aquel pedazo de papel, si no hubiera sido tan mal amigo, si hubiera prestado un poco más de atención.* La vida suele poner a las personas en las circunstancias que corresponden al curso de sus destinos. No había otra explicación. Una confesión que no fue entendida en su momento no acaba como *palabras que se lleva el viento*. Si fuiste predestinado para recibir la carga de esa confesión, tarde o temprano ella caerá encima de tus hombros. No era casual que Manaure acabara integrando la comisión encargada de investigar las posibles actuaciones de los grupos paramilitares colombianos en suelo venezolano. No era fortuito que la comisión lo designara para recopilar documentación en torno al tema y sus antecedentes, ni que a sus manos llegara aquel reporte que provocaba el malestar ubicado en la boca de su estómago. Pero

¿aceptaría él cargar en solitario el peso de semejante responsabilidad? La mano tanteaba el teclado de la computadora. A fin de cuentas el gordo Arteaga era tan amigo del hombre como Manaure, aunque él lo conociera desde el bachillerato. Si a ver vamos, el vínculo de la música los unía más a aquellos dos, además de encontrarse ambos del mismo lado del Atlántico. El gordo Arteaga, luego de varios intentos frustrados por insertarse en el impenetrable mundo de las orquestas sinfónicas nacionales, optó por emigrar nuevamente convirtiéndose en el director estrella de la Península ibérica, mientras el hombre, una vez conseguido el título de doctor en Musicología, y tras un par de años como crítico musical de un prestigioso diario austriaco, había aceptado la responsabilidad de coordinar el equipo de redactores de los cuadernillos que acompañaban los discos compactos del célebre sello Deutsche Grammophon en Hamburgo. Con toda seguridad, si el gordo Arteaga hubiera estado en Viena en esos tiempos, hubiera sido él y no Manaure, el compañero de cuitas del hombre. Por lo tanto no era descabellada la idea de compartir esa carga con el gordo. Entonces, ¿por qué vacilaba? Porque no estaba seguro de encontrarse frente a una verdad absoluta. Por eso precisaba recordar la conversación. Para encontrar algún detalle que distanciara la probabilidad de que se tratara de algo más que un despecho. Su vista se posó nuevamente sobre el reporte. Saltando párrafos se detenía, sin embargo, en aquellos que acentuaban el malestar en la boca del estómago. *El largo brazo del movimiento paramilitar llegaba a Europa (...) Todos los indicios apuntaban hacia el MAS (Muerte a los Secuestradores) grupo armado creado en la década de los ochenta con el fin de aniquilar a toda persona que, según ellos, pudiera tener algún vínculo, directo o indirecto, con la guerrilla (...) La joven gozaba de la condición de refugiada (...) A través de ella, las conversaciones de paz entre el grupo guerrillero denominado Movimiento 19 de abril (M-19) y el Gobierno de Colombia habían logrado adelantos trascendentales con la mediación del Gobierno austriaco....* De pronto, sus ojos se mantuvieron fijos en la fotografía de la muchacha. Una sonrisa fresca y un brillo especial en su mirada delataban su espíritu alegre. Algo de amarillismo había en la escogencia de esa foto para ilustrar el reportaje. El ambiente festivo en el cual fue tomada contrastaba con la crudeza de los acontecimientos allí narrados. *Por orden directa del Ministro del Interior la noticia fue llamada a los medios de comunicación. Toda persona*

vinculada con ella fue instruida, por razones de Estado, para no revelar el hecho pues se corría el peligro de detener el proceso de pacificación que tanto ansiaba el país caribeño. Pensó en los líderes del M-19 asesinados, uno por uno, con la excepción de Navarro Wolf, quien desde el Congreso, abanderaba la oposición inteligente de la hermana República. Pensó en los cientos de líderes campesinos presos, torturados y ajusticiados en los setenta y ochenta por el solo hecho de propiciar el cooperativismo. Pensó en el hombre y la manera cómo sostenía el maletín aquella noche. Pensó en beberse un whisky, su debilidad pequeño burguesa, a pesar del hígado graso y las restricciones médicas. Sus dedos empezaron a teclear un saludo preguntando, sin intención de esperar respuesta, en torno a la salud e integridad del gordo Arteaga y familia (su tercera esposa, la hija que había dejado en Venezuela y el gordito que hablaba con un acento más madrileño que el de la Carmen Maura). Interrumpió la escritura preguntándose si valía la pena tanto preámbulo para un asunto tan serio. Borró lo escrito y volvió a fijar la vista en el reporte. De pronto recordó algo relativo a aquella conversación, la luz del local, algunos detalles de los portavasos, el cenicero repleto de colillas. Detalles sin importancia que, curiosamente, actuaron como vínculo para recuperar la noción de afecto, el estrecho sentimiento de amistad que unía a ese grupo de estudiantes venezolanos -todos nacidos en 1962- con ganas de comerse el mundo, que había coincidido en la *ciudad de los encuentros fortuitos* (palabras del hombre que empezaban a despertar en la memoria de Manaure) durante la soterrada y a la vez convulsiva década de los ochenta. *El cuerpo fue encontrado en la casa que le había asignado el Ministerio del Interior en Maria Enzersdorf, localidad cercana a la capital austriaca (...)* Con excepción de la occisa y un altar de culto a una deidad de origen afroamericano, la habitación se encontraba completamente vacía, aunque los peritos pudieron detectar rastros en el piso que evidenciaban el movimiento brusco de varias cajas de madera de peso considerable. La dinámica de la vida los había separado, pero siempre habían buscado la manera de mantener el contacto, aunque fuera de un modo cada vez más esporádico. ¿Cómo se llamaba el pueblito donde daba sus clases de español el hombre? No lo recordaba, aunque tenía la certeza de que no era Maria Enzersdorf, pero ¿por qué ese nombre lo inquietaba tanto? ¿Qué botón de su memoria activaba esa localidad en la que nunca había estado? De pronto cayó en cuenta de lo poco que

sabía sobre la vida del hombre a partir del momento en que cada quien cogió su camino. No se había casado y nunca mencionó novia o pareja. Tampoco sabía si era feliz o si al menos estaba satisfecho con su vida. Sus cartas y aquel encuentro en La Candelaria, habían tenido al trabajo como único tema. Su pasión era la investigación musicológica en torno al fenómeno discográfico de la música académica. Se había vuelto un erudito en el área, capaz de enumerar y caracterizar de memoria, por ejemplo, las distintas versiones registradas de la *Primera sinfonía* de Gustav Mahler a partir de las primeras grabaciones de Bruno Walter. Era, como él gustaba decir cuando jugaba a ser Divino, la documentación de todas y cada una de las comunicaciones realizadas entre Dios y los hombres. Aunque, ahora que lo pensaba mejor, en ese sentido, sí hubo un detalle que le causó extrañeza en aquella ocasión de La Candelaria, por no decir que levantó alguna suspicacia. Su tesis doctoral se había basado en una de sus grandes obsesiones. La tituló *Schoenberg y el maleficio de la duda*. Una obra maestra publicada posteriormente en siete idiomas. Sin embargo, después de su publicación se negó a escribir una línea más sobre el músico austriaco y su obra, esto lo comentó el hombre mientras saboreaba con una emoción casi infantil un pimiento padrón que había resultado picante. Incluso, cuando aparecía una nueva grabación de *Pierrot lunaire* o del oratorio *Die Jakobsleiter* o de *Un sobreviviente de Varsovia*, o cualquier otra composición del expresionista en cuestión y la empresa le solicitaba la nota de carátula, él se disculpaba con cualquier excusa delegando el encargo a algún subalterno. A primeras luces se podía haber pensado que el tema se había agotado para él, aunque Manaure ahora sospechaba, dada cierta actitud sombría que se instaló en el hombre cuando tocó el asunto, que si se había propuesto escribir esa tesis, lo hizo solo para exorcizar ciertos demonios que habitaban en su alma. Razón por la cual, una vez cumplido el ritual, no consideró necesario volver a dedicar pensamiento alguno al tema pues, como bien lo dice el dicho popular, muerto el perro, sanada la rabia. En una larga carta que el hombre envió a Manaure poco tiempo antes de recibirse como doctor y que ahora extraía con cierta ansiedad de su archivo epistolar —lo tenía aún, como un fondo cerrado, sin posibilidad de crecimiento después de la invención del correo electrónico—, le confesó que: *toda esa desesperada búsqueda de señales que pudieran indicarme con certeza lo que me deparaba el destino terminó cuando, ya demasiado tarde, reconocí*

la bendita serie de doce notas que definía mi vida, mi serie dodecafónica personal con la cual, una vez identificada, una vez asumida, intenté jugar utilizando las diversas técnicas propuestas por Schoenberg para variar el tema original. Así, por ejemplo, el tema expuesto en inversión era como si mi destino se me enfrentara ante un espejo, con signos opuestos, y lo que yo consideraba bueno ahora se me reflejaba como maligno, y el camino de la luz era en aquella refracción un camino de sombras y la alegría era tristeza y el amor, sobre todo el amor, era odio y por eso lo que era vida terminaba ineluctablemente en la muerte. Y la muerte seguía siendo ese espejo atravesado por un cuchillo, frente al cual se ahorcó Richard Gerstl, aquel que pintó a la familia Schoenberg y tuvo sus amoríos con Mathilde hasta que el mismo Zeus los descubrió in fraganti, y Hera prometió mantenerse fiel al Dios porque estaban los niños de por medio, y porque, dado que Schoenberg había amenazado con el suicidio, los pupilos Alban Berg y Anton Webern también metieron sus narices en el asunto, no exentos de cierto egoísmo, eso sí, convenciénola de lo importante que resultaba evitar tan gran dolor al maestro y, finalmente, porque en asuntos divinos el amor cuenta poco sobre todo si está en juego la creación, así que, para no darles más largas a este asunto, Dios se encargó de castigar a ese pobre mortal obligándolo a preparar su propia muerte deformada en el reflejo de un espejo roto, un acto de enorme carga simbólica tanto en la imagen plástica como en su interpretación musical. Aquel espejo roto, atravesado por el puñal, reflejando el cuerpo flotante de Gerstl parecía, simultáneamente, el último de sus cuadros, la intención era sin duda un autorretrato, y, tal vez, la primera obra dodecafónica de Schoenberg, siendo el infortunado pintor el tema principal —la serie original— al espejo le correspondía entonces el papel de la partitura y el puñal era el lápiz guiado por la mano del Creador para desarticular el tema, reelaborarlo, multiplicarlo. Por eso el espejo se me sugiere como la muerte, pues qué otra cosa puede ser la muerte sino la fragmentación de la vida, la transformación de eso que ahora vemos y palpamos en un millón de posibles alternativas. También quise presentar el tema en cangrejo pero ahí el destino me jugó una mala pasada porque, aunque pude desandar mis pasos, lo hecho, hecho está y es hasta peor, como un castigo, como un tortuoso ejercicio de arrepentimiento sin posibilidad alguna de absolución y ni modo de volver por el camino transitado. Cómo anhelaría que la vida fuera como esta nueva máquina de escribir desde la cual te borrono estas líneas. Hay en ella una pequeña pantalla donde se visualiza la frase que acabas de escribir para que la puedas corregir antes de

plasmarla en el papel. Es apenas una frase de unas diez palabras, si acaso, pero es, tal vez, el lapso suficiente de futuro inmediato que me hubiera encantado dominar con la capacidad de cambiar su rumbo al detectar sus errores. Por eso, aquella composición que intentaba realizar con mi única y personal serie dodecafónica era un experimento inútil, pues en definitiva esa puerta que da al recinto donde Arnold Schoenberg determina el destino del hombre, siempre estará cerrada para el interesado, el cual solo podrá tener acceso a la información que le está vetada cuando el creador decida pasársela en papel pentagramado ya gastado, amarillento, friable, como el deterioro de toda una vida, por la rendija de esa puerta infranqueable, y cuando eso ocurra será porque ya no tiene importancia. Te confieso que nada de eso me amedrentó, así que seguí componiendo sobre el tema, ahora reelaborándolo desde el cangrejo del espejo, pero, como era de esperar me salió el tiro por la culata ¿te das cuenta cómo, a pesar de tanta desolación, no logro perder el sentido del humor? Algo bueno debe haber en eso ¿No? porque me encontré en la condición de ahogado. Claro que en lugar de la áspera sogá, lo que rodeaba mi cuello era una seda suave y amarilla, mientras que unas manos delicadas y a la vez firmes sostenían mi cuerpo en vilo en sustitución de la viga desde donde se balanceaba aquel infortunado amante. Decidido a culminar con el ejercicio a pesar de tanto horror encontré que, mientras más retrocedía en la inversión más me invadía una noción de seguridad en el amor consumado, y claro que sí existía la felicidad a pesar del trágico desenlace previsto porque para eso sirve el retrógrado, para conocer de antemano las consecuencias de tus actos. Y llegué a retroceder tanto en el tiempo que pude ver a Moisés bajando con las tablas de la Ley y mostrándolas al pueblo elegido que, en esa versión, esperaba de lo más juicioso al profeta sin caer en la tentación idólatra de Aarón, y tantos días esperamos como corderos de Dios, bajo el sol inclemente del desierto para que ahora nos muestres un manual del buen demagogo. Pero es que hasta hubiera sido preferible aceptar el oro falso de Aarón que al menos brilla y entretiene. Por eso, puedo afirmar que la fe solo puede manifestarse en la ignorancia, en la IN CER TI DUM BRE, y hasta vale la pena apostar por ella aunque mi destino ya me haya sido revelado. Luego empecé la combinación de variantes de tal forma que en la imitación, el canon se me reveló como esta persecución desesperada del destino, sin la menor oportunidad de darle alcance. Curiosa terquedad la de la humanidad que persiste en continuar por el mismo camino que le fue trazado en otras circunstancias, pisando los pasos ya pisados, viviendo las experiencias ya

vividas, cometiendo los errores ya cometidos. Finalmente, cuando presenté la serie en acordes, toda esa simultaneidad de posibilidades agigantó aún más el efecto final de la composición, el cual se resumía en lo inútil, lo reiteradamente inútil que resultaba la experiencia en sí. La inútil tarea de intentar dominar la vida sin el placer de vivir.

Aunque nunca entendió toda esa metáfora musicológica, aquel recuerdo, unido con la imagen de la puerta cerrada, desvió el pensamiento de Manaure a un relato anterior donde había una casa en medio de un paisaje nocturno y el ambiente se cubría de un temor causado por la presencia de un cuchillo con grandes probabilidades de terminar incrustado en la espalda de su amigo. No quiso preguntarse por qué pero era allí donde se le antojaba ubicar aquella puerta cerrada.

Recordó Manaure que, cuando el hombre le confesó esa especie de extravagancia profesional que resumía su negativa a escribir una nota más en torno a Schoenberg acabó hundido en un estado de total arrepentimiento y por eso cambió de inmediato el rumbo de la conversación y él se quedó con una nueva inquietud sumada al resto de los innumerables y oscuros baches que invadían la biografía de su amigo a partir de su distanciamiento. ¿Había allí una culpa oculta? Lamentablemente Rodrigo Manaure no dominaba el lenguaje musical y no supo comprender, frente al monitor de la computadora y con esa revelación periodística en sus manos, lo que parecía presentarse como una confesión ahora que se enfrentaba a una posibilidad tremebunda de horror y estupefacción. No se le culpe por eso. A cualquiera le pasa que de buenas a primeras escucha una confesión, un pronunciamiento, una declaración, y pierde la noción de realidad, el sentido para medir el nivel de trascendencia de tal manifestación y simplemente la deja pasar. Probablemente ha sido así desde que el mundo es mundo y por eso nadie puede llegar y decir *Yo adiviné el cristianismo porque yo estuve en la crucifixión de Jesús*, o *Cuando veía por la televisión cómo saqueaban las tiendas de colchones de la avenida San Martín, allí supe que ese sacudón definiría el destino de Venezuela*. Tampoco puede uno pretender que cada acción, cada palabra, cada intención que se le presente vaya a convertirse en EL HECHO que decidirá el futuro del planeta. Prefería Manaure, con toda su formación política, confiar en los instintos cuando se trataba de querencias, porque si esos instintos fallaban, siempre quedaba la querencia. Por eso, aunque debía admitir que era muy poco lo que

sabía de su amigo, reconocía que era justamente el afecto el que había permanecido intacto. Un afecto que lo obligaba, orgánicamente, a ser incondicional con El Círculo de Viena, es decir, con él, con el gordo Arteaga, hasta con el caliche Jaramillo, desaparecido de la vida de los tres cuando fue deportado a Colombia por indocumentado.

Al recordar al caliche —el veterano con tantos años en Viena que nunca formalizó sus papeles de estadía, el que se las sabía todas, el baqueano de todos los latinos recién llegados— recobró el sentido de realidad perdido en la remembranza. Inconscientemente había alejado las manos del teclado para tomar el reporte que, por efecto del impulso con el cual pudo asirlo, quedó abierto en una página donde se mostraba una foto de la casa de la muchacha. Al fondo, podía divisar la silueta de un castillo. *También había trazas de pólvora en la mano derecha de la víctima y una bala incrustada en la zona baja de la pared norte de la habitación, pero no se pudo ubicar arma alguna (...)* La víctima presentaba marcas y residuos de tela en su cuello. El informe médico dictaminó muerte por asfixia. Una gota de sudor empezó a deslizarse desde su frente. Soltó violentamente la revista y caminó decidido hacia la cocina. Buscó la botella de *whisky* y se sirvió un trago generoso confiado en la propiedad añorante del alcohol para precisar las vaguedades de su memoria. Apartando la notoria posición con la que defendía su soltería, el hombre, luego de aquella noche, no delató algún cambio en su desenvolvimiento por la vida, al menos esa era la percepción que Manaure conservaba de su amigo. ¿Cómo pudo mantenerse incólume después de haber perpetrado semejante acto de violencia? No era un ser de naturaleza fría y calculadora. Por el contrario, vivía su vida con las sensaciones a flor de piel. Además, una de las razones por las cuales se alejó de la política fue el declararse un pacifista convencido a sabiendas de que los cambios que aspiraba para Venezuela muy difícilmente se podrían conseguir por la vía pacífica. Entonces, ¿cómo pudo disimular tan bien? La única respuesta posible colocaba, una vez más, toda la responsabilidad sobre los hombros de Manaure. Bebió un sorbo largo y por un instante su mente se desvió de la preocupación por el amigo hacia la angustia por el hígado enfermo. Aceptó el sacrificio, regresó con el vaso de *whisky* al escritorio, quiso mover el ratón para desactivar la pantalla protectora que simulaba un recorrido tedioso a través de un laberinto, pero permaneció por breve tiempo como hipnotizado ante la simulación digital. Parpadeó

de manera brusca y tomó nuevamente la revista. *Nueve días después, en una redada practicada en un local del décimo tercer distrito vienés, donde acostumbraba reunirse un importante grupo de neonazis, se localizó un arsenal resguardado en cajas de madera. Se detectaron las huellas dactilares de la víctima tanto en las armas incautadas como en los paquetes de municiones (...)* El estudio de balística comprobó que la bala incrustada en la pared de la casa de la víctima provenía de una glock que formaba parte del arsenal (...)

Desvió la vista hacia la computadora y automáticamente se sintió dentro del laberinto de la pantalla protectora. La historia que tenía en sus manos, asociada a la conversación que tanto lo inquietaba se había convertido en un verdadero laberinto cuyas infinitas ramificaciones, en lugar de conducir a alguna salida, concluían en el núcleo de un problema sin solución. La carga que el hombre había dejado caer sobre los hombros de Manaure. El poder purificador de la confesión. ¿Qué debía hacer? Tomó un nuevo sorbo de *whisky* dejando el vaso pegado a su nariz en un intento por llegar a la salida a través del aroma suave y surtido de la bebida. Curiosamente el recorrido mental que inició a partir de aquel aroma lo fue llevando por las angostas calles del centro de Viena. Calles adoquinadas a través de las cuales se dispuso a pasear sus veinte años. Susurros de bohemia y medianoche, zozobras de amores imposibles, festejos inocentes e inconscientes y sobre todo El Círculo de Viena, sus sueños, sus propósitos, sus metas y la determinación para alcanzarlas que, sin embargo, no les impidió vivir la vida con intensidad. Repentinamente, mientras evocaba al grupo, Rodrigo Manaure sufrió un sobresalto. Temblando regresó a la revista y buscó desesperado la página donde se encontraba la foto de la muchacha. Allí aparecía ella en el centro de una reunión de amigos que, de acuerdo a sus facciones podían ser, unos, europeos y los otros suramericanos, de rasgos indígenas y largas cabelleras arregladas en colas de caballo. Solo uno de ellos no sonreía y parecía protegido por el resto del grupo, como si necesitara de su cobijo. En un rincón oscurecido por el poco alcance del *flash* encontró, recostado en una puerta cerrada, la figura causante de su sobresalto. El asunto se complicaba. *Tras un largo interrogatorio, el dueño del local confesó haber prestado su depósito a un grupo derechista colombiano para guardar las armas que contribuirían a acabar con la plaga del comunismo en ese país. Paradójicamente, las armas, en su mayoría de guerra, estaban destinadas para las Fuerzas Armadas Revolucionarias de*

Colombia (FARC) pero los paramilitares, que le habían hecho un seguimiento a la víctima desde hacía unas semanas, lograron apoderarse de ellas al tomar su domicilio por asalto (...) El caso tenía un evidente cariz político a pesar de la confesión del dueño del local, según la cual el líder del grupo llegó a comentar en su presencia que alguien les había preparado el camino y no fue necesario el uso de la violencia (...) Los representantes del M-19 llegaron a sospechar que el servicio de inteligencia austriaco sabía más de lo que mostraba en sus informes. Para ellos, resultaba absolutamente intrépida la teoría del doble juego, considerando descabellado que la occisa utilizara como arsenal un domicilio que le había sido asignado por el Ministerio del Interior (...).

Lo del caliche Jaramillo había sido poco tiempo después de la conversación. Al parecer estaba esperando a alguien en el aeropuerto cuando, en un operativo de control al azar, cayó en manos de la policía sin que pudiera justificar por qué no tenía visa si el último sello de entrada al país databa de cinco años atrás sin haber vuelto a salir ni siquiera a los países vecinos. Lo mantuvieron preso, en averiguaciones, durante veinte días y finalmente, lo deportaron. Al menos, eso era lo que les había contado cuando logró comunicarse a fin de que le llevaran ropa limpia. La misma versión fue reiterada en las visitas que el grupo le dispensó los días sucesivos. En realidad eran más de cinco años los que el caliche había pasado en Austria sin papeles. Solo se le pudo comprobar la estadía ilegal en esos últimos cinco años porque había viajado a México en el ínterin, había renovado su pasaporte en el consulado colombiano y allí tenía estampado el sello de entrada de aquella oportunidad. El caliche llevaba quince años en Viena cuando el grupo llegó coincidentalmente aquel primer trimestre de 1982. Había ido a estudiar ingeniería para complacer a su familia. Culminó los estudios con el mismo desganado como los había iniciado, envió el título a Colombia y se olvidó de la profesión recién adquirida. Alrededor suyo, y de las mañas de las que se valía para sobrevivir en aquel país, se tejieron muchas historias que se paseaban por escenarios tan disímiles como dejarse mantener por las novias que se conseguía —la que más le duró, Katerine, terminó abandonándolo por un marroquí luego de quién sabe cuántos años de maltratos físicos y mentales— hasta trabajar de soplón de la policía política austriaca. Ambas posibilidades incomodaban al grupo pero la simpatía y la disposición a ayudar del caliche

eran capaces de borrar cualquier sombra de duda. Rodrigo Manaure recordó las estruendosas risotadas del caliche que escandalizaban a los austriacos y avergonzaban a sus acompañantes. También recordó que el único trabajo estable que se le conoció, además de los turnos de mesero que esporádicamente le daban en los locales latinos, fue el de profesor de español en aquella Volkhochschule (y de pronto le vino a la mente el nombre del pueblo) de Mödling. ¿Cómo pudo olvidarlo? ¿Acaso no había rondado por su mente de manera insistente la inevitable figura de Schoenberg? Trabajo que abandonó sorpresivamente dejándolo en manos del hombre. Colocándolo frente a su destino. ¿Casual o premeditadamente? Tenía otra cualidad el caliche, era un lector empedernido, tal vez de allí lo impecable de su español. Se le ocurrió que el caliche Jaramillo —¿cuál era su nombre de pila?, ¿Camilo?— debió haber tomado, durante el tiempo que duró en ese trabajo, el tren de las cinco que pasaba por "Maria Enzersdorf" (el *whisky* continuaba haciendo su labor abridora de pensamientos) y no consideró una locura la posibilidad de que en algún momento se tropezara con su compatriota. Más aún, Rodrigo Manaure recordó que el caliche había servido de intérprete para los refugiados que huían de las diversas dictaduras instauradas en el Cono Sur durante los años setenta y ochenta. ¿Cómo no serlo de alguien que venía de su propia tierra? ¿Y el alumno del hombre? ¿El que escribió aquel texto que Manaure recordaba con demasiada vaguedad? Si es que realmente existió ese muchacho, ¿no habría sido primero alumno del caliche? ¿No serían esas palabras que tanto enorgullecieron al hombre aquella noche, más bien transmitidas por el caliche? ¿Escribía el muchacho aún bajo la influencia de Camilo Jaramillo? *Nunca se logró ubicar a los miembros del comando paramilitar. Tampoco se pudo probar que la joven tuviera alguna conexión con las FARC paralelamente a su trabajo de intérprete en las negociaciones del M-19 con el Gobierno colombiano y el Gobierno austriaco y el caso se cerró con serias dudas sobre lo ocurrido.* El hallazgo acabó por incomodarlo aún más. Dudar de sus certezas lo puso de un humor de perros. Era como si las puertas que resguardaban la verdad sobre sus amigos del alma se le fueran cerrando una por una. El caliche se había esfumado y nunca más, ni ellos, ni el resto de la gente que lo había conocido, recibieron alguna señal suya. Se lo había tragado la tierra. Trató de recordar el rostro del caliche y apenas pudo esbozarlo. Se concentró ayudado por el *whisky* pero debió

reconocer que no podía precisar ni siquiera el color de sus ojos, menos el de su cabello. Una y otra vez intentó poner en movimiento su memoria y por ella pasaron hechos, anécdotas, frases memorables, risotadas grandilocuentes, incomodidades, malestares, comentarios reiterativos en torno a *Cien años de soledad* o cualquier otra obra o hecho relacionados con Gabriel García Márquez, borracheras, amaneceres, bambucos, sones antioqueños, rancheras de las Hermanitas Calle, boleros de Daniel Santos, el mango verde con sal para pasar el aguardiente, nombres de frutas exóticas, como la ochúa, el lulo, el tomate de árbol, los chontaduros (manjares orgánicos cuyos sabores solo podía adivinar gracias a las referencias del caliche), las cervezas bebidas a costillas de cualquier austriaco que simpatizara con el mundillo latinoamericano, las cervezas que cobraba de más sin importar la amistad y por costumbre de camarero, el ojo morado de la Kati explicando su torpeza al resbalar e impactarlo justo contra el pasamanos de la escalera, las verónicas taurinas que, no sin destreza, desplegabla cada vez que el espíritu de César Girón entraba en él y así podía llegar hasta el infinito en reminiscencias, pero de su rostro, ni huella. En algunos recuerdos se le presentaba como de un cabello negro y enredado, y en otras, aparecía lacio y largo, recogido en una cola, como el de los indígenas andinos, para aparecer en otras circunstancias como un austriaco promedio, rubio y de tez sonrosada y era como si tratara de adivinar aquel rostro porque tampoco crean que se le presentaba como una o varias imágenes nítidas y ordenadas. Parecía, más bien, como si una niebla impertinente invadiera sus recuerdos hasta el punto de yuxtaponer todos los rostros que se confundían en sus recuerdos, detrás de ese velo aturdidor que estorbaba a la mirada. En aquel momento, Camilo Jaramillo no era más que aquella figura borrosa, desdibujada, oscura, entre sorprendido y avergonzado, en el fondo de la foto que mostraba a la muchacha con una sonrisa fresca y un brillo especial en sus ojos. Intentó detallar aquella sombra. Sin explicación razonable, podía asegurar que se trataba del colombiano y apenas alcanzó a llegar a un frágil convencimiento de lo que señalaba su nostalgia. Cansada la vista pensó, repasando nuevamente la fotografía y desviando la mirada hacia el primer plano, que era muy sencillo enamorarse de una mujer como esa aunque en el mar no hubiese patos (había bebido el resto del vaso a pesar de la punzada en el costado derecho, y la noche de la conversación había despertado

en su mente como un cuento recién echado). No tenía más que decir al respecto salvo que nada es categórico (aunque la frase le sonó así). Definitivamente los seres humanos son mucho más que sus actos y sus consecuencias. Cayó en la tentación de imaginar toda la historia como una fábula del apolítico, del no comprometido, que, irremediablemente, termina involucrado, pero no supo endilgar ninguna moraleja al cuento que abarcara el dilema en toda su dimensión. Intentó poner en una balanza a la justicia y la lealtad pero se encontró con más certezas en la lealtad y demasiadas dudas en la justicia. Resignado, cerró el buzón de entrada de su correo electrónico, apagó la computadora, y, antes de guardar la revista e irse a dormir, releyó la última frase: *Aunque seguían considerando en sus hipótesis el efecto Föhn como causal o detonante, el informe policial fue categórico en un solo aspecto: quedaba totalmente descartado el móvil pasional.*

Índice

El llamado a Moisés 9
Primera parte 13
I 17
II 23
III (Ella) 31
Moisés encuentra a Aarón en el desierto 35
IV 37
V 41
VI (Ella) 49
Moisés y Aarón anuncian al pueblo el mensaje de Dios 53
Segunda parte 57
VII 61
VIII 65
IX (Ella) 73
Intermedio 75
X 77
XI 83
XII (Ella) 91
Aarón y los setenta ancianos ante el monte de las revelaciones 93
Tercera parte 97
XIII 101
XIV 107
XV (Ella) 115
El ternero dorado y el altar 117
XVI 123
XVII 133
XVIII (Ella) 143
Moisés y Aarón 145

Cuarta parte	151
XIX	155
XX	165
XXI (Ella)	171
XXII	175
XXIII	187
XXIV (Ella)	193
Epílogo	197

Fundación Editorial El perro y la rana
Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 21, El Silencio,
Caracas - Venezuela, 1010.
Teléfonos: (0212) 768.8300 / 768.8399

atencionalescritorfepr@gmail.com
comunicacionesperroyrana@gmail.com

www.elperroylarana.gob.ve
www.mincultura.gob.ve

Facebook: El perro y la rana
Twitter: @elperroylarana

El maleficio de la duda
se terminó de editar en formato digital
en la República Bolivariana de Venezuela,
en Caracas, en el mes de noviembre de 2020

El maleficio de la duda

Esta, su primera obra narrativa, se ubica en un contexto europeo y latinoamericano, entre 1980 y 1989. Mientras que, con la caída del Muro de Berlín, decaen las esperanzas para la izquierda europea, en Venezuela se anclan renovadas expectativas con la rebelión social del Caracazo. A propósito de la ópera *Moisés y Aarón*, de Schoenberg, la novela construye, a modo de texto como entramado paralelo, un analogismo entre la figura del líder y el protagonismo de las masas, haciendo referencia al proceso revolucionario del país. Amalgamados en una prosa atractiva y sugerente, y desde un punto de vista crítico, propone otros paralelismos filosóficos, históricos y culturales, ubicándonos en temáticas actuales, como la incertidumbre de los personajes. Entre juegos de perspectivas, estructuras alternantes bajo el principio literario de la variabilidad, el lector tiene la libertad de ir más allá de la interpretación de incógnitas e intrigas. La idea es que este articule las historias, formando parte de una realidad compleja, vívida y humana.

Ignacio Barreto

(Caracas, 1962). Músico, compositor, investigador, docente y escritor. Licenciado en Pedagogía musical (1989) y Guitarra (1990) por la Escuela Superior de Música y Arte Dramático de Viena (Austria). Realizó estudios de Musicología en la Universidad de Viena. Ha publicado: con Rafael Saavedra y Violeta Lárez, *Teoría y entrenamiento musical* (1992); con Rafael Saavedra, *El análisis armónico* (1995); *Medio milenio de notas* (2007); y artículos sobre música en diarios y revistas. Entre 2004 y 2005 fue redactor de las crónicas cotidianas “Instantáneas”, del semanario *En Caracas*. Fue director general del I. A. Biblioteca Nacional (2008-2010), donde trabajó en los Archivos Audiovisuales, y como investigador en proyectos y exposiciones. Participó en el Proyecto *Biblio-hemerografía Musical Venezolana del siglo XX* (1991-1995). Ha realizado bandas sonoras de largometrajes y música para teatro. Actualmente es director ejecutivo de la Fundación Vicente Emilio Sojo y redactor de la columna “La buena nota”, de la revista *Poder Vivir*.